

**El Soberbio Orinoco**

**Volumen II**

**Por**

**Julio Verne**

***Free*editorial** 

## CAPÍTULO PRIMERO

### ALGUNAS PALABRAS DEL PASADO

A las ocho de la mañana del 2 de octubre, las piraguas Gallinetta y Moriche, después de descender por el brazo que sigue a la derecha de la península de Atabapo, remontaban el curso del Alto Orinoco bajo un favorable viento de Noroeste.

La víspera, después de la conversación del sargento Marcial y de Jacques Helloch, el primero no podía rehusar al segundo el permiso para que les acompañase, a su sobrino y a él, hasta la misión de Santa Juana. Ahora el secreto de Juana de Kermor era conocido por aquel que la había salvado, y no tardaría en serlo por Germán Paterne. Hubiera sido difícil que tal revelación no se efectuase, y hasta era preferible que lo fuera, dadas las circunstancias en las que iba a hacerse la segunda parte del viaje. Pero los dos jóvenes sabrían guardar el secreto con Miguel, Felipe, Varinas, Mirabal y el gobernador de la provincia.

Al regreso, si las pesquisas producían el resultado apetecido, el coronel De Kermor tendría el placer de presentarles a su hija.

Convínose también que ni Valdez, ni Parchal, ni ninguno de los marineros de las piraguas serían enterados de los últimos sucesos.

Por lo demás, sólo aprobación merecía el hecho de que el sargento Marcial hubiera hecho pasar a Juana por sobrino suyo, en la esperanza de evitar las dificultades de la campaña, y lo mejor era no modificar tan prudente conducta.

Pintar la estupefacción, el abatimiento primero, y después la cólera del viejo soldado cuando Jacques Helloch le hizo conocer que había descubierto el secreto, sería completamente inútil, pues sin gran trabajo se comprenderán.

Tampoco hay para qué hablar de la natural confusión que experimentó la joven al encontrarse en presencia de Jacques Helloch y de Germán Paterne. Ambos se mostraron respetuosísimos con ella y le dieron seguridades completas de su amistad y discreción. Y el carácter decidido de la joven, superior a la ordinaria timidez de su sexo, se sobrepuso perfectamente a las circunstancias.

—Para ustedes, Juan, siempre Juan —dijo, tendiendo la mano a sus dos compatriotas.

—Siempre, señorita... —respondió Germán Paterne inclinándose.

—Sí..., Juan..., mi querido Juan —respondió Jacques Helloch—. Así será

hasta el día en que hayamos puesto a la señorita Juana de Kermor en manos de su padre.

Germán Paterne no creyó deber hacer ninguna observación con motivo de aquel viaje que se iba a prolongar hasta el nacimiento del Orinoco, ¡y tal vez más allá!

Personalmente, esta circunstancia no le disgustaba, y le prometía ocasión de enriquecer sus colecciones, herborizando en la flora del alto río. Esto le permitiría completar su comisión de naturalista, y, realmente, el ministro de Instrucción Pública haría mal en lamentarse de que la expedición se hubiera extendido hasta tan lejos.

Juana de Kermor sentíase conmovida ante la idea de que los dos jóvenes iban a unir sus esfuerzos a los de ella, acompañándola hasta la misión de Santa Juana, y desafiando en interés suyo las eventualidades de aquella expedición, aumentando así las probabilidades de buen éxito. Así es que en su corazón se desbordaba la gratitud hacia el que la había arrancado a la muerte y quería estar a su lado durante el viaje.

—Amigo mío —dijo al sargento—, ¡cúmplase la voluntad de Dios! ¡Él sabe lo que hace!

—¡Antes de agradecer... esperaré al fin! —se limitó a responder Marcial.

Y se fue a su rincón a gruñir a sus anchas, avergonzado, como un tío que ha perdido a su sobrino.

Jacques Helloch había dicho a Germán Paterne:

—Comprenderás que no podemos abandonar a la señorita Juana de Kermor.

—Todo lo comprendo, mi querido Jacques —respondió Germán Paterne—, ¡hasta las cosas de las que pretendes que no entiendo nada! Has creído salvar a un joven; has salvado a una joven..., y es evidente que nos será imposible abandonar a esta interesante persona.

—¡No hubiera tampoco abandonado a Juan de Kermor! —afirmó Jacques Helloch—. ¡No! No le hubiera dejado expuesto a tantos peligros sin querer participar de ellos. Era mi deber... Nuestro deber, Germán, era ayudarlo hasta el fin.

—¡Conforme! —respondió Germán Paterne con la mayor serenidad del mundo.

He aquí lo que la señorita De Kermor había sucintamente referido a sus dos compatriotas.

El coronel De Kermor, nacido en 1829 y que actualmente tenía sesenta y

tres años, se había casado en 1859 con una criolla de la Martinica. Los dos primeros hijos habidos de su matrimonio murieron de corta edad. Juana no les había conocido, y de tal pérdida, los señores De Kermor quedaron inconsolables.

El señor De Kermor, oficial distinguido, debió a su bravura, a su inteligencia y a sus cualidades especiales rápidos y brillantes ascensos. A los cuarenta y un años era coronel. El soldado, cabo después, y después sargento Marcial, profesaba gran afecto y admiración al oficial que le salvó la vida en el campo de batalla de Solferino. Ambos participaron después en la funesta y heroica campaña contra los prusianos.

Dos o tres semanas antes de la declaración de esta guerra en 1870, asuntos de familia habían obligado a la señora De Kermor a partir para la Martinica. Allí nació Juana. En medio de los violentos disgustos que le enervaban, el coronel experimentó gran alegría por el nacimiento de su hija. A no retenerle su deber, hubiérase reunido con su mujer e hija en las Antillas y las hubiera llevado a Francia.

En estas condiciones la señora De Kermor no quiso esperar que el fin de la guerra permitiera a su esposo ir a buscarla. Deseaba encontrarse a su lado, y en el mes de mayo de 1871, embarcó en San Pedro de la Martinica en un paquebote inglés, el Norton, con destino a Liverpool.

La señora De Kermor iba acompañada de una criolla, el ama de su hija, entonces ésta de algunos meses. Su intención era conservar aquella mujer a su servicio cuando regresase a Nantes, donde vivía antes de su partida.

En la noche del 23 al 24 de mayo, en pleno Atlántico, y a causa de espesa niebla, el Norton fue abordado por el vapor español Vigo, de Santander. El choque echó a pique al Norton, arrastrando a sus pasajeros, excepto cinco de éstos, y a la tripulación, excepto dos, sin que el Vigo pudiera auxiliarles.

La señora De Kermor no tuvo tiempo de abandonar el camarote que ocupaba, situado en la parte donde se produjo el choque, y la nodriza pereció igualmente, aunque consiguió subir al puente con la niña.

Ésta logró salvarse gracias a los esfuerzos de uno de los dos marineros del Norton, que consiguió llegar al Vigo.

Hundido el Norton, el navío español, averiado en la proa, pero cuyas máquinas no habían resultado estropeadas por el choque, permaneció en el lugar de la catástrofe y echó sus botes a la mar. Sus prolongadas pesquisas fueron vanas y tuvo que dirigirse hacia la más próxima de las Antillas, donde llegó ocho días más tarde.

De allí se efectuó el repatriamiento de las personas que habían encontrado

refugio a bordo del Vigo. Entre los pasajeros de este navío estaban el señor y la señora Heredia, ricos colonos de La Habana, que quisieron recoger a la pequeña Juana. ¿Carecía ahora de familia esta niña? No se pudo saber. Uno de los dos marineros salvados afirmaba que la madre de la pequeña, una francesa, había embarcado en el Norton, pero que ignoraba su nombre; ¿y cómo saberlo si no había sido inscrita en las oficinas del vapor inglés antes del embarco? Así se hizo constar en la información relativa al abordaje de los dos navíos.

Juana, adoptada por los Heredia, les siguió a La Habana. Allí la educaron, después de haber procurado inútilmente descubrir a qué familia pertenecía. Recibió el nombre de Juana. Muy inteligente, aprovechó la educación que le dieron y aprendió a hablar indistintamente el francés y el español.

Por lo demás, sabía su historia, que no le habían ocultado. Así es que su pensamiento la arrastraba siempre hacia Francia, donde tal vez se encontraba un padre que la lloraba y que no esperaba volverla a ver.

Respecto al coronel De Kermor, fácilmente se imagina cuán intenso había sido su dolor cuando se vio doblemente herido por la muerte de su mujer y de aquella hija que ni aun conocía. En medio de las conmociones de la guerra de 1871, supo que su esposa se había decidido a abandonar a San Pedro de la Martinica para ir a reunirse con él. Ignoraba, pues, que hubiese tomado pasaje a bordo del Norton. Y cuando lo supo, fue al mismo tiempo de recibir la noticia de aquel siniestro marítimo. En vano multiplicó sus pesquisas. No produjeron más resultado que darle la certeza de que su mujer y su hija habían perecido con la mayor parte de los pasajeros y tripulantes del paquebote.

El dolor del coronel De Kermor fue inmenso. Perdía a la vez a la mujer adorada y a aquella niña, de la que ni el primer beso había recibido. Tal efecto le produjo esta doble desgracia, que se llegó a temer por su razón. Cayó tan gravemente enfermo, que sin los asiduos cuidados de su fiel soldado, el sargento Marcial, la familia De Kermor se hubiera extinguido en la persona de su jefe.

El coronel sanó, sin embargo, pero su convalecencia fue larga. Habiendo tomado la resolución de renunciar al oficio que había sido el honor de toda su vida y que le reservaba magnífico porvenir, presentó su dimisión en 1873. Tenía entonces cuarenta y cuatro años.

Desde este día, el coronel De Kermor vivió muy retirado, en una modesta casa de campo en Chantenay-sur-Loire, cerca de Nantes.

No recibía a ningún amigo y no tenía más compañero que el sargento Marcial, que se había retirado del servicio al mismo tiempo que él. No era más que un infeliz abandonado sobre una costa desierta después de un naufragio, el naufragio de sus afectos.

En fin, dos años más tarde el coronel De Kermor desapareció. Pretextó un viaje y abandonó a Nantes. El sargento Marcial esperó inútilmente su regreso. La mitad de la fortuna del coronel —unos 10 000 francos de renta— fue dejada por él a aquel devoto compañero de armas, que la recibió del notario de la familia. En cuanto a la otra mitad, el coronel De Kermor la había realizado y la llevaba... ¿Dónde? Esto debía quedar en el más impenetrable misterio.

El acta de donación al sargento Marcial iba acompañada de una nota concebida en los siguientes términos:

«Doy mi adiós de despedida a mi bravo soldado, con el que he querido partir mis bienes. Que no procure encontrarme, pues sería trabajo inútil. Estoy muerto para él, para mis amigos, para este mundo, como están muertos los seres que más he amado en la tierra».

Y nada más.

El sargento Marcial no quiso creer en la imposibilidad de no volver a ver nunca a su coronel. Practicó algunas pesquisas con objeto de descubrir en qué país había ido a sepultar su desesperada existencia, lejos de los que le conocían, y a los que daba un eterno adiós...

Entretanto, la niña crecía al lado de su familia adoptiva. Doce años transcurrieron antes que los Heredia llegasen a recoger algunas noticias relativas a la familia de la niña. Al fin se supo que una señora De Kermor, pasajera a bordo del Norton, era la madre de Juana, y que su marido, el coronel de este nombre, vivía aún.

Juana era entonces una niña de doce años que prometía convertirse en una encantadora joven. Instruida, seria, penetrada de un profundo sentido de sus deberes poseía una energía poco común a su edad y a su sexo.

Los Heredia no se creyeron con derecho a ocultarle aquellas nuevas noticias, y, a partir de este día, pareció que su espíritu estaba iluminado por persistente luz. Se creyó llamada para encontrar a su padre. Esta creencia llegó a ser su pensamiento habitual, especie de obsesión que producía modificación notoria en su estado intelectual y moral. Aunque muy dichosa en aquella casa, donde había pasado su infancia y donde la trataban como a su hija, no vivió más que con la idea de reunirse al coronel De Kermor. Se supo que éste se había retirado a Bretaña, cerca de Nantes, su ciudad natal. Le escribió para saber si residía allí actualmente. ¡Qué triste nueva cuando la joven supo que su padre había desaparecido hacía bastantes años!

Entonces la señorita De Kermor suplicó a sus padres adoptivos que le permitiesen partir para Europa... Iría a Francia... A Nantes... Conseguiría encontrar las huellas que se consideraban perdidas. Donde los extraños fracasan, una hija, guiada por su instinto, puede obtener buen éxito.

Los Heredia consintieron en su partida sin esperanza alguna. La señorita De Kermor abandonó, pues, a La Habana, y, tras feliz travesía, llegó a Nantes, donde encontró al sargento Marcial, que seguía ignorando el paradero de su coronel.

Júzguese de la emoción del viejo soldado cuando aquella niña, a quien se creía víctima de la catástrofe del Norton, franqueó los umbrales de la casa de Chantenay. El sargento no quería creerlo, pero le fue preciso. El rostro de Juana le recordaba las facciones del coronel; sus ojos, su fisonomía, todo lo que se puede transmitir por la sangre de semejanza física y moral. Así es que recibió a la joven como a un ángel que su coronel le enviase desde lo alto...

Pero en aquella época Marcial había ya abandonado toda esperanza de saber en qué país el coronel De Kermor había ido a hundir su triste existencia.

En cuanto a Juana, tomó la resolución de no abandonar la casa paterna. La fortuna que el sargento Marcial había recibido, y que él puso a disposición de la joven, la emplearon ambos en emprender nuevas pesquisas. En vano la familia Heredia insistió para que Juana de Kermor volviese a su lado. Les fue preciso resignarse a estar separados de su hija adoptiva. Juana agradeció a sus bienhechores todo lo que por ella habían hecho. En su corazón se desbordaba la gratitud hacia aquéllos a quienes sin duda no volvería a ver en largo tiempo. Mas, para ella, el coronel De Kermor vivía siempre, y tal vez podía pensarse así, puesto que la noticia de su muerte no había llegado al sargento Marcial ni a ninguno de los amigos que había dejado en Bretaña... Ella le buscaría... Ella le encontraría... Al amor paternal respondía este amor filial, por más que el padre y la hija no se hubieran visto nunca. Había entre ellos un lazo que les unía tan fuerte que nada podría romper.

La joven permaneció, pues, en Chantenay con el sargento Marcial. Éste le dijo que había sido bautizada con el nombre de Juana, algunos días después de nacer, en San Pedro de la Martinica. Juana vivió a su lado, obstinándose en buscar los más leves indicios que le permitieran lanzarse tras las huellas del coronel De Kermor.

Pero ¿a quién dirigirse para recibir alguna noticia del ausente? ¿No había el sargento Marcial intentado todos los medios, sin conseguir nada? ¡Y pensar que el coronel De Kermor se había expatriado por creerse solo en el mundo...! ¡Ah! ¡Si supiera que su hija, salvada del naufragio, le esperaba en la casa paterna...!

Transcurrieron varios años... Ningún rayo de luz aclaraba aquellas tinieblas... Y sin duda el más impenetrable misterio hubiera continuado envolviendo al coronel De Kermor a no ocurrir un suceso inesperado.

No se habrá olvidado que en 1879 había llegado a Nantes una carta

firmada por el coronel, carta que venía de San Fernando de Atabapo, en Venezuela, América del Sur. Dirigida al notario de la familia De Kermor, se refería a un asunto personal y se recomendaba el más absoluto silencio sobre la existencia de esta carta. Falleció el notario cuando Juana se encontraba aún en la isla de Martinica y nadie sabía que fuese la hija del coronel.

Siete años después fue hallada la carta entre los papeles del notario. Entonces los herederos de éste, que conocían la historia de Juana de Kermor, su instalación junto al sargento Marcial y las tentativas practicadas para procurarse documentos relativos al coronel, se apresuraron a comunicarle el hallazgo de la carta.

Juana era entonces mayor. En el tiempo que había vivido bajo el amparo maternal, que así puede decirse, del antiguo compañero de armas de su padre, la educación que recibiera de la familia Heredia se había completado con la instrucción sólida y seria que ofrece la pedagogía moderna.

Imagínese lo que sintió, el ardentísimo deseo que se apoderó de ella cuando el documento referido cayó en sus manos. Era la certeza de que el coronel De Kermor se encontraba en San Fernando en 1879. Y si se ignoraba lo que había sido de él después de este tiempo, por lo menos había un indicio, indicio tan buscado que permitía dar los primeros pasos en el camino de las pesquisas. Se escribió al gobernador de San Fernando varias veces... Las respuestas fueron siempre las mismas... Nadie conocía al coronel De Kermor; nadie recordaba que hubiese estado en el pueblo... Y, sin embargo, la carta existía.

En estas circunstancias, ¿no sería lo mejor ir a San Fernando? Seguramente. Y la joven resolvió partir para este punto.

La señorita De Kermor sostenía correspondencia regular con la familia Heredia. Hizo conocer a sus padres adoptivos su determinación de ir donde tal vez sería posible encontrar las últimas huellas de su padre, y aquéllos no pudieron menos de animarla en su resolución a pesar de las dificultades de tal viaje.

Pero ¿daría el sargento su aprobación a proyecto tan grave? ¿No se opondría al cumplimiento de lo que Juana consideraba como un deber? ¿No se resistiría a él por temor a las fatigas, a los peligros que ella correría en las lejanas regiones de Venezuela? ¡Tantos kilómetros que franquear! ¡Lanzarse una joven a tan aventurada campaña con un viejo soldado por guía, pues seguramente él no la dejaría partir sola...!

—Y, sin embargo, mi buen Marcial tuvo que acceder —dijo Juana, terminando su relato, que acababa de descorrer ante los dos jóvenes el velo del pasado—. Sí, ha consentido, ¿no es verdad?



—Y he tenido ocasión de arrepentirme —respondió el sargento Marcial—, puesto que, a pesar de tantas precauciones...

—Nuestro secreto ha sido descubierto —añadió la joven sonriendo—. Yo no soy tu sobrino, ni tú eres mi tío... Pero ni el señor Helloch ni el señor Germán Paterne dirán nada a nadie... ¿No es verdad, señor Helloch?

—¡A nadie, señorita!

—Nada de señorita, señor Helloch —se apresuró a decir Juana de Kermor—. Es preciso no tomar la mala costumbre de llamarme de ese modo. Acabarán ustedes por descubrir el secreto. No... Juan; nada más que Juan.

—Sí..., Juan..., y nuestro querido Juan, para variar un poco —dijo Germán Paterne.

—Y ahora, señor Helloch, le explicaré a usted lo que me ha exigido mi buen Marcial. Se ha convertido en tío mío. He vestido traje de muchacho, he cortado mis cabellos y, metamorfoseada así, he embarcado en Saint-Nazaire para Caracas. Hablo el español como mi lengua nativa, lo que me ha sido muy útil en el viaje. ¡Y heme aquí en el pueblo de San Fernando! Después, cuando haya encontrado a mi padre, volveremos a Europa por La Habana. Tengo que visitar a la generosa familia que le ha reemplazado cerca de su hija, y a la que ambos debemos tanta gratitud.

A los ojos de Juana asomaron algunas lágrimas. Pero se recobró en seguida, y añadió:

—No, tío, no; no hay que lamentar que nuestro secreto haya sido descubierto. Dios lo ha querido, como ha querido que dos compatriotas nuestros, dos devotos amigos, se hayan encontrado en nuestro camino. ¡Y en nombre de mi padre agradezco a ustedes con toda mi alma lo que por mí han hecho, lo que han resuelto hacer todavía!

Y tendió la mano a Jacques Helloch y a Germán Paterne, que la oprimieron afectuosamente.

Al siguiente día, los dos jóvenes, el sargento Marcial y Juan (conservaremos este nombre mientras las circunstancias lo exijan) se despidieron de Miguel, Felipe y Varinas que proseguían con sus preparativos para explorar el Guaviare y el Atabapo. Los tres colegas no veían sin inquietud que el joven se aventuraba por el curso superior del Orinoco, aun con el concurso de sus compatriotas.

Haciendo votos por el feliz desenlace de su viaje, Miguel dijo:

—Tal vez nos encontrará usted aquí a su regreso si mis compañeros y yo no nos hemos puesto de acuerdo.

En fin, después de haberse despedido del gobernador de San Fernando, que les entregó algunas cartas para los comisarios de los principales pueblos, tras los abrazos de Mirabal, Jacques Helloch y Germán Paterne, Juan y el sargento Marcial se embarcaron a bordo de sus piraguas, dispuestas a desamarrar.

La población asistió a la partida. Algunos vivos saludaron a las dos falcas cuando éstas se apartaron de la ribera derecha del río. Después de bordear las aguas del Atabapo y del Gaviare, ganaron el Orinoco y desaparecieron en dirección Este.

## **CAPÍTULO II**

### **PRIMERA JORNADA**

La Moriche y la Gallinetta iban mandadas, como lo habían sido desde su partida de Caicara, por los patrones Parchal y Valdez. Con Parchal y sus hombres, Jacques Helloch y Germán Paterne no habían experimentado dificultad por la prolongación del viaje. Alistados para una campaña de duración indeterminada, poco les importaba a aquellas bravas gentes que la campaña tuviese por resultado la exploración del Orinoco hasta su nacimiento, o de cualquiera otro de sus afluentes, desde el momento que tenían asegurado buen salario.

En lo que se refiere a Valdez, fue preciso establecer nuevas condiciones. El indio no debía conducir al sargento Marcial y a su sobrino más que hasta San Fernando, pues el último no había podido hacer el trato más que de esta manera por depender todo de las noticias que en dicho pueblo recogiera. Se sabe que Valdez era natural de San Fernando, donde vivía, y después de despedirse del sargento Marcial tenía el proyecto de bajar el río por cuenta de otros pasajeros, comerciantes o viajeros.

Como el sargento Marcial y Juan habían quedado extraordinariamente satisfechos de la habilidad y del celo de Valdez, no sin disgusto se hubieran separado de él para la segunda parte de la campaña, la más difícil seguramente. Así, pues, le propusieron que continuase a bordo de la Gallinetta en el curso de aquella navegación por el Alto Orinoco.

Valdez consintió con gusto. Sin embargo, de los nueve hombres que formaban su tripulación sólo cinco pudo conservar, pues los cuatro restantes debían emplearse en la recolección del caucho, que les reportaba grandes beneficios. Felizmente el patrón encontró con quienes reemplazarlos, alistando a tres mariquitas y a un español.

Los primeros, que pertenecen a las tribus de su nombre esparcidas por los

territorios del Este, son excelentes barqueros, y éstos conocían el río en una extensión de varios centenares de kilómetros más allá de San Fernando.

El español, apellidado Jorrés, había llegado al pueblo quince días antes, y buscaba precisamente ocasión de ir a Santa Juana, donde, según decía, el padre Esperante no rehusaría admitirle al servicio de la misión. Así, pues, sabedor de que el hijo del coronel De Kermor emprendía aquel viaje, se apresuró a ofrecerse como barquero. Valdez, al que faltaba un hombre, aceptó su ofrecimiento. Este español parecía dotado de inteligencia, aunque la dureza de sus facciones y el fuego de su mirada no previniesen en su favor. Era, además, taciturno y poco comunicativo.

Conviene añadir que los patrones Valdez y Parchal habían ya remontado el río hasta el Mavaca, uno de los tributarios de la izquierda, a unos trescientos cincuenta kilómetros más abajo del macizo de Parima, donde se extienden las primeras aguas del gran río. Y conviene también hacer notar que las piraguas empleadas en el Alto Orinoco son, generalmente, de construcción más ligera que las que se emplean en el curso medio. Pero la Gallinetta y la Moriche, de pequeñas dimensiones no parecieron impropias para aquel género de navegación. Se las había examinado con cuidado, carenado sus fondos, puestas en perfecto estado. En el mes de octubre, la estación seca no ha bajado aún al mínimum el cauce del río. Su profundidad debía, pues, bastar a las dos falcas, y lo mejor era no cambiarlas por otras, toda vez que sus pasajeros estaban acostumbrados a ellas desde hacía más de dos meses.

En la época en que Chaffanjon realizaba su extraordinario viaje, no existía más mapa que el de Coddazzi, en general poco exacto y rectificado por el viajero francés. En consecuencia, el mapa corregido por Chaffanjon iba a servir durante esta segunda parte de la campaña.

El viento era favorable y bastante fuerte. Las dos piraguas, con las velas izadas, caminaban rápidamente, casi en la misma línea. Los tripulantes, agrupados en la proa, no tenían que hacer uso de sus brazos. Hermoso tiempo, con un cielo sembrado de ligeras nubes procedentes del Oeste.

En San Fernando, las falcas habían sido abastecidas de carne seca, legumbres, conservas, tabaco y aguardiente, así como de objetos de cambio, cuchillos, hachas, bujerías de vidrio, espejos, telas, y también de vestidos, mantas y municiones. Medida prudente, pues, subiendo más allá del pueblo, hubiera sido difícil procurarse lo necesario, salvo el alimento. En lo que a éste concernía, además, las escopetas de Jacques Helloch y la carabina del sargento Marcial proveerían abundantemente; la pesca no dejaría de ser fructuosa, pues el pescado abunda en las embocaduras de los numerosos ríos que engruesan el curso superior del Orinoco.

A las cinco de la tarde las dos piraguas, ayudadas por el viento, amarraron

en la punta de la isla Mina, casi frente a Mava. Una pareja de capibaras fue muerta, y no hubo necesidad de tocar las provisiones, ni para los pasajeros, ni para los tripulantes.

Al día siguiente, 4 de octubre, se volvió a emprender la marcha en iguales condiciones. Después de navegar en línea recta sobre los veinte kilómetros de la parte del Orinoco, a la que los indios dan el nombre de Cañón Nube, la Moriche y la Gallinetta hicieron escala al pie de las extrañas rocas de Piedra Pintada. Allí Germán Paterne procuró, en vano, descifrar las inscripciones, en parte cubiertas por las aguas. Efectivamente; las crecidas de la época de las lluvias mantenían sobre el cauce normal el nivel del río. Además, se encuentra otra Piedra Pintada más allá de la embocadura del Cassiquiare, con los mismos signos jeroglíficos: firma auténtica de aquellas razas indias que el tiempo ha respetado.

Por costumbre, los viajeros del Alto Orinoco prefieren desembarcar durante la noche. Establecen una especie de campamento bajo los árboles y suspenden sus hamacas de las ramas bajas, durmiendo a campo raso. Verdad que, hasta entonces, los pasajeros se habían contentado con el abrigo de los roufs a bordo de sus piraguas, y no pensaron que hubiera motivo para abandonarlo, pues, aparte de que los durmientes arriesgan el ser sorprendidos por lluvias repentinas y violentas, bastante comunes en aquellas comarcas, hay otras eventualidades no menos inquietantes.

Así lo hicieron observar aquella noche los dos patronos.

—Si esto librara de los mosquitos —dijo Valdez— lo mejor sería acampar... Pero los mosquitos son tan infames en la playa como en el río...

—Además —añadió Parchal— se expone uno a las hormigas, cuyas picaduras producen horas de fiebre.

—¿No son esos bichos conocidos con el nombre de veinticuatro? —preguntó Juan, muy instruido por la lectura asidua de la guía.

—Precisamente —respondió Valdez—. Sin contar las chipitas, bichitos que apenas se ven y que le devoran a uno de la cabeza a los pies, y las termitas, tan insoportables que obligan a los indios a huir de sus casas...

—Y sin contar las niguas —añadió Parchal—, y también esos vampiros que chupan la sangre hasta la última gota...

—Y sin contar las serpientes —aumentó Germán Paterne—, algunas de seis metros de largo... Prefiero los mosquitos.

—¡Yo no prefiero ni a irnos ni a otrosí! —declaró Jacques Helloch.

Todos fueron de esta opinión. Así es que decidieron acostarse en las falcas mientras alguna borrasca, un chubasco, por ejemplo, no obligara a los

pasajeros a buscar refugio en la orilla.

Por la tarde se había podido tocar la embocadura del río Ventuari, importante tributario de la ribera derecha. Eran apenas las cinco y quedaban dos horas de luz. Sin embargo, siguiendo el consejo de Valdez, se hizo alto en aquel sitio. Sobre el Ventuari, el río, obstruido por las rocas, presenta una navegación difícil y peligrosa, que sería imprudente intentar en la proximidad de la noche.

Comieron todos juntos. El sargento Marcial no podía hacer objeciones sobre este punto, ahora que el secreto de Juan era conocido por sus dos compatriotas. Jacques Helloch y Germán Paterne demostraban extrema reserva en sus relaciones con la joven. Se hubieran reprochado (Jacques Helloch sobre todo) de molestarla con demasiada asiduidad. Sentía, si no aturdimiento, un sentimiento particular cuando se encontraba en presencia de la señorita De Kermor. Ésta no podía menos de advertirlo, pero no se preocupaba de ello. Se comportaba con la misma franqueza y sencillez de siempre. Invitaba a los dos jóvenes a que fuesen en su piragua cuando llegaba la noche. Después hablaban de los incidentes de la navegación, de las eventualidades del porvenir, de las probabilidades de un resultado feliz, de las noticias que sin duda se obtendrían en la misión de Santa Juana.

—Es de buen agüero que lleve ese nombre —hizo observar Jacques Helloch—. Sí..., de buen agüero, puesto que es precisamente el de usted..., señorita...

—Juan..., Juan..., si a usted le parece —interrumpió la joven sonriendo mientras el sargento fruncía el ceño.

—Sí, Juan —respondió Jacques Helloch; después de indicar con un gesto que ninguno de los marineros de las falcas le había oído.

Aquella noche la conversación recayó sobre el afluente, a cuya embocadura estaban amarradas las dos piraguas.

Es uno de los más considerables del Orinoco. Vierte en él enorme masa de agua por siete bocas, al través de una de las curvas más pronunciadas de su sistema hidrográfico, un codo en ángulo agudo.

El Ventuari desciende del Nordeste al Sudoeste, y riega los territorios ordinariamente habitados por los indios macos y los indios mariquitares. El caudal que aporta es, pues, más voluminoso que el de los afluentes de la izquierda.

Ésta llevó a Germán Paterne a declarar encogiéndose de hombros:

—Verdaderamente, los señores Miguel, Felipe y Varinas tendrían aquí un buen motivo de discusión. He ahí a ese Ventuari que les disputaría, y no sin

ventaja, el derecho al Atabapo y al Guaviare; y si esos señores estuvieran aquí esta noche, oiríamos sus argumentos respectivos.

—Es probable —respondió Juan—, pues este río es el más importante de la región.

—Yo siento que el demonio de la hidrografía se apodere de mi cerebro —exclamó Germán Paterne—. ¿Por qué el Ventuari no ha de ser el Orinoco?

—Si crees que voy a discutir esta opinión... —dijo Jacques Helloch.

—¿Y por qué no? Es tan buena como la de los señores Varinas y Felipe...

—Querrás decir que es tan mala.

—¿Y por qué razón?

—Porque el Orinoco es el Orinoco...

—¡Magnífico argumento, Jacques!

—¿De modo, señor Helloch —preguntó Juan—, que su opinión está conforme con la del señor Miguel?

—En absoluto, mi querido Juan.

—¡Pobre Ventuari! —respondió riendo Germán Paterne—. Veo que no tienes probabilidades de éxito... y te abandono.

Los días 4, 5 y 6 exigieron gran trabajo, que fue preciso pedir a los brazos de los tripulantes, ya para halar, ya para las maniobras de los remos y de las palancas. Después de Piedra Pintada, las piraguas tuvieron que contornear durante siete u ocho kilómetros un montón de islotes y arrecifes que hacía la marcha muy lenta y difícil. Aunque el viento seguía soplando del Oeste, servirse de las velas hubiera sido imposible en aquel laberinto. Además la lluvia cayó abundantemente, y los pasajeros se vieron obligados a encerrarse en sus roufs durante largas horas.

Pasados estos arrecifes sucedieron los rápidos de Santa Bárbara, que las piraguas franquearon felizmente, sin verse obligadas a transbordo alguno. No vieron en este sitio las ruinas del antiguo pueblo, indicadas por Chaffanjon, y no parecía que aquella porción de la ribera izquierda hubiera estado jamás habitada por indios sedentarios.

Más allá de Cangreo la navegación pudo continuar en condiciones normales, lo que permitió a las falcas llegar en la tarde del 6 de octubre al pueblo de Guachapana, donde hicieron escala.

Y si los patrones Valdez y Parchal hicieron alto, fue únicamente para conceder medio día y una noche de descanso a sus tripulantes.

Guachapana se compone de media docena de cabañas abandonadas desde largo tiempo. Obedece esto a que los alrededores están infestados de termitas, cuyos nidos miden hasta dos metros de altura. Ante aquella invasión no hay más que un recurso: cederles el sitio, y esto es lo que habían hecho los indios.

—Tal es —observó Germán Paterne— el poder de lo infinitamente pequeño. Nada resiste a los bichejos si su número es enorme. Se puede rechazar una bandada de tigres, de jaguares, hasta desembarazar de ellos al país..., y no se acampa ante estos bichos.

—A no ser un indio piaroa, según he leído —dijo Juan.

—Pero esos huyen más por superstición que por temor —añadió Germán Paterne—, mientras que las hormigas, las termitas, acaban por hacer inhabitable un país...

A las cinco, los tripulantes de la Moriche se apoderaron de una tortuga de gran tamaño. Este quelonio sirvió para condimentar una excelente sopa, y un no menos excelente caldo, al que los indios dan el nombre de sancocho. Además, y esto permitía economizar las provisiones de las falcas, en la orilla de los bosques vecinos, monos, capibaras y pecaríes no esperaban más que un tiro para figurar en la mesa de los pasajeros. Por todas partes se podía recoger ananás y bananos. Por encima de la playa volaban bandadas de ánades, guacos de vientre blancuzco, gallinas negras. En las aguas hormigueaban los peces, y son tan abundantes que los indígenas los matan a flechazos. En una hora se hubieran llenado los botes de las piraguas.

La cuestión de alimentación no debía, pues, preocupar a los viajeros del Alto Orinoco.

Más allá de Guachapana, la anchura del río no pasa de quinientos metros. Sin embargo, su curso está siempre dividido por numerosas islas que originan rápidas corrientes que se desarrollan con molesta impetuosidad.

La Moriche y la Gallinetta no pudieron llegar aquel día más que a la isla Perro de Agua, y era casi de noche cuando llegaron.

A veinticuatro horas de allí, después de un día lluvioso, turbado varias veces por saltos de viento que obligaron a navegar a la palanca más arriba de la isla Camucapi, los viajeros llegaron a la laguna Carida.

En otra época había en este sitio un pueblo que fue abandonado, porque un piaroa había sucumbido bajo los dientes de un tigre, hecho que fue certificado a Chaffanjon. El viajero francés no encontró en este pueblo más que alguna casa utilizada por un indio bare, menos supersticioso o menos poltrón que sus congéneres. Este bare fundó un rancho, cuyo perfecto estado de prosperidad reconocieron Jacques Helloch y sus compañeros. Comprendía el rancho

algunos campos de maíz, de yuca, plantaciones de bananos, de tabaco y ananás. Al servicio del indio y de su mujer había una docena de peones que vivían en Carida en la más dichosa armonía.

Difícil hubiera sido rehusar la invitación que el indio hizo a los viajeros para que visitasen su establecimiento. Fue a bordo de las piraguas así que éstas arribaron. Se le ofreció un vaso de aguardiente. Aceptólo, pero a condición de que se iría a beber la tafia y a fumar los cigarrillos a su casa. Hubiera sido poco correcto rehusar, tal invitación, y los pasajeros prometieron ir al rancho después de comer.

Entonces se produjo un incidente, al que no se dio ni podía darse gran importancia. En el momento en que desembarcaba de la Gallinetta, el bare se fijó en uno de los hombres de la tripulación, aquel Jorrés, al que el patrón había reclutado en San Fernando.

No se habrá olvidado que el español había ofrecido sus servicios sólo por ser su intención ir a la misión de Santa Juana.

El bare le preguntó, después de mirarle con alguna curiosidad.

—Eh, amigo... Yo le he visto a usted en alguna parte...

Jorrés frunció ligeramente el entrecejo y se apresuró a responder:

—Aquí, no... No he venido nunca al rancho.

—Esto es asombroso... Pocos extranjeros pasan por Carida, y no se olvida su rostro aunque no se le haya visto más que una vez.

—Tal vez me habrá usted visto en San Fernando.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted allí...?

—Tres semanas.

—No..., pues allí no ha sido. Hace más de dos años que no he ido a San Fernando.

—Entonces se engaña usted... Nunca me ha visto —respondió el español con tono brusco—. Éste es el primer viaje que hago por el Alto Orinoco.

—Quiero creerle a usted —respondió el bare—, y sin embargo...

Aquí terminó la conversación; y aunque Jacques oyó el final de ella, no se preocupó por lo que oía. Efectivamente, ¿por qué había de ocultar Jorrés que hubiera ido a Carida, de ser cierto?

Además, Valdez no tenía más que motivos de alabanza por aquel hombre que no retrocedía ante ninguna faena por fatigosa que fuera; únicamente se podía notar que vivía apartado de los demás, que hablaba poco, escuchando



más bien lo que se decía, tanto entre los pasajeros como entre los tripulantes.

Sin embargo, después del diálogo entre el bare y Jorrés, a Jacques Helloch acometióle la idea de preguntar al último el motivo que le llevaba a la misión de Santa Juana.

Juan, vivamente interesado en lo que concernía a esta misión, esperaba, no sin impaciencia, la respuesta del español.

Ésta fue muy sencilla, y sin que mostrara inquietud dijo:

—Yo, en mi infancia, estaba en la iglesia de novicio, en el convento de la Merced, de Cádiz. Después acometióme el deseo de viajar. He servido como marinero en navíos del Estado durante algunos años. Pero este servicio me fatigó, y, vuelto a mi antigua vocación, pensé entrar en las misiones. Me encontraba en Caracas en un navío mercante, hace seis meses, y oí hablar de la misión de Santa Juana, fundada hace algunos años por el padre Esperante. Tuve entonces el pensamiento de unirme a él, no dudando que sería bien acogido en este establecimiento que prospera. He abandonado a Caracas, y ofreciéndome como barquero, ya a bordo de una piragua, ya de otra, pude llegar a San Fernando. Esperaba allí una ocasión de remontar el Alto Orinoco, y mis recursos, es decir, lo que había economizado durante el viaje, empezaban a agotarse cuando las piraguas que les conducían a ustedes anclaron en el pueblo. Se extendió la noticia de que el hijo del coronel De Kermor, con la esperanza de encontrar a su padre, se disponía a partir para Santa Juana. Sabiendo que el patrón Valdez reclutaba su tripulación, solicité de él que me admitiera, y heme aquí navegando a bordo de la Gallinetta... Tengo, pues, motivos para afirmar que este indio jamás me ha visto en Carida, puesto que he arribado a este puerto por vez primera.

A Jacques Helloch y a Juan convencióles el tono de verdad con que hablaba el español. Esto no podía extrañarles, pues, según el relato, aquel hombre había recibido en su juventud alguna instrucción. Le propusieron entonces alistar a algún indio para que se instruyera en el trabajo de la Gallinetta y conservar a Jorrés como pasajero a bordo de una de las piraguas.

Jorrés dio las gracias a los dos franceses. Habitado ahora al oficio de barquero, después de haberlo desempeñado hasta el rancho de Carida, continuaría desempeñándolo hasta las fuentes del río.

—Y —añadió— si no consigo entrar en el personal de la misión, suplicaré a ustedes que me lleven a San Fernando, tomándome a su servicio, y hasta a Europa cuando regresen ustedes a ella.

El español hablaba con voz tranquila, pero algo dura, aunque procurase suavizarla. Voz apropiada a su fisonomía ruda, a su aire decidido, a su cabeza fuerte de cabellera negra, a su boca, cuyos delgados labios se levantaban,

dejando ver los blanquísimos dientes.

Tenía también una particularidad que nadie hasta entonces había advertido, pero que desde aquella fecha fue varias veces observada por Jacques Helloch: era la singular mirada que frecuentemente dirigía a Juan. ¿Había, pues, descubierto el secreto de Juan Kermor, que no sospechaban ni Valdez, ni Parchal, ni ninguno de los tripulantes de las dos falcas?

Esto inquietaba a Jacques, y el español merecía ser vigilado, aunque ni la joven ni el sargento Marcial hubieran concebido la menor sospecha. Si las de Jacques Helloch se cambiaban en certidumbres, llegaría la ocasión de desembarazarse de Jorrés, desembarcándole en algún pueblo, en Esmeralda, por ejemplo, cuando las piraguas anclasen en él. No se le daría explicación alguna. Valdez le arreglaría su cuenta, y él se trasladaría como quisiera a la misión de Santa Juana.

A propósito de esta misión, Juan interrogó al español, preguntándole si conocía al padre Esperante, junto al cual deseaba ir.

—Sí, señor De Kermor —respondió Jorrés, tras un momento de vacilación.

—¿Le ha visto usted?

—En Caracas.

—¿En qué época?

—En 1879, cuando me hallaba a bordo de un navío mercante.

—¿Era la primera vez que el padre Esperante iba a Caracas?

—Sí... La primera vez, y de allí partió para ir a fundar la misión de Santa Juana.

—¿Y qué clase de hombre es? —añadió Jacques Helloch—. Mejor dicho, ¿qué clase de hombre era en aquella época?

—Un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura, vigoroso, que usaba barba de abanico, ya gris, y que al presente debe ser blanca. Se adivinaba en él una naturaleza resuelta, enérgica, como las de esos misioneros que no vacilan en arriesgar su vida para convertir indios.

—¡Noble empresa! —dijo Juan.

—¡La más hermosa que conozco! —contestó el español.

Con esta respuesta terminó la conversación. Era llegada la hora de ir a visitar el rancho del bare. El sargento Marcial y Juan, Jacques Helloch y Germán Paterne desembarcaron en la orilla. Después, atravesando los campos de maíz y yuca, se dirigieron a la casa en que vivía el indio con su mujer.

Estaba esta casa más cuidadosamente construida que lo están de ordinario las cabañas de los indios de aquella región. Contenía diversos muebles, hamacas, utensilios de cultivo y de cocina, una mesa, varios cestos que servían para guardar objetos, y algunos escabeles.

Hizo los honores el bare, pues su mujer no comprendía el español, lengua de la que él se servía corrientemente. Dicha mujer era una india medio salvaje, y sin duda inferior a su marido.

Éste, muy orgulloso de su dominio, habló largamente de su explotación, de su porvenir, manifestando el disgusto que sentía porque sus huéspedes no pudieran visitar el rancho en toda su extensión, aunque esperaba que al regreso permanecieran allí más tiempo.

Algunas galletas de yuca, ananás de primera calidad, tafia, que el mismo bare extraía de las cañas de azúcar, cigarros de ese tabaco que crece sin cultivo, simples hojas arrolladas en una pequeña corteza de tabari. Todo esto fue ofrecido y aceptado de buena voluntad.

Únicamente Juan renunció a los cigarros a pesar de la insistencia del indio, y sólo consintió en mojar sus labios con algunas gotas de tafia. Precaución prudente, porque el tal licor abrasaba como fuego; y si Jacques y el sargento no pestañeaban al tomarlo, Germán Paterne no pudo contener un gesto que le hubieran envidiado los monos, lo que al parecer satisfizo al indio.

A las diez se retiraron los visitantes, y el bare, seguido de algunos peones, les acompañó hasta las falcas, cuyas tripulaciones dormían profundamente.

En el momento en que se despedían, el indio no pudo menos de decir, refiriéndose a Jorrés:

—A pesar de todo, estoy seguro de haber visto a ese español en los alrededores del rancho.

—Y ¿por qué había de ocultarlo? —preguntó Juan.

—No hay más que un parecido, mi bravo indio —se contentó con replicar Jacques Helloch.

### **CAPÍTULO III**

#### **ESCALA DE DOS DÍAS EN DANACO**

Hacía cuarenta y ocho horas que ya se dibujaba en el horizonte Este la cima de una montaña, que los dos patrones, Valdez y Parchal, decían ser el monte Yapacana. Añadían que esta montaña estaba encantada, y que todos los

años, en febrero y marzo, los espíritus encienden en su cúspide una gran hoguera, cuyo reflejo se extiende por toda la comarca, elevándose hasta el cielo.

Las piraguas llegaron en la tarde del 11 de octubre al sitio en que el monte se muestra en sus verdaderas dimensiones; cuatro kilómetros de extensión, anchura de kilómetro y medio, y altura de 1200 metros.

Durante los tres días que habían seguido a su partida de Carida, la navegación de las falcas, impulsadas por brisa constante, se había efectuado rápidamente y sin obstáculos. Se había pasado la isla Lima, remontando el río en las riberas, bordeadas de espesas palmeras, sin más dificultad que las de atravesar un pequeño raudal, llamado «Travesía del Diablo».

El cerro de Yapacana ocupa la planicie que se desenvuelve a la derecha del Orinoco. Como indica Chaffanjon, presenta la forma de un enorme sarcófago.

—Y ¿por qué —dijo Germán Paterne— no ha de albergar devas, dríadas, trolls, elfos y otros espíritus de origen mitológico?

Frente al cerro, la ribera izquierda, más allá de la isla Mavilla, estaba ocupada por la casa del delegado venezolano. Era éste un mestizo, llamado Manuel Asunción, que vivía allí con su mujer, mestiza también; y varios niños. En total, una interesante familia.

Cuando las falcas se detuvieron ante Danaco ya era de noche, pues la navegación se había retrasado por una avería sobrevenida a la Gallinetta. A pesar de toda su habilidad, Valdez no pudo impedir que la piragua, cogida en un remolino, chocase con una arista de la roca. Como consecuencia del choque abrióse en la piragua un agujero de poca importancia, puesto que pudo ser tapado con algunos puñados de hierbas secas. Pero teniendo en cuenta la continuación del viaje, preciso era que la avería fuera sólidamente reparada, y en Danaco lo sería.

Los pasajeros permanecieron toda la noche al pie de la orilla, en la costa meridional de la isla Mavilla, sin que el delegado hubiera sido avisado de su llegada.

Al siguiente día, al alba, las piraguas atravesaron el brazo del río y fueron a amarrar a una especie de puente, destinado a la carga y descarga de las embarcaciones.

Danaco era entonces un pueblo, no un simple rancho, como el viajero francés ha anotado en su relación.

En efecto: gracias a la inteligente actividad de Manuel Asunción, el establecimiento había sido engrandecido en algunos años, y su prosperidad tendía a aumentar. El mestizo había tenido la feliz idea de abandonar su lugar

de Guachapana, más próximo a San Fernando, donde llegaban más fácilmente las enojosas requisas del gobernador. Aquí, en Danaco, estaba casi en completa libertad de ejercer su comercio, y esta libertad producía excelentes resultados.

Al amanecer, Manuel Asunción tuvo conocimiento de la llegada de las piraguas, y acompañado de algunos peones se apresuró a ir a ver a los viajeros.

Éstos descendieron inmediatamente a la orilla. Allí, Juan creyó conveniente presentar las cartas que le había dado el gobernador de San Fernando para los delegados del Alto Orinoco.

Manuel Asunción tomó la carta, la leyó, y con cierto orgullo dijo:

—No tenía yo necesidad de esta carta para hacer buen recibimiento a los viajeros que venían a hacer escala en Danaco. Los extranjeros, y sobre todo los franceses, están siempre seguros de ser bien acogidos en nuestros pueblos.

—Se lo agradecemos a usted, señor Manuel —respondió Jacques Helloch—. Pero una reparación que requiere la avería de una de nuestras falcas nos obligará tal vez a permanecer aquí cuarenta y ocho horas.

—Y ocho días, si usted quiere, caballero. Danaco está siempre abierto a los compatriotas del francés Truchon, al que los plantadores del Alto Orinoco deben gratitud inmensa.

—Sabíamos que íbamos a ser perfectamente recibidos, señor Manuel —afirmó Juan.

—Y ¿cómo lo sabían ustedes, mi joven amigo?

—Porque esta hospitalidad que usted nos ofrece, la había usted ofrecido hace cinco años a uno de mis compatriotas, que llegó hasta el nacimiento del Orinoco.

—¡El señor Chaffanjon! —exclamó el delegado—. ¡Sí! Un audaz explorador, del que conservo excelentes recuerdos..., así como de su compañero el señor Mousot.

—Y que ha conservado no menos excelentes recuerdos de usted —añadió Juan—, como también de los servicios que usted le prestó..., lo que ha consignado en la relación de su viaje.

—¿Tiene usted esa relación? —preguntó Manuel.

—La tengo, y si lo desea le traduciré el pasaje que se refiere a usted.

—Mucho placer me causará —respondió el delegado, tendiendo la mano a los pasajeros de las falcas.

En esta relación, no solamente se hablaba en excelentes términos de

Manuel Asunción y de su establecimiento de Danaco, sino también de Truchon, que valía a los franceses tan buena fama en el curso superior del río.

Truchon fue, hace cuarenta años, a fundar un establecimiento en aquel territorio del Alto Orinoco. Antes los indios no entendían nada de la explotación del caucho, y gracias a los procedimientos que él introdujo, esta explotación tan fructuosa ha hecho la fortuna de aquellas lejanas regiones. De aquí la legítima popularidad del nombre francés en todas las provincias donde dicho cultivo forma la principal industria.

Manuel Asunción contaba sesenta años de edad. Tenía aún la apariencia de un hombre vigoroso; el color atezado, la fisonomía inteligente, la mirada llena de ardor. Sabía mandar y hacerse obedecer, y era bueno, atento, cuidadoso para los indios de su rancho. Eran éstos mariquitares, una de las mejores razas indígenas de Venezuela, y el pueblo que había sido formado en tomo del rancho poseía una población exclusivamente mariquitare.

Una vez que los pasajeros aceptaron la hospitalidad ofrecida por el delegado, diéronse las oportunas órdenes para que se procediera inmediatamente a la reparación de la avería de la Gallinetta. Iba a ser preciso desembarcar el material, sacarla a la orilla y volverla para calafatear sus fondos. Con los obreros que Manuel Asunción puso a disposición de Valdez, el trabajo quedaría terminado en dos días.

Eran entonces las siete de la mañana. Tiempo cubierto, nubes muy elevadas, sin amenazas de lluvia, temperatura soportable, pues no pasaba de veintisiete grados centígrados.

Partióse en dirección al pueblo, oculto bajo espesa arboleda y a medio kilómetro de distancia.

Manuel Asunción, Jacques Helloch y Juan, precedían, siguiendo un ancho sendero, bien trazado, bien cuidado, al sargento Marcial y a Germán Paterne.

Mientras caminaban, Manuel hacía admirar a los viajeros los ricos productos del rancho, cuyo cultivo se extendía así hasta el río, plantaciones de mangos, limoneros, cacahuets, palmeras. Más allá, se veían vastas extensiones de bananos, campos de maíz, de yuca, de caña de azúcar y tabaco. Las caucheras formaban la cosecha del dominio, como también la haba tonca, arbolillos que producen la sarapia.

Y Manuel repetía:

—Si su compatriota volviera a vernos, ¡qué cambiado encontraría el rancho de Danaco, sin hablar del pueblo, que es ya uno de los más importantes del territorio!

—¿Más importante que Esmeralda? —preguntó Jaques Helloch.

—Seguramente, pues ese pueblecillo está ahora abandonado, mientras Danaco se halla en pirata prosperidad —respondió el delegado—. Ustedes juzgarán de ello cuando pasen ante Esmeralda. Además, los mariquitares son indios trabajadores e industriosos, y ustedes podrán observar que sus casas son tan cómodas como las de los mapoyes o los piaroas del Medio Orinoco.

—Sin embargo —replicó Jacques Helloch—, en Urbana hemos entablado relaciones con un tal señor Marchal...

—Ya sé..., ya sé... —respondió Manuel Asunción—. El propietario del hato de Tigra... Un hombre inteligente... He oído hablar muy bien de él... Pero, en suma, su hato no se convertirá nunca en un pueblo, y pueblo será en su día Danaco..., al que llegamos en este instante.

Tal vez el delegado sentía algo de celos por Marchal. «Y ¿dónde van a albergarse los celos?», se pudo preguntar Jacques Helloch. Por lo demás, Manuel Asunción sólo había dicho la verdad respecto al pueblo, del que hablaba con justo orgullo. En aquella época, Danaco se componía de unas cincuenta casas, a las que no convenía el nombre de cabañas.

Estas casas descansan sobre una especie de basamento cilindrocónico, que domina un alto tejado de hojas de palma, terminado en punta, adornada con algunos arambeles en su base. El basamento dicho está entrelazado con ramas, sólidamente unidas entre sí, y cimentadas de una mezcla de cal y arena, cuyas hendeduras le dan el aspecto de un muro de ladrillo.

Dos puertas, una opuesta a la otra, permiten el acceso al interior. En vez de una única habitación tiene dos, para el uso de los miembros de la misma familia, y separadas por la sala común. Notable progreso entre las cabañas indias y que impide toda promiscuidad. Obsérvase progreso igual en el mueblaje, compuesto de mesa, escabeles, cubos, hamacas, que, aunque rudimentario, prueba la necesidad de comodidad.

Atravesando el pueblo, los viajeros pudieron observar la población masculina y femenina de Danaco, pues las mujeres y los niños no huyeron al acercarse.

Los hombres, de hermoso tipo, robustos y de sana constitución, tenían tal vez menos tipismo que en los tiempos en que su traje se reducía a un taparrabo sujeto a la cintura. Lo mismo sucedía con las mujeres, que antaño se contentaban con un mandil cubierto de pedacitos de vidrio y sujeto sobre las caderas por un cinturón de perlas. Actualmente, su traje, semejante al de los mestizos o indios civilizados, no contravenía las leyes de la decencia. En resumen, se encontraba el equivalente al poncho americano en los jefes; y en cuanto a las mujeres, llevaban gran número de brazaletes en brazos y piernas.

Después de haber dado unos cien pasos por el pueblo, el delegado dirigió a

sus huéspedes hacia la derecha. Dos minutos después llegaron ante la casa principal de Danaco.

Figurémonos una casa doble, o más bien dos casas unidas, muy elevadas sobre su basamento, y con los muros agujereados con puertas y ventanas. Estaba rodeada de un hayedo, protegida por empalizadas, con patio de entrada ante la fachada. Magníficos árboles dábanle sombra por ambos lados, y en cada uno de ellos había un anexo donde se depositaban los instrumentos de cultivo o se encerraban las bestias.

La recepción se celebró en la primera habitación de una de las casas, donde estaba la mujer de Manuel Asunción, mestiza de indio del Brasil y de negra, acompañada de sus dos hijos, vigorosos mozos de veinticinco y treinta años, de tez menos cobriza que sus padres.

Jacques Helloch y sus compañeros fueron cordialmente recibidos.

Como toda la familia comprendía y hablaba el español, la conversación fue seguida sin dificultad.

—Toda vez que la Gallinetta está en reparaciones que durarán cuarenta y ocho horas, el sargento y su sobrino permanecerán aquí —dijo Manuel, dirigiéndose a su mujer—. Tú les prepararás una o dos habitaciones, según les convenga.

—Dos..., si usted quiere —respondió el sargento.

—Dos... sea —añadió el delegado—, y si el señor Helloch y su amigo quieren dormir en el rancho...

—Se lo agradecemos a usted —respondió Germán Paterne—. Nuestra piragua, la Moriche, está en buen estado, y deseosos de no proporcionar a usted tanto trabajo, esta noche regresaremos a bordo...

—Como ustedes gusten, señores... Ustedes no molestarían, pero nosotros no queremos molestarles a ustedes.

Después dijo a su hijo:

—Será menester enviar algunos de nuestros mejores peones para que ayuden a los tripulantes de las falcas...

—Y nosotros trabajaremos con ellos —respondió el mayor de los jóvenes.

Pronunció estas palabras inclinándose respetuosamente ante su padre y su madre; muestras de respeto comunes entre las familias de Venezuela.

Después del almuerzo, muy abundante en caza, frutas y legumbres, Manuel preguntó a sus huéspedes sobre el objeto de su viaje. Hasta entonces el Alto Orinoco no había sido frecuentado más que por raros mercaderes que iban a



Cassiquiare, más arriba de Danaco. Más allá no había comercio, y únicamente a los exploradores se les ocurría tratar de llegar al nacimiento del río.

Manuel quedó muy sorprendido cuando Juan le manifestó los motivos que le habían hecho emprender aquella campaña, a la que se habían asociado sus dos compañeros.

—¿De modo que va usted en busca de su padre? —dijo con una emoción de la que participaban sus hijos y su mujer.

—Sí, señor Manuel, y esperamos encontrar sus huellas en Santa Juana.

—¿No ha oído usted hablar del coronel De Kermor? —preguntó Jacques Helloch a Manuel.

—Jamás ese nombre ha sido pronunciado delante de mí.

—Y, sin embargo —dijo Germán Paterne—, hace años usted estaba ya establecido en Danaco.

—No... Todavía ocupábamos el sitio de Guachapana; pero no tenemos conocimiento de la llegada a este sitio del coronel De Kermor.

—No obstante —insistió el sargento Marcial, que comprendía lo bastante para tomar parte en la conversación—, entre San Fernando y Santa Juana no hay más camino que el del Orinoco.

—Es el más fácil y el más directo —respondió Manuel—, y un viajero está en él menos expuesto que si se aventurase a través de los territorios del interior recorridos por los indios. Si el coronel De Kermor se ha dirigido hacia las fuentes del río, ha debido de remontarlo como ustedes lo hacen.

Hablando así, Manuel Asunción no se mostraba muy afirmativo.

Era, pues, sorprendente que el coronel De Kermor, cuando se dirigía a Santa Juana, no dejara vestigio alguno de aquella navegación sobre el Orinoco, a partir de San Fernando.

—Señor Manuel —preguntó entonces Jacques Helloch—, ¿ha visitado usted la misión?

—No... No he llegado al Este más allá de la embocadura del Cassiquiare.

—¿Se le ha hablado a usted de Santa Juana?

—Sí..., como de un establecimiento próspero, gradas a los sacrificios de su jefe.

—¿No conoce usted al padre Esperante?

—Sí... Le he visto una vez... Hará tres años... Había descendido al río para asuntos de la misión, y se detuvo un día en Danaco.

—¿Y qué clase de hombre es ese misionero? —preguntó el sargento Marcial.

El delegado hizo del padre Esperante un retrato que concordaba con el que del mismo había hecho el español Jorrés. No era dudoso que el último hubiera encontrado al misionero en Caracas, como había dicho.

—Y después de su paso por Danaco, ¿no ha tenido usted más relaciones con el padre Esperante? —preguntó Juan.

—Ninguna —respondió Manuel—. Sin embargo, varias veces he sabido por los indios que venían del Este, que Santa Juana aumentaba en importancia cada año. La obra de ese misionero es hermosa y honra a la Humanidad.

—Sí, señor delegado —declaró Jacques Helloch—, y honra también al país que tales hombres produce. Seguro estoy de que seremos bien recibidos por el padre Esperante.

—No lo duden ustedes —respondió Manuel—, y les trataré a ustedes como si fueran compatriotas suyos. Es la acogida que reservaba al señor Chaffanjon, si éste hubiera llegado hasta Santa Juana.

—¡Y tal vez nos ponga sobre las huellas de mi padre! —añadió Juan.

Por la tarde, los huéspedes del delegado visitaron el rancho; sus campos, bien cultivados; sus plantaciones, admirablemente conservadas; sus bosques, donde el hijo de Manuel combatía incesantemente a los monos; sus praderas, donde pacían los rebaños.

Se estaba en la época de la recolección del caucho, recolección prematura aquel año. Por regla general no empieza hasta noviembre, para continuar hasta fines de marzo.

Manuel dijo:

—Si esto les interesara a ustedes, mañana les mostraré cómo se procede a esta recolección.

—Aceptamos con mucho gusto —respondió Germán Paterne—, y yo sacaré buen provecho de ello.

—A condición de levantarse al alba —observó Manuel—. Desde el amanecer se ponen mis gomeros a la tarea.

—No los haremos esperar, esté usted seguro —respondió Germán Paterne—, ¿no es cierto, Jacques?

—Estaré dispuesto a esa hora —prometió éste—. ¿Y usted, mi querido Juan?

—No faltaré —respondió Juan—, y si mi tío duerme aún...

—¡Tú me despertarás, sobrino, tú me despertarás! Cuento con ello —respondió el sargento Marcial—. Puesto que hemos venido al país del caucho, sepamos al menos cómo se hace...

—¡La goma elástica, sargento, la goma elástica! —exclamó Germán.

Y regresaron a la casa después de un paseo que había durado toda la tarde. La comida reunió a los huéspedes del delegado a la misma mesa.

La conversación recayó principalmente sobre el viaje y los incidentes ocurridos desde la partida de Caicara, la invasión de las tortugas y el chubasco que había comprometido las piraguas y las vidas de los pasajeros.

—En efecto —afirmó Manuel—. Esos chubascos son terribles, y el Alto Orinoco no está libre de ellos. Respecto a las invasiones de tortugas, no hay que temerlas en nuestros territorios, que no ofrecen playas propias para esos animales...

—¡No hablemos mal de ellos! —añadió Germán Paterne—. Un sancocho de tortuga bien hecho es excelente. Con esos bichos y los asados de monos, ¿quién lo creará?, se está seguro de hacer una buena comida, remontando vuestro río...

—Exacto —dijo el delegado—. Pero, volviendo a los chubascos, desconfíen ustedes de ellos. Son tan repentinos, y tan violentos más arriba como más abajo de San Fernando..., y no hay que darle al señor Helloch ocasión para que le salve a usted otra vez, Juan...

—¡Está bien, está bien! —gruñó el sargento Marcial, al que no le agradaba este asunto—. Tendremos cuidado con los chubascos... Se tendrá cuidado, señor delegado.

Germán Paterne dijo entonces:

—¿Y nuestros compañeros, de los que no hablamos al señor Manuel? ¿Es que les hemos olvidado ya?

—Es verdad —añadió Juan—. Esos excelentes señores Miguel, Felipe y Varinas...

—¿Quiénes son esos señores? —preguntó Manuel.

—Tres venezolanos, con los que hemos hecho el viaje de Ciudad-Bolívar a San Fernando.

—¿Viajeros? —preguntó Manuel.

—Y también sabios —declaró Germán Paterne.

—¿Y qué saben esos sabios?

—Mejor haría usted en preguntar qué es lo que no saben —dijo Jacques.

—Bien, ¿qué es lo que no saben?

—No saben si el río que riega este rancho es el Orinoco.

—¡Cómo! —exclamó Manuel—. ¿Tendrían la audacia de decir...?

—El uno, el señor Felipe, sostiene que el verdadero Orinoco es su afluente el Atabapo; el otro, el señor Varinas, afirma que es su afluente el Guaviare.

—¡Qué atrevimiento! —exclamó el delegado—. A creerles, ¡el Orinoco no sería el Orinoco!

Manuel estaba verdaderamente furioso, furor del que participaban su mujer y sus hijos. Su amor propio sentíase realmente herido en la fibra más delicada, en su Orinoco..., ¡el río de los ríos!

Fue entonces preciso explicarles lo que Miguel y sus dos colegas habían ido a hacer en San Fernando, y a qué investigaciones, seguidas sin duda de discusiones borrascosas, debían de entregarse en aquel momento.

—Y ¿qué pretende ese señor Miguel? —preguntó el delegado.

—El señor Miguel afirma que el Orinoco es el río que hemos seguido de San Fernando a Danaco —respondió Germán Paterne.

—¡Y que sale del macizo de la Parima! —afirmó con resonante voz Manuel—. Así, si el señor Miguel viene a vemos, será recibido con cordialidad. Pero los otros dos que no vengan al rancho, pues les arrojaríamos al río, ¡y beberían en él lo bastante para asegurar que su agua es la del Orinoco!

Nada más chistoso que Manuel hablando con esta seguridad y profiriendo tan terribles amenazas. Aparte toda exageración, hubiera defendido a su río hasta la última gota.

A las diez de la noche, Jacques Helloch y su compañero se despidieron de la familia de Asunción, del sargento y de su sobrino, y regresaron a su piragua.

Fuese involuntariamente, o por efecto de un presentimiento, Jacques pensó en Jorrés. No había que dudar que el español conocía al padre Esperante, hubiérale encontrado en Caracas o en otra parte, puesto que le había pintado tal como Manuel acababa de hacerlo.

No se podía acusar a Jorrés de haber inventado un supuesto encuentro con el misionero con objeto de imponerse a los pasajeros de las piraguas, que se dirigían a Santa Juana.

Sin embargo, de otra parte quedaba la afirmación del indio bare, pretendiendo que Jorrés había ya debido remontar el Orinoco, al menos hasta

el rancho de Carida. A pesar de la negativa del español, el indio había sostenido su afirmación. No es tan grande el número de extranjeros que recorren los territorios de Venezuela meridional para que se pueda cometer error en ninguno de ellos. Si se tratase de un indígena, este error hubiera sido admisible.

¿Podía serlo, tratándose de un español tan fácilmente reconocible?

Así, pues, si Jorrés había ido a Carida y, en consecuencia, a los lugares situados más arriba o más abajo de este punto, ¿por qué lo negaba? ¿Qué motivos tenía para ocultarlo? ¿Acaso esto hubiera podido influir en el espíritu de aquéllos a quienes acompañaba a la misión de Santa Juana?

Después de todo, tal vez el bare se equivocaba. Entre uno que dice: «Le he visto a usted aquí», y otro que responde: «No ha podido usted verme, porque nunca he venido», si hay error, no puede, evidentemente, provenir del segundo.

Y, sin embargo, este incidente no dejaba de preocupar a Jacques Helloch, y no por lo que a él directamente se refería; pero todo lo que concernía al viaje de la hija del coronel De Kermor, todo lo que pudiera retrasar o comprometer el resultado, le inquietaba en alto grado.

Aquella noche, hasta muy tarde, no le fue posible conciliar el sueño; y al siguiente día fue preciso que Germán Paterne le sacase del lecho, dándole una amistosa palmada, en el momento en que el sol aparecía en el horizonte.

## CAPÍTULO IV

### ÚLTIMOS CONSEJOS DE MANUEL ASUNCIÓN

Es inútil insistir sobre los sentimientos de Jacques Helloch desde el día en que Juan había dejado el sitio a Juana, desde el día en que la hija del coronel De Kermor, después de haber sido salvada de las aguas del Orinoco, no podía ocultarse bajo el disfraz del supuesto sobrino del sargento Marcial.

Se explica lógicamente que la naturaleza de estos sentimientos no se ocultase a Juana, que contaba veintidós años, aunque bajo el traje de un joven no pareciera tener más que diecisiete.

Germán Paterne, que no entendía nada de aquellas cosas a creer a su compañero, había notado los cambios que por inevitable gradación se producían en el corazón de Jacques Helloch. Y si le hubiera dicho: «Jacques, tú amas a la señorita Juana de Kermor», es seguro que aún Jacques le hubiera respondido: «Mi pobre amigo, tú no entiendes nada de estas cosas».

Así es que Germán Paterne no esperaba más que un momento oportuno para expresar su opinión en este asunto, aunque no fuera más que para rehabilitar en su propia persona a los naturalistas, botánicos y demás sabios de este jaez, que no son tan extraños a los sentimientos más delicados del alma como se supone en este bajo mundo.

Respecto al sargento Marcial, cuando pensaba en los diversos incidentes sobrevenidos, en su secreto descubierto, en sus planes fracasados, en tantas precauciones destruidas por aquel maldito chubasco, en su situación de tío de Juan de Kermor irrevocablemente perdida... ¡qué de reflexiones no haría!

En el fondo estaba furioso; furioso contra sí mismo, furioso contra todos. Juan no debió haberse caído al río durante la borrasca... Él debió arrojarle para salvarle, y no consentir que otro lo hiciera. Aquel Jacques Helloch no tenía necesidad de haber prestado a la joven sus auxilios. ¿A él qué le importaba? Y, sin embargo, había hecho bien, porque sin él..., no..., ella hubiera seguramente perecido. Verdad que se podía esperar que las cosas no irían más lejos. El secreto había sido cuidadosamente guardado. Observando la reservada actitud del salvador de Juana, el sargento Marcial no veía nada de sospechoso, y su coronel, cuando ambos se encontraran frente a frente, no tendría por qué dirigirle reproche alguno.

¡Pobre sargento Marcial!

Muy de mañana fue despertado por Juan, pues Manuel y sus hijos esperaban ya ante la casa.

Casi en seguida llegaron sus compatriotas, que habían desembarcado un cuarto de hora antes.

Saludáronse, Jacques Helloch anunció que las reparaciones de la Gallinetta avanzaban y que estaría dispuesta para navegar al día siguiente.

Partieron en seguida para los campos donde estaban los gomeros.

En realidad, estos campos son más bien bosques donde se han marcado los árboles, como se hace en la época de la poda. No se trataba de cortarlos, pero sí de hacer una incisión en la corteza, de «ordeñarlos», como se dice del árbol de la leche en las regiones australianas.

Manuel, seguido de sus huéspedes, penetró bajo aquellos extraños macizos de caucho en el momento en que los gomeros comenzaban su tarea.

El más curioso de los visitantes, el que más se interesaba en aquella operación en su calidad de botánico, era, ¿quién puede sorprenderse de ello?, era Germán Paterne. Quiso observar de cerca el trabajo, y el delegado se apresuró a responder a todas sus preguntas.

La operación era muy sencilla.

En primer lugar, cada obrero tenía reservados un centenar de gomeros, e iba a abrir su corteza con un hacha pequeña y bien afilada.

—¿Acaso el número de incisiones está limitado? —preguntó Germán.

—Limitado entre cuatro y doce, según el grueso del árbol —respondió Manuel—, y es conveniente que se haga con precisión extrema, de manera de no hacerlas más profundas que lo preciso.

—Entonces —respondió Germán Paterne— no se trata de una amputación, sino de una sangría.

Terminada la incisión, la savia corre a lo largo del árbol hasta un bote colocado para recogerla hasta la última gota.

—Y ¿cuánto tiempo dura el derrame? —preguntó Germán Paterne.

—De seis a siete horas —respondió Manuel.

Durante parte de la mañana, Jacques Helloch y sus compañeros se pasearon por aquella plantación, mientras los gomeros agujereaban los árboles como si fueran toneles, justa expresión de que se sirvió Marcial. Setecientos árboles fueron así sometidos a esta operación, flebotómica, que prometía abundante recolección de caucho.

Volvieron a la casa a la hora del almuerzo, al que hicieron los honores con gran apetito. Los dos hijos de Manuel habían organizado una partida de caza en el vecino bosque, y la caza, preparada por su madre, era excelente. Excelente también el pescado, que dos peones habían cogido o asaetado aquella misma mañana en las orillas del Orinoco. Excelentes las frutas y legumbres del rancho, entre otras las avellanas, que aquel año se daban con profusión.

Haber asistido a los comienzos de la recolección del caucho, haber visto practicar las incisiones, no bastaba para satisfacer la curiosidad de Germán Paterne, y suplicó a Manuel le indicase la manera cómo se terminaba la operación.

—Si estuviera usted algunos días en Danaco —respondió el delegado— podría usted, en primer lugar, observar que durante las primeras horas después de la incisión la goma corre con cierta lentitud. Así es que se pasa una semana antes que los árboles hayan agotado su savia.

—¿De modo que en sólo ocho días habrá recogido usted toda esa goma?

—No, señor Paterne. Todas las noches cada uno de los gomeros traerá el producto del día, y después se procederá sin tardanza al ahumado, necesario para obtener la coagulación de la goma. Después de extender el líquido sobre una plancha, se le expone el humo muy espeso de leña verde. Entonces se

forma una primera y dura corteza, a la que se sobrepone una segunda, fabricándose de este modo una especie de pan de caucho, que se encuentra en condiciones de ser entregado al comercio, y la operación queda terminada.

—Y antes de la llegada de nuestro compatriota Truchon —preguntó Jacques Helloch—, ¿los indios no sabían nada de esto?

—Nada o casi nada —respondió el delegado—. Ni aun sospechaban el valor de este producto. Así es que nadie preveía la importancia comercial e industrial que pudiera tener en el porvenir. El francés Truchon, después de haberse instalado primero en San Fernando, y en Esmeralda después, reveló a los indios los procedimientos de esta explotación, la más considerable tal vez de esta parte de América.

—Entonces, ¡viva el señor Truchon y el país en que vio la luz primera! —exclamó, o, más bien, canturreó Germán Paterne.

Y bebió con entusiasmo, primero a la salud de Truchon, y después a la de Francia.

Por la tarde, después de una siesta de algunas horas, el delegado propuso a sus huéspedes dirigirse al puertecillo donde se trabajaba en la reparación de la piragua. Quería asegurarse por sí mismo de la manera cómo se hacía el trabajo. Bajaron a través de los campos del rancho, hacia la ribera, escuchando a Manuel, que hablaba de sus dominios con el legítimo orgullo de un propietario.

Cuando llegaron al puerto, la Gallinetta, reparada por completo, iba a ser echada al agua, junto a la Moriche, que se balanceaba.

Valdez y Parchal, ayudados por sus hombres y peones, habían terminado bien su tarea. El delegado quedó muy satisfecho, y le pareció que ambas falcas reunían condiciones excelentes para continuar el viaje.

No había más que arrastrar la Gallinetta sobre la playa, y una vez a flote, colocar el rouf y la arboladura y embarcar el material. Juan y el sargento Marcial podrían instalarse de nuevo en ella, y la partida se efectuaría cuando en el horizonte brillaran las primeras luces del alba.

En aquel momento el sol declinaba tras los vapores purpúreos que anunciaban el viento del Oeste, circunstancia favorable de la que convenía aprovecharse.

Mientras los marineros y los peones tomaban las disposiciones convenientes para echar al agua la Gallinetta, Manuel Asunción, sus hijos y los pasajeros de las piraguas se paseaban por la playa.

Entre los trabajadores, el delegado distinguió a Jorrés, tan distinto en el tipo a sus compañeros.



—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Uno de los barqueros embarcados en la Gallinetta —respondió Jacques Helloch.

—No es indio...

—No. Es español.

—¿Dónde le han reclutado?

—En San Fernando.

—Y ¿desempeña el oficio de marinero del Orinoco?

—No. Pero nos hacía falta un hombre, y ese español, que tenía el propósito de ir a Santa Juana, se ha ofrecido y el patrón Valdez ha aceptado sus servicios.

Había Jorrés notado que se hablaba de él, y mientras se ocupaba en la maniobra prestaba oído.

Jacques Helloch hizo al delegado la siguiente pregunta, que naturalmente vino a su mente:

—¿Acaso conoce usted a ese hombre?

—No —respondió Manuel—. ¿Estuvo antes en el Alto Orinoco?

—El indio bare —dijo Helloch— pretende haberle visto en Cari da, aunque Jorrés afirma que nunca estuvo en este punto.

—Le veo por primera vez —añadió Manuel—; y si me he fijado en él ha sido porque es imposible confundirle con un indio... ¿Dice usted que va a Santa Juana?

—Su deseo parece ser entrar al servicio de la misión. Hizo ya su noviciado antes de correr mundo, pues ha sido marino. A creerle, conoce al padre Esperante por haberle visto en Caracas hace irnos doce años; y esto parece probable, pues nos ha hecho del misionero un retrato igual al que usted mismo nos ha hecho.

—Después de todo —respondió Manuel—, poco importa eso si ese hombre es un barquero hábil. Solamente que en este país se debe desconfiar de esos aventureros que no se sabe de dónde vienen, y que se ignora lo que buscan.

—Tomamos nota de esta advertencia, señor Manuel —respondió Helloch—, y no cesaré de vigilar a ese español.

¿Oyó Jorrés lo que acababa de decirse? En todo caso no lo demostró, por más que en sus ojos brillase varias veces un fuego que no consiguió ocultar.

Después, cuando el delegado y los viajeros se aproximaron a la Gallinetta, aunque no hablasen de él, siguió prestando oído.

La conversación recalca en aquel instante sobre la necesidad de tener las piraguas en buen estado cuando se tratase de rechazar la corriente, muy dura en la parte superior del río, y Manuel hablaba de ello con insistencia.

—Aún encontrarán ustedes raudales —dijo— menos largos, menos difíciles, sin duda, que los de Atures y Maipures, pero de navegación muy peligrosa. Hay hasta necesidad de efectuar arrastres sobre los arrecifes, lo que bastaría para poner a las embarcaciones fuera de uso si no son de extraordinaria solidez. Veo que se ha trabajado bien en la del sargento Marcial... ¿No ha revisado usted la suya, señor Helloch?

—No tema usted por ella, Manuel. Ya di orden de ello, y Parchal tiene la seguridad de que la Moriche está sólida en sus fondos. Debemos, pues, esperar que nuestras dos falcas podrán salir sin contratiempo de los raudales, así como soportar las acometidas de los chubascos, que, según usted, no son menos terribles en la parte superior del río.

—Es la pura verdad —respondió el delegado—; y si por falta de prudencia se arriesgara uno con barqueros que no conocieran el río, no se salvaría de esos peligros, que, por lo demás, no son los más terribles...

—¿Y cuáles son los otros? —preguntó el sargento Marcial, demostrando alguna inquietud.

—Los que trae la presencia de los indios a lo largo de esas riberas.

—Señor Manuel —dijo entonces Juan—, ¿se refiere usted a los guaharibos?

—No, hijo mío —respondió el delegado sonriendo—; pues esos indios son inofensivos. Bien sé que en otra época pasaban por peligrosos. Y precisamente en 1879, en la época en que el coronel De Kermor subirla hacia el nacimiento del Orinoco, se les atribuía la destrucción de varios pueblos y la muerte de los habitantes de éstos.

—¡Mi padre habrá tenido que defenderse de los ataques de esos guaharibos...! —exclamó Juan—. ¿Habrá, pues, caído en sus manos?

—¡No...! ¡No...! —se apresuró a responder Jacques Helloch—. El señor Manuel no ha oído decir nunca...

—¡Nunca, señor Helloch...! ¡Nunca, hijo mío...! Y lo repito. Su padre de usted no ha podido ser víctima de esas tribus indias, porque desde hace quince años no merecen tan mala reputación...

—¿Ha tenido usted relaciones con ellos, señor Manuel? —preguntó

Germán Paterne.

—Sí... Varias veces, y he adquirido la certeza de que el señor Chaffanjon me había dicho la verdad cuando, a su regreso, me pintaba a esos indios como seres míseros, de corta estatura, débiles, cobardes y poco temibles, en suma. Así es que yo no les diré a ustedes: «Tengan cuidado con los guaharibos»; pero sí; «Tengan cuidado con los aventureros de toda nación que frecuentan esos sitios. Desconfíen de los bandidos capaces de todos los crímenes, y de los que el Gobierno debería librar al territorio haciendo que la milicia les persiguiera».

—Una pregunta —dijo Germán Paterne—. Lo que resulta peligroso para los viajeros, ¿no lo es para los ranchos y sus propietarios?

—Seguramente, señor Paterne, y por eso en Danaco, mis hijos, mis peones y yo estamos siempre alerta. Si esos bandidos se aproximaran al rancho sería notada su presencia y no nos sorprenderían. Serían recibidos, y no les quedaría deseo de volver. Además, ellos saben que en Danaco los mariquites no tienen miedo y no se atreverían a atacarnos. Respecto a los viajeros que navegan por el río, sobre todo más arriba de Cassiquiare, no deben dejar de ejercer una extrema vigilancia, pues las riberas no ofrecen seguridad.

—Efectivamente —respondió Jacques Helloch—. Nos han dicho que una numerosa cuadrilla de quivas infesta el territorio.

—Por desgracia, es cierto —respondió Manuel Asunción.

—Y se dice que tienen por jefe a un forzado evadido...

—Sí... ¡y es un hombre temible!

—Con ésta son varias las veces que oímos hablar de ese forzado que, según se cuenta, se escapó del presidio de Cayena —dijo el sargento Marcial.

—De Cayena..., es cierto.

—¿Es, pues, un francés? —preguntó Jacques.

—No... Un español, condenado en Francia —respondió Manuel.

—¿Y se llama?

—Alfaniz.

—¿Alfaniz...? Un nombre supuesto, quizás —dijo Germán Paterne.

—Parece que éste es su verdadero nombre.

Si en aquel instante Jacques Helloch hubiese mirado a Jorres, hubiera sorprendido en su rostro una agitación que no acertó a disimular. El español se paseaba entonces por la orilla, acercándose al grupo a fin de oír mejor la

conversación, mientras se ocupaba en recoger varios objetos esparcidos por la arena.

Pero Jacques Helloch acababa de volverse al oír una exclamación del sargento Marcial.

—¡Alfaniz...! —había dicho éste, dirigiéndose a Manuel—. ¿Ha dicho usted Alfaniz?

—Sí, Alfaniz.

—Y bien... Tiene usted razón... No se trata de un nombre supuesto... Es el verdadero de este miserable.

—¿Conoce usted a Alfaniz? —preguntó vivamente Jacques Helloch, muy sorprendido de la declaración de Marcial.

—¡Si le conozco...! Habla..., Juan... habla... Refiere la causa de que le conozcamos... Yo me embrollaría con mi mal español, y el señor Manuel no me comprendería.

Juan refirió entonces la historia que el sargento Marcial le había contado tantas veces, cuando, en su casa de Chantenay, ambos hablaban del coronel De Kermor.

En 1871, un poco antes de terminar la desastrosa guerra, cuando él mandaba uno de los regimientos de infantería, tuvo ocasión de intervenir, como testigo, en un doble asunto de robo y de traición.

El ladrón era el español Alfaniz. El traidor, operando por cuenta de los prusianos y haciendo en su provecho el espionaje, cometía robos, convenido con un desdichado soldado de Administración que para escapar al castigo se vio en la necesidad de suicidarse.

Cuando los tratos de Alfaniz fueron descubiertos, tuvo tiempo de huir y fue imposible cogerle. Por circunstancia casual, su arresto fue efectuado dos años después, en 1873, unos seis meses antes de la desaparición del coronel De Kermor.

Conducido ante el Tribunal del Loira, hundido por las acusaciones del coronel, fue condenado a la pena de cadena perpetua. Por eso Alfaniz guardó un odio terrible contra el coronel De Kermor, odio que se tradujo en las más terribles amenazas, en espera de que pudiera traducirse en actos de venganza.

El español fue enviado al presidio de Cayena, del cual se evadió en 1892, diecinueve años después, con dos de sus compañeros de condena. Como en la época de su condena contaba veintitrés años, contaba cuarenta y dos al evadirse. Considerado como malhechor muy peligroso, la Administración francesa puso en campaña a sus agentes a fin de encontrar sus huellas, pero

todo fue inútil. Alfaniz había abandonado Cayena; y en medio de aquellos vastos territorios, apenas poblados a través de los inmensos llanos de Venezuela, ¿cómo hubiera sido posible encontrar la pista del presidiario evadido?

En suma; todo lo que pudo saber la Administración fue que el forzado se había puesto a la cabeza de la cuadrilla de aquellos quivas que, arrojados de Colombia, se habían trasladado a la ribera derecha del Orinoco. Privados de su jefe por la muerte de Meta Sarrapia, estos indios, los más temibles de todos los indígenas, se pusieron bajo las órdenes de Alfaniz. En realidad, a su cuadrilla debían ser atribuidos los pillajes y matanzas de que las provincias meridionales de la República habían sido teatro desde hacía un año.

Así, la fatalidad quería que aquel Alfaniz frecuentase precisamente los territorios a los que iban Juan de Kermor y el sargento Marcial en busca del coronel. No había duda de que, si su acusador caía en sus manos, el presidiario no tendría compasión para él. Ésta fue una nueva zozobra añadida a las muchas que oprimían el espíritu de la joven, que no pudo contener sus lágrimas al pensar que el miserable encerrado en el presidio de Cayena, y que aborrecía mortalmente a su padre, se hubiera escapado del presidio.

Jacques Helloch y Manuel, no obstante, procuraron tranquilizarla. ¿Qué motivo había para suponer que Alfaniz hubiera descubierto el sitio a que se había retirado el coronel De Kermor, sitio que hasta el presente no había podido ser descubierto pese a las pesquisas practicadas? ¡No...! No había por qué temer que el coronel hubiera caído en manos del miserable bandido.

En todo caso, lo importante era proseguir las pesquisas sin pérdida de tiempo y sin retroceder ante ningún obstáculo.

Todo estaba dispuesto para la marcha. Los hombres de Valdez —y Jorrés entre ellos— se ocupaban en cargar de nuevo a la Gallinetta, que al día siguiente podría desamarrar.

Manuel llevó a su casa a sus huéspedes, muy agradecidos de la buena acogida que habían encontrado en Danaco, con objeto de pasar juntos la última velada.

Después de comer, hablaron. Todos tomaron notas de las insistentes recomendaciones del delegado, sobre todo en lo referente a la vigilancia que debía ejercerse a bordo de las piraguas.

Al fin, llegada la hora de retirarse, la familia Asunción acompañó hasta el puertecillo a los pasajeros.

Despidiéronse allí; diéronse unos a otros los últimos apretones de manos, y prometieron verse de nuevo al regreso. Manuel no se olvidó de decir:

—A propósito, señor Helloch, y usted también, señor Paterne, cuando se reúnan ustedes con sus compañeros que han dejado en San Fernando, transmitan mis parabienes al señor Miguel... En cuanto a sus dos camaradas, ¡todas mis maldiciones!, y viva el Orinoco... Bien entendido que el verdadero es sólo el que pasa por Danaco y riega las riberas de mis dominios.

## CAPÍTULO V

### BUEYES Y GIMNOTOS

He aquí que prosiguió aquella navegación sobre el curso superior del río. Los viajeros tienen siempre confianza en el buen éxito de su viaje. Tienen deseos de llegar a la misión de Santa Juana, y ¡quisiera el cielo que el padre Esperante les ponga en buen camino, que los informes más precisos les conduzcan a su objetivo! ¡Logren también evitar un encuentro con la cuadrilla de Alfaniz, que comprometería la suerte de la campaña!

Aquella misma mañana, en el momento de partir, Juana De Kermor había dicho a Jacques Helloch, hallándose a solas:

—Señor Helloch, no solamente me ha salvado usted la vida, sino que ha querido unir sus esfuerzos a los míos. Mi alma está llena de gratitud. No sé cómo podré pagar a usted lo que hace.

—No hablemos de gratitud, señorita —respondió Jacques Helloch—. De compatriota a compatriota estos servicios son deberes, y nada impedirá que los cumpla hasta el fin.

—Tal vez nos amenacen nuevos y graves peligros, señor Helloch.

—Espero que no. Además, eso no es una razón para que yo la abandone a usted... ¡Yo... abandonarla! Pues... —añadió mirando a la joven, que bajaba los ojos— esto es lo que usted ha pensado decirme...

—Jacques... Sí... Yo quería... Yo debía... Yo no puedo abusar de este modo de su generosidad... Sola había partido para este largo viaje... Dios le ha puesto a usted en mitad de mi camino... Desde el fondo de mi corazón se lo agradezco... Pero...

—Pero su piragua de usted la espera, señorita, como a mí la mía, y juntas irán al mismo objeto... He tomado esta resolución sabiendo a lo que me obligaba... y lo que he resuelto... lo hago... Si para que la deje a usted continuar sola este viaje tiene usted más razones que los peligros de que me habla...

—¿Jacques —respondió vivamente Juan—, qué otras razones podría tener?

—Pues bien, Juana... mi querido Juan, como debo llamarle a usted... No hablemos de separación, y ¡en marcha...!

A aquel «querido Juan» le palpitaba intensamente el corazón cuando regresaba a la Gallinetta. Jacques Helloch se reunió a su amigo, que le sonreía, y que le dijo:

—Apuesto a que la señorita De Kermor te daba las gracias por lo que has hecho por ella..., y te suplicaba que no hicieras más...

—Pero yo he rehusado... —exclamó Jacques Helloch—. ¡Nunca la abandonaré!

—¡Caramba! —respondió sencillamente Germán Paterne, dando a su amigo un golpecito en la espalda.

Posible era que esta última parte del viaje reservase graves complicaciones a los viajeros de las dos piraguas. Sin embargo, no debían quejarse. El viento del Oeste persistía y las falcas remontaban con rapidez la corriente del río ayudadas por su velamen.

Aquel día, después de haber dejado atrás varias islas, cuyos árboles doblaba el viento, llegaron por la tarde a la isla Bayanón, en un codo del Orinoco. Las provisiones abundaban, gracias a la generosidad de Manuel Asunción y de sus hijos, y no fue preciso dedicarse a la caza. Como la noche era clara y espléndidamente iluminada por los rayos de la luna, Parchal y Valdez propusieron no hacer alto hasta el segundo día.

—Si el curso del río está libre de arrecifes, y si no temen ustedes que seamos arrojados sobre alguna roca —respondió Helloch.

—No —dijo Valdez—; y es menester aprovechar el buen tiempo para ganar espacio. Es raro que sea tan favorable en esta época.

La proposición era prudente y fue aceptada, y las piraguas no amarraron en tierra.

Transcurrió la noche sin incidentes, por más que la anchura del río, que no era más que de trescientos cincuenta metros, fuera en ocasiones menor por el rosario de islas, sobre todo en la desembocadura del río Guanamí, un afluente de la ribera derecha.

Por la mañana, la Gallinetta y la Moriche se encontraron a la altura de la isla Temblador, en la que Chaffanjon se había puesto en relación con un negro inteligente y servicial, llamado Ricardo. Pero este negro, que tenía entonces el cargo de delegado en Cunucunuma y el Cassiquiare, dos importantes tributarios de la derecha y de la izquierda, no ocupaba aquella residencia.

Según el viajero francés, era hombre industrioso, de extrema sobriedad, de notable energía, en camino de lograr éxito en sus empresas, y que, sin duda, después de labrar su fortuna, había ido a fundar algún otro rancho en los territorios del Norte. Tal vez los pasajeros esperaban encontrarle en la isla Temblador; pues Juan había hablado de él según su «Guía» tan bien informada.

—Lamento que ese Ricardo no esté aquí ya —dijo Jacques Helloch—. Tal vez hubiéramos sabido por él si Alfaniz ha sido visto en los alrededores del río.

Y dirigiéndose al español, añadió:

—Jorrés, durante su estancia en San Fernando, ¿no oyó usted hablar de esos presidiarios evadidos de Cayena, y de la cuadrilla de indios que se ha unido a ellos?

—Sí, señor Helloch —respondió el español.

—¿Se había señalado su presencia en las provincias del Alto Orinoco?

—No, que yo sepa... Se hablaba de una partida de indios quivas...

—Precisamente, Jorrés, y a su cabeza se ha puesto el presidiario Alfaniz.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —declaró el español—. En todo caso, no tenemos que temer el encuentro con los quivas, pues, según se decía en el país, ellos pretendían volver a los territorios de Colombia, de donde habían sido arrojados, y, de ser así, no pueden estar en esta parte del Orinoco.

Jorrés estaba bien informado cuando decía que estos quivas debían dirigirse hacia los llanos de Colombia, pasando más al Norte si era preciso. Fuera lo que fuera, los viajeros no olvidarían las recomendaciones de Manuel Asunción y se mantendrían alerta.

El día transcurrió sin incidente alguno. La navegación se efectuaba en las mejores condiciones de rapidez. Las piraguas iban de isla en isla, no abandonando una, sino para tocar en otra.

Por la noche amarraron en la isla Caricha. El viento había calmado, y mejor era estacionarse que recurrir a las palancas en la oscuridad.

En una excursión que por la orilla de la isla hicieron Jacques Helloch y el sargento Marcial, mataron un perezoso que estaba agazapado entre las ramas de una cecropia, cuyas hojas constituyen su alimento habitual. Después, al volver, y en la embocadura del río Cancha, en el momento en que una pareja de zarigüeyas, pertenecientes a la familia de los didélfidos, se ocupaba en pescar por su cuenta, los cazadores dieron un doble golpe, que fue más diestro que oportuno, pues por alimentarse de pescados, la carne de las zarigüeyas es



coriácea y aceitosa; los indios la desprecian y no pueden reemplazar a los monos, que son regalado manjar hasta para los estómagos europeos.

Estos didélfidos recibieron buena acogida por parte de Germán Paterne, que se ocupó, ayudado por Parchal, de prepararlos para conservar la piel.

Respecto al perezoso, que únicamente se alimenta de frutas, se le puso en un agujero lleno de piedras calentadas, donde debía pasar la noche. Los pasajeros se lo comerían en el almuerzo del siguiente día, y aunque su carne, algo fuerte, no les agradó, no sucedió lo mismo a la tripulación. Aquellos indios no eran difíciles de contentar, y uno de ellos llevó aquella noche algunas docenas de gruesos gusanos de tierra, llamados lombrices, de un pie de largo, que cortaron en trozos, los hicieron cocer con algunas hierbas y se regalaron con ellos a satisfacción.

Hay que advertir que Germán Paterne, fiel a la regla que se había impuesto de experimentarlo todo por sí mismo, quiso probar aquel guisote. Pero la repugnancia venció a la curiosidad científica, y la experiencia fue hecha solamente con el borde de los labios.

—¡Yo te creía más devoto de la ciencia! —dijo Jacques Helloch, burlándose de su repugnancia inconciliable con sus instintos de naturalista.

—¿Qué quieres, Jacques? ¡El sacrificio de un naturalista tiene sus límites! —respondió Germán Paterne, procurando disimular una última arcada.

Al día siguiente partióse a primera hora a fin de utilizar la brisa matinal, bastante viva para hinchar las velas de las falcas. Desde el sitio en que estaban veíanse los perfiles de una elevada cadena de montañas por encima de los bosques, que se extendía sobre la ribera derecha hasta el horizonte. Era la cadena del Duido, de la que los viajeros se encontraban aún a algunos días de distancia, y ima de las más importantes en aquel territorio.

Veinticuatro horas después, tras fatigosa jornada, durante la cual el viento había sido intermitente, entre violentas lluvias y cortos claros, Valdez y Parchal amarraron en la Piedra Pintada.

No hay que confundir esta Piedra Pintada con la que los viajeros habían ya encontrado más arriba de San Fernando. Si se llama así, es porque las rocas de la ribera derecha están igualmente llenas de figuras y de otros signos jeroglíficas.

Merced al descenso de las aguas, ya pronunciado, tales signos eran claramente visibles en la base de las rocas, y Paterne pudo examinarlos a su gusto.

También Chaffanjon había procedido a este examen, como lo prueba la relación de su viaje. Pero hay que advertir que recorrió esta parte del Orinoco

en la segunda quincena de noviembre, mientras que Jacques Helloch y sus compañeros lo efectuaban en la segunda quincena de octubre; y esta diferencia de un mes se traduce por algunas diferencias climatológicas, bastante notables en un país en que la estación seca sucede bruscamente, por decirlo así, a la estación lluviosa.

La altura del río era, pues, más elevada entonces que lo que sería algunas semanas después, y esta circunstancia debía favorecer la navegación de las dos piraguas, pues sólo de la falta de agua nacen los más difíciles obstáculos.

Aquella misma noche detuviéronse las falcas en la embocadura del Cunucunuma, uno de los principales afluentes de la ribera derecha. Germán Paterne no creyó deber defender la causa de aquel tributario, como había defendido la del Ventuari. Hubiera podido hacerlo, sin embargo, y con no menos razón.

—Pero ¿de qué serviría? —se limitó a decir—. Los señores Varinas y Felipe no están aquí, y la discusión languidecería.

Tal vez, en otras circunstancias, Jacques Helloch, teniendo en cuenta la comisión que se le había confiado, hubiera seguido el ejemplo del compatriota que le había precedido en el Alto Orinoco. Tal vez se hubiera embarcado con Parchal y uno de sus hombres en el bote de la Moriche. Tal vez, como Chaffanjon, hubiera explorado el Cunucunuma, durante cinco o seis días, a través de los territorios mariquitares. Tal vez, en fin, hubiera renovado relaciones con aquel capitán general, aquel perillán de Aramare y su familia, que fueron visitados y fotografiados por el viajero francés.

Pero las instrucciones del ministro eran sacrificadas al nuevo objeto que arrastraba a Jacques Helloch hasta Santa Juana. Tenía prisa por llegar a este punto, y experimentaba el escrúpulo de retardar el cumplimiento de la obra filial de Juana.

Alguna vez —no como reproche, sino por remordimiento de conciencia—. Germán Paterne le hablaba de aquella comisión algo descuidada.

—¡Bien...; está bien! —respondía Jacques Helloch—. Lo que no hagamos a la ida lo haremos a la vuelta.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo regresemos, pardiez! ¿Es que te figuras que no volveremos?

—Yo... Nada sé de eso. ¿Quién sabe dónde vamos? ¿Quién sabe lo que allí puede sucedemos? Supongamos que no encontramos al coronel De Kermor...

—Entonces será ocasión de pensar en descender por el río.

—¿Con la señorita De Kermor?

—Sin duda.

—Y supongamos que nuestras pesquisas tienen éxito... Que encontramos al coronel..., que su hija, como es probable, quiere permanecer a su lado. ¿Te decidirás tú a volver?

—¿A volver? —respondió Jacques con irresolución.

—Sí... A volver solo... Es decir, conmigo.

—Ciertamente, Germán.

—No creo en ése ciertamente.

—¡Estás loco!

—Sea...; pero también lo estás tú..., aunque con otro género de locura... no menos incurable.

—Estás hablando de cosas...

—De las que nada entiendo... Convenido. Vamos, Jacques, en confianza, si no entiendo de esas cosas, veo claro..., y no sé por qué te empeñas en ocultar un sentimiento que ninguna relación tiene con nuestra comisión científica, y que, además, encuentro muy natural.

—¡Pues bien, amigo mío, sí! —respondió Jacques Helloch con voz alterada por la emoción—. ¡Sí! Amo a esta joven tan animosa, y es asombroso que la simpatía que me inspiraba se haya convertido en... ¡Sí! ¡La amo! ¡Nunca la abandonaré...! ¡No sé dónde me llevará este sentimiento que de tal modo se ha apoderado de mí! ¿Cómo terminará esto?

—¡Bien! —respondió Germán Paterne.

Y no creyó deber añadir más a esta palabra, tal vez demasiado concluyente, que le valió el mejor apretón de manos que jamás recibió de su compañero.

De todas estas complicaciones dedúcese fácilmente que si el curso del Cunucunuma no fue explorado a la ida, no era seguro que lo fuese al regreso. Y, sin embargo, merecía serlo, pues riega una pintoresca y rica comarca. Su embocadura no mide menos de doscientos metros de anchura.

Al día siguiente, pues, la Gallinetta y la Moriche volvieron a ponerse en camino, y lo que no se hizo por el Cunucunuma, tampoco se hizo por el Cassiquiare, afluente por el que se pasó a la siguiente mañana.

Es éste, no obstante, uno de los tributarios más importantes del gran río. El agua que vierte en él por una sesgadura de la ribera izquierda, viene de la cuenca del Amazonas. Humboldt lo había reconocido, y antes de él, el explorador Solano se había asegurado de que existía una comunicación entre las dos ensenadas, por el río Negro primero, y luego por el Cassiquiare.

En efecto; hacia el año 1725, el capitán portugués Moraes, siguiendo su navegación por el río Negro, hasta más abajo de San Gabriel, en la confluencia del Guairía, y después sobre el Guairía hasta San Carlos, bajó por el Cassiquiare, y desembocó en el Orinoco después de haber recorrido así la región venezolana-brasileña.

Decididamente el Cassiquiare valía la pena de ser visitado por un explorador, por más que su anchura, en este sitio, no exceda de unos cuarenta metros. Sin embargo, las piraguas continuaron su marcha hacia arriba.

En esta parte del río, la ribera derecha es muy accidentada. Sin hablar de la cadena del Duido, que se dibuja en el horizonte, cubierta de bosques impenetrables, los cerros de Guaraco forman una orilla natural, dejando que la vista se extienda en mucho espacio por la superficie de los llanos de la izquierda, surcados por el caprichoso y variado curso del Cassiquiare.

Las falcas marchaban, pues, bajo el leve viento, teniendo a veces que luchar contra el impulso de la corriente, cuando poco antes del mediodía Juan señaló una nube muy baja y muy espesa que rasaba la sabana.

Parchal y Valdez examinaron la nube, cuyas pesadas y opacas volutas se extendían, ganando poco a poco la ribera derecha.

Jorrés, de pie en la proa de la Gallinetta, paseaba sus miradas en aquella dirección y procuraba reconocer la causa del fenómeno.

—Es una nube de polvo —dijo Valdez.

Parchal fue de la misma opinión.

—¿Quién puede levantar ese polvo? —preguntó el sargento Marcial.

—Alguna multitud en marcha —respondió Parchal.

—Sería menester que fuera muy numerosa —observó Germán Paterne.

—¡Muy numerosa, en efecto! —respondió Valdez.

La nube, a doscientos metros de la ribera, avanzaba con rapidez. Desgarrábase algunas veces, y veíanse masas rojizas moverse al través de las desgarraduras.

—¿Será la banda de quivas? —exclamó Jacques Helloch.

—Por si así fuera, por prudencia —dijo Parchal—, conduzcamos las piraguas hacia la otra ribera.

—Por prudencia, sí —repitió Valdez—, y sin perder un instante.

La maniobra fue ordenada. Arriáronse las velas, que hubieran sido estorbo para una marcha oblicua, y los tripulantes, utilizando las palancas, dirigieron

hacia la ribera izquierda a la Gallinetta y a la Moriche.

Jorrés, después de haber mirado con gran atención la nube de polvo, ocupó su sitio entre los remeros sin mostrar inquietud.

Pero si el español no estaba inquieto, los viajeros tenían el derecho de estarlo, en el supuesto de que fueran amenazados de un encuentro con Alfaniz y su gente. No había que esperar compasión de parte de éstos. Afortunadamente, como ellos no debían de tener medios para atravesar el río, las piraguas, manteniéndose cerca de la ribera izquierda, estarían por el momento al abrigo de un ataque.

Una vez allí, Valdez y Parchal amarraron en los troncos de la orilla, y los pasajeros esperaron con las armas preparadas para defenderse.

No se esperó mucho tiempo. Las volutas de polvo no estaban a unos veinte pasos del río. De ellas salían gritos, o, más bien, mugidos característicos, sobre los que no era posible equivocación.

—¡No hay nada que temer! ¡Es un rebaño de bueyes! —exclamó Valdez.

—Valdez tiene razón —añadió Parchal—. Varios miles de bestias levantan esa polvareda.

—¡Y producen ese alboroto! —añadió el sargento Marcial.

Y aquel alboroto ensordecedor procedía, en efecto, de los berridos escapados de aquella viviente ola que rodaba por la superficie de los llanos.

Juan, al que Jacques Helloch había suplicado se pusiese al abrigo del rouf de la Gallinetta, reapareció entonces, movido de la curiosidad de ver el paso de un rebaño por el Orinoco.

Estas emigraciones de los bueyes son frecuentes en los territorios de Venezuela. Los propietarios de ellos tienen que conformarse con las exigencias de la estación seca y de la estación lluviosa. Cuando la hierba falta en las praderas de las tierras altas, hay necesidad de ir a buscar pastos en las planicies bajas, vecinas a los ríos, eligiendo preferentemente los fondos que periódicamente bañan las crecidas, y cuya vegetación es prodigiosa. Las gramíneas abundan en tales sitios y suministran a las bestias alimento tan abundante como nutritivo.

Preciso es, pues, que los llaneros trashumen sus bestias, y cuando se presenta un curso de agua, río o arroyo, lo franquean a nado.

Jacques Helloch y sus compañeros iban a asistir a este interesante espectáculo, sin tener nada que temer de la aglomeración de varios millares de rumiantes.

Cuando éstos llegaron a la orilla se detuvieron, aumentando el tumulto,

pues los que iban en última fila empujaban a los primeros, que vacilaban en arrojar al río; a lo que se determinaron al fin gracias al boyero que les precedía.

—Ése es quien dirige al rebaño —dijo Valdez—. Va a lanzar su caballo a la corriente, y las bestias le seguirán.

Así sucedió. De un salto se arrojó el boyero desde lo alto de la orilla.

Los vaqueros, precedidos de un guía que acababa de entonar una especie de himno salvaje de extraño ritmo, se echaron a nado.

Precipitóse en seguida el ganado en las aguas del río, en cuya superficie no se vio más que cabezas con cuernos corvos. Las poderosas narices de los bueyes soplaban con gran violencia.

El paso se efectuó fácilmente hasta la mitad del río, a pesar de la rapidez de la corriente, y era de esperar que terminaría sin obstáculos, bajo la dirección del conductor y merced a la habilidad de los guías.

No sucedió así.

De repente, y cuando se encontraban a unos veinte metros de la ribera derecha, agitáronse los bueyes, y en el mismo instante las vociferaciones de los vaqueros se mezclaron a los berridos de los animales. Parecía como si aquella masa se sintiera sobrecogida de un espanto cuya causa no se veía.

—¡Los caribes! ¡Los caribes! —gritaron los marineros de la Moriche y de la Gallinetta.

—¿Los caribes? —repitió Jacques Helloch.

—¡Sí! —exclamó Parchal—; los caribes y las pirañas.

Efectivamente, el ganado acababa de encontrar una banda de esas temibles rayas y anguilas eléctricas, de esos gimnotos tembladores que pueblan por millones los ríos de Venezuela.

Bajo las descargas de aquellas vivientes «botellas de Leiden», siempre en tensión y de extraordinario poder, los bueyes experimentaron conmociones sucesivas, quedando paralizados, reducidos al estado inerte.

Volviáanse sobre los flancos, agitaban una última vez sus patas, sacudidas por las descargas eléctricas.

Muchos desaparecieron en algunos segundos; mientras que los otros, rebeldes a la voz de sus guías, algunos de los cuales también fueron sacudidos por los gimnotos, cedieron a la corriente, y no llegaron a la orilla opuesta, sino varios centenares de metros más abajo.

Además, como no había sido posible contener las filas de atrás, los bueyes,

enloquecidos, se vieron obligados a precipitarse en el río llenos de espanto. Pero sin duda la energía eléctrica de pirañas y caribes había disminuido; así es que gran número de bestias acabaron por ganar la ribera derecha y huían por ella tumultuosamente.

—He aquí un espectáculo —dijo Germán Paterne— que no se ve ni en el Sena ni en el Loira, ni aun en el Garona..., ¡y es espectáculo digno de ser visto!

—¡Mil rayos! Haremos bien en desconfiar de esas abominables anguilas —gruñó el sargento Marcial.

—Seguramente, mi bravo sargento —declaró Jacques Helloch—; y, si llega el caso, desconfiaremos de ellas como de una batería de pilas eléctricas.

—Lo más prudente —añadió Parchal— es procurar no caer en las aguas donde hormigean.

—Me parece muy bien, Parchal —concluyó Germán Paterne.

Lo cierto es que los gimnotos pululan en el seno de los ríos venezolanos. En desquite, desde el punto de vista comestible, los pescadores no ignoran que proporcionan un alimento excelente. Los cogidos por medio de haberles dejado agotar su energía eléctrica en varias descargas, pueden manejarse sin peligro.

¿Qué se debe pensar del relato de Humboldt, que refiere que en su tiempo eran lanzados gran número de caballos en medio de aquellos monstruos acuáticos, entregándolos a sus sacudidas, a fin de facilitar la pesca? La opinión de Elíseo Reclus es que, incluso en la época en que innumerables caballos recorrían los llanos, tenían demasiado valor para que se les sacrificase de tan bárbara manera, y debe tener razón.

Cuando las piraguas continuaron su marcha, la navegación se hizo más lenta, por ser insuficiente el viento, que generalmente se calmaba por la tarde. En ciertos pasos estrechos, donde la corriente era muy rápida, fue preciso halar con la espía, lo que ocasionó la pérdida de algunas horas. Era ya de noche cuando los pasajeros hicieron alto al pie del pueblo de Esmeralda.

En este momento, en la ribera derecha, el espacio estaba brillantemente iluminado por un magnífico resplandor en la cima de la pirámide del Duido, de una altura de 2474 metros sobre el nivel del mar.

No era una erupción volcánica, pero algunas llamas danzaban sobre las laderas en el cerro, mientras que los murciélagos pescadores, asustados por aquellas fulguraciones, agitábanse sobre las falcas, inmóviles junto a la orilla.

## CAPÍTULO VI

### TERRIBLES INQUIETUDES

Según los bares, la aparición de estas enormes fogatas en la cúspide del Duido debe ser considerada en el país como funesto presagio, anuncio de catástrofes.

Según los mariquitaros, este fenómeno es indicio de una serie de acontecimientos felices.

Estas dos tribus indias tienen, pues, una manera opuesta de considerar los pronósticos de su profética montaña. Pero, sea de quien fuere la razón, lo cierto es que la vecindad del Duido no ha llevado felicidad al pueblo de Esmeralda.

Difícilmente se encontraría situación más agradable en las sabanas contiguas al Orinoco, pastos más apropiados para las bestias, ni mejor clima, en el que son desconocidos los rigores de la temperatura tropical. Y no obstante, Esmeralda está en una lamentable situación de abandono y decaimiento. Del antiguo pueblo fundado por los colonos españoles sólo quedan las ruinas de una pequeña iglesia y cinco o seis cabañas ocupadas temporalmente en las épocas de la caza y de la pesca.

Cuando la Gallinetta y la Moriche llegaron, no encontraron una sola embarcación en el puerto.

¿Y quién ha arrojado de allí a los indios? Pues legiones de mosquitos, que hacen aquel lugar inhabitable; millares de insectos, cuya maldita especie no podrían destruir todas las llamas del Duido.

De tal modo fueron asaltadas por ellos las falcas, que para nada servían las mosquiteras. Pasajeros y tripulación recibieron tales picaduras —hasta el sobrino del sargento Marcial, al que éste no logró proteger esta vez— que Parchal y Valdez desamarraron antes del día, con ayuda de las palancas, en espera de la brisa matinal.

Esta brisa no comenzó hasta las seis, y las piraguas dos horas después pasaban la embocadura del Iguapo, uno de los afluentes de la ribera derecha.

Jacques Helloch no pensó en explorar el Iguapo, como no había pensado en explorar el Cunucunuma ni el Cassiquiare, y Germán Paterne no dijo una palabra, ni aun en tono festivo.

Había además un nuevo motivo de inquietud para el sargento Marcial, no menos que para Jacques Helloch.

Por fuerte y enérgica que fuera, había que temer que Juana de Kermor, que



hasta entonces había resistido a tantas fatigas, pagase su tributo al clima de este país. En los sitios pantanosos de esta región reinan fiebres endémicas, que es difícil evitar. Gracias a su constitución, Jacques Helloch, Germán Paterne y el sargento Marcial habíanse librado de ellas. Gracias a su costumbre de andar por tales sitios, los tripulantes de las falcas estaban indemnes. Pero la joven experimentaba desde hacía algunos días un malestar general, cuya gravedad no podía desconocerse.

Germán Paterne comprendió que Juana de Kermor estaba bajo la influencia de las fiebres palúdicas. Sus fuerzas disminuían, el apetito le faltaba, y una invencible lasitud la obligaba a permanecer largas horas tendida en su lecho. La joven hacía esfuerzos para resistir, entristeciéndola sobre todo el pensamiento de que su estado aumentaba la inquietud de sus compañeros de viaje.

Quedaba, no obstante, la esperanza de que la indisposición fuese pasajera. Tal vez el diagnóstico de Germán Paterne era erróneo.

Además, dada la energía moral y física de Juana, ¿no sería la Naturaleza su mejor médico, y no tenía en su juventud el mejor remedio?

Sin embargo, Jacques Helloch y sus compañeros continuaron su viaje llenos de ansiedad creciente.

Las piraguas amarraron por la noche en la embocadura del Gabirima, afluente de la ribera derecha. No se encontró huella de los indios bares, a que se refiere Chaffanjon, cosa que no era para disgustar, puesto que las dos casas del Gabirima, en la época en que las visitó el viajero francés, servían de albergue a una familia de asesinos, uno de cuyos miembros era el antiguo capitán de Esmeralda. No podía averiguarse si habían continuado con sus costumbres o se habían transformado en gentes honradas. En todo caso habían transportado a otra parte su maldad o su honradez. En este sitio, pues, no se pudo recoger noticia alguna sobre la cuadrilla de Alfaniz.

Las falcas partieron al día siguiente con provisiones de carne de puerco, capibaras y pecarí es, que los cazadores habían matado la víspera. El tiempo era malo. A veces llovía abundantemente. Juana de Kermor sufría mucho por efecto del tiempo. La fiebre, no sólo persistía, sino que se agravaba, a pesar de los incesantes cuidados que a la enferma se prodigaban.

Los rodeos del río, cuya anchura se reducía a doscientos metros, sobre un sitio sembrado de arrecifes, no permitieron que aquel día se pasase de la isla Yano, la última que las piraguas encontrarían en su subida.

Al día siguiente, 21 de octubre, un raudal que corría entre altas orillas muy juntas ofreció algunas dificultades, y por la tarde la Moriche y la Gallinetta, ayudadas por el viento, llegaron al río Padamo.

La fiebre que minaba lentamente a la joven no había cedido, Juana estaba más abatida, y su debilidad no le permitía abandonar el lecho.

Entonces el viejo soldado se dirigió los reproches más violentos por haber consentido aquel viaje. ¡Todo lo que sucedía era por culpa suya...! Y... ¿qué hacer...? ¿Cómo impedir el acceso de la fiebre...? ¿Cómo evitar que volviera...? Aun admitiendo que en el botiquín de la Moriche hubiera algún remedio eficaz, ¿no era lo más prudente volver atrás...? En algunos días, arrastrados por la corriente, las piraguas estarían de regreso en San Fernando...

Juana de Kermor había oído hablar del asunto al sargento Marcial y a Jacques Helloch, y, muy mortificada, dijo con voz débil:

—¡No...! ¡No...! No volvamos a San Fernando... Yo iré hasta la misión... Yo continuaré hasta encontrar a mi padre... A Santa Juana... A Santa Juana...

Después de este supremo esfuerzo cayó casi desvanecida.

Jacques Helloch no sabía qué partido tomar. Ceder a las instancias del sargento Marcial, ¿no sería correr el riesgo de determinar en la joven una funesta crisis, si ella veía que la piragua descendía por el río? ¿No era mejor continuar el viaje y llegar a Santa Juana, donde había tanta seguridad de encontrar auxilio como en San Fernando?

Y entonces, Jacques Helloch, dirigiéndose a Germán Paterne, le dijo con desesperación:

—¿No es posible hacer nada? ¿No conoces un remedio que pueda cortar esta fiebre que la mata...? ¿No ves que la pobre joven languidece de día en día?

Germán Paterne no sabía qué responder, ni hacer nada más de lo que había hecho. El sulfato de quinina, del que había buena provisión en el botiquín, no dominaba aquella fiebre, por más que fuera administrado a grandes dosis.

Y cuando el sargento Marcial, cuando Jacques Helloch le dirigían preguntas y súplicas, no encontraba más respuesta que la siguiente:

—Por desgracia, el sulfato de quinina no procede efectos en ella... Tal vez sería preciso recurrir a algunas hierbas..., a algunas cortezas de árbol... En estos territorios debe haber... Pero ¿quién nos las indicará? ¿Cómo procurárnoslas?

Preguntados sobre el asunto Valdez y Parchal, confirmaron lo dicho por Germán Paterne. En San Fernando se empleaban ciertas sustancias febrífugas del país. Son verdaderos específicos contra las fiebres engendradas por las emanaciones pantanosas, de las que, tanto los indígenas como los extranjeros, se ven atacados en la estación seca.

—Lo más frecuente —afirmó Valdez— es emplear la corteza del chincora, y, sobre todo, la del coloradito...

—¿Reconocería usted esas plantas? —preguntó Jacques Helloch.

—No —respondió Valdez—. Nosotros no somos más que barqueros, y no salimos del río... Sería preciso recurrir a los llaneros..., y no se encuentra uno en las riberas.

Germán Paterne no lo ignoraba; el efecto del coloradito es excelente en los casos de fiebres palúdicas y era indudable que la dolencia hubiera cedido, de tomar la enferma varios cocimientos de esta corteza.

Ante la formal voluntad de Juana de Kermor, sus compañeros habían resuelto continuar el viaje sin retrasos.

Seguramente en Santa Juana les proporcionarían el precioso específico. Pero ¿cuánto tiempo sería preciso para que las falcas recorriesen los doscientos kilómetros que faltaban para llegar a Santa Juana?

Al alba del siguiente día se continuó el viaje. Tiempo tormentoso, acompañado de lejano rumor de truenos... Viento favorable, del que ni un soplo querían desaprovechar Valdez y Parchal. Estos compartían el dolor de sus pasajeros. Sentían gran afecto por aquel joven, y se desconsolaban viendo que su debilidad iba en aumento. El único que demostraba cierta indiferencia era el español Jorrés. Sus miradas no cesaban de recorrer los llanos de la derecha del río. Cuidándose de no despertar sospechas, se mantenía muy a menudo en la extremidad de la Gallinetta, mientras sus camaradas estaban acostados al pie del mástil. Una o dos veces Valdez lo advirtió, y, sin duda, Jacques hubiera encontrado sospechosa la actitud del español si hubiera tenido ocasión de observarle. Pero su pensamiento estaba lejos, y cuando las falcas navegaban juntas, permanecía largas horas a la entrada del rouf mirando a la joven, que procuraba sonreír para agradecerle sus cuidados.

Un día, ella le dijo:

—Señor Jacques... Tengo que pedirle a usted un favor.

—Hable usted... Hable usted..., señorita Juana... Lo prometo, sea lo que sea.

—Señor Jacques... Tal vez me faltarán fuerzas para poder continuar nuestras pesquisas... Cuando llegemos a la misión, quizá me sea preciso permanecer en Santa Juana... Pues bien... Si sabemos lo que ha sido de mi padre..., ¿querrá usted...?

—¡Hacer cuanto pueda para reunirme con él...! ¡Sí..., Juana, mi querida Juana...! ¡Sí...! ¡Partiré...! ¡Seguiré las huellas del coronel De Kermor...! ¡Le encontraré...! ¡Le conduciré junto a su hija...!

—¡Gracias, Jacques, gracias! —respondió la joven, cuya cabeza cayó sobre la almohada, después que la hubo levantado por un instante.

El Padamo suministra al Orinoco un caudal considerable de aguas claras y profundas por una embocadura más ancha que la del mismo río. ¡Otro de los tributarios que hubiera podido sostener la competencia con el Guaviare y el Atabapo! Conforme se subía, la corriente adquiría velocidad entre dos riberas escarpadas, sobre las que se dibujaba la orilla de espesos bosques.

Las piraguas navegaban, ya a la vela, ya al remo. Más arriba del Ocamo, la anchura del río se reducía a unos cincuenta metros.

El final del día fue malo para la enferma, que se vio acometida de un acceso de extraordinaria violencia. Caminaba hacia un desenlace fatal y próximo si Germán Paterne no lograba procurarse el único remedio que podía obrar con eficacia.

¡Cómo pintar el dolor de los pasajeros de las piraguas! La desesperación del sargento Mardal era tan grande, que rayaba en la locura.

Los hombres de la Gallinetta no le perdían de vista, temiendo que en un acceso de enajenación mental se arrojase al río.

Jacques Helloch, junto a Juana, calmaba con un poco de agua fría la sed que la devoraba, pendiente de sus palabras, angustiado con sus menores suspiros. ¿No podría, pues, salvar a la mujer que amaba con un amor tan profundo, tan puro, y por la que hubiera sacrificado cien veces la vida?

Acometióle entonces el pensamiento de que él debía haber resistido a la voluntad de la joven y dar orden de volver a San Fernando.

Era insensato pretender llegar en tales condiciones hasta el nacimiento del Orinoco. Aun llegando allí, no se estaría aún en Santa Juana. Si un río no ponía este punto en comunicación con el Orinoco, sería preciso tomar la vía terrestre, caminar bajo aquellos interminables bosques con un calor sofocante.

Pero cuando Juana de Kermor salía de su letargo, cuando la fiebre le permitía algún respiro, preguntaba con voz inquieta:

—Señor Jacques... Vamos siempre en buena dirección, ¿no es verdad?

—Sí... Juana... Sí... —respondía él.

—¡Pienso sin cesar en mi pobre padre...! ¡He soñado que le habíamos encontrado! ¡Y él le demostraba su gratitud por todo lo que usted había hecho por mí y por él...!

Jacques Helloch volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas.

¡Sí...! Aquel hombre tan enérgico lloraba; lloraba al sentirse impotente

ante aquel mal que se agravaba, ante la muerte, sentada a la cabecera de aquella adorada joven.

Por la noche, las piraguas se detuvieron en Pedra Mapaya, de donde volvieron a partir por la mañana temprano, navegando ya a la vela, ya con el auxilio de los remos.

Como las aguas estaban ya bastante bajas, las falcas corrieron varias veces el riesgo de chocar contra el fondo arenoso del río.

Durante aquella fatigosa jornada, las falcas pasaron el punto en que los cerros Moras accidentan la ribera derecha con sus primeras ramificaciones.

Por la tarde, una nueva crisis de violencia extraordinaria amenazó terminar con la vida de la enferma. Creyeron que había llegado su última hora. Y fue tal la desesperación del sargento Marcial, que, para que Juana no pudiese oír sus gritos, Germán Paterne tuvo que llevárselo a la Moriche, que siguió a la otra a un centenar de pies.

El sulfato de quinina no producía ningún efecto.

—¡Germán! ¡Germán! —dijo entonces Jacques Helloch, que había arrastrado a su compañero a la proa de la Gallinetta—. ¡Juana va a morir!

—¡No desesperes, Jacques!

—¡Te digo que va a morir! ¡Si no la mata este acceso, no podrá soportar otro!

Era esto tan cierto, que Germán Paterne inclinó la cabeza.

—¡Y no poder hacer nada..., nada! —suspiró.

A las tres de la tarde cayó una lluvia torrencial que refrescó un poco la atmósfera devorante, casi constantemente tormentosa. No hubo que quejarse de ello, pues el río se aprovechaba de aquel agua que vertían las espesas nubes. Los tributarios de la derecha y de la izquierda, tan numerosos en aquella parte, ensanchaban sus cauces asegurando el paso de las piraguas.

A las cuatro, el monte Yaname, cuya altura es considerable, apareció a la izquierda, a la vuelta de un espeso bosque. Más allá del brusco codo que en aquel sitio dibuja el Orinoco, se abría la estrecha embocadura del río Mavaca.

El viento había amainado por completo, y Valdez y Parchal fueron a anclar al pie de un lugar compuesto de algunas cabañas, donde vivían cinco o seis familias mariquitas.

El primero que saltó a la orilla fue Jacques Helloch, después de haber dicho al patrón de la Moriche:

—Venga usted, Parchal.

¿Dónde iba?

A casa del jefe de aquel lugar.

¿Qué quería?

Pedirle que arrancase a Juana de las garras de la muerte.

El jefe habitaba una casa bastante cómoda, como lo son por regla general las de los mariquitaros. Era un indio de irnos cuarenta años de edad, inteligente y servicial, que recibió con amabilidad a los visitantes.

Por mandato de Jacques Helloch, Parchal le dirigió inmediatamente la pregunta relativa al coloradito.

¿Conocía esta droga el capitán? ¿En Mavaca crecía aquél árbol?

—Sí —respondió el indio—. Y con frecuencia hacemos uso de él para combatir las fiebres...

—Que son curadas...

—Siempre.

Este diálogo se sostuvo en lengua india, que Jacques Helloch no podía comprender. Pero cuando Parchal le tradujo las respuestas del capitán, exclamó:

—¡Que este indio nos procure un poco de esa corteza...! Se le pagará al precio que quiera... ¡Con todo lo que poseo!

El capitán sacó de uno de los cestos algunos restos fibrosos y se los entregó a Parchal.

Un instante después, Jacques Helloch y el patrón estaban de regreso a bordo de la Gallinetta.

—¡Germán...!, ¡Germán...!, ¡el coloradito, el coloradito!

Esto fue todo lo que Jacques pudo decir.

—¡Bien, Jacques! —respondió Germán Paterne—. El nuevo acceso no se ha presentado... Éste es el momento... ¡La salvaremos, amigo mío..., la salvaremos!

Mientras Germán preparaba el cocimiento, Jacques Helloch, junto a Juana, la tranquilizaba. La fiebre no había resistido nunca al coloradito... Se podía creer al jefe de Mavaca.

Y la pobre enferma, con los ojos agrandados, las mejillas blancas como la cera, después del acceso que había elevado a cuarenta grados la temperatura de su cuerpo, tuvo fuerzas para sonreír.

—Me siento mejor —dijo—, y, sin embargo, aún no he tomado nada.

—Juana..., mi querida Juana —murmuró Jacques Helloch, arrodillándose ante ella.

Algunos minutos bastaron a Germán Paterne para hacer una infusión con corteza de coloradito, y Jacques Helloch acercó la taza a los labios de la joven.

Cuando hubo vaciado el contenido:

—¡Gracias! —dijo, y sus ojos se cerraron.

Era preciso dejarla sola. Germán arrastró lejos a Jacques, que rehusaba apartarse del lecho. Ambos se sentaron en la proa de la piragua, donde quedaron en silencio.

La tripulación había recibido orden de desembarcar a fin de que no se produjese ruido a bordo. Si Juana se dormía, importaba que nada turbase su sueño.

El sargento Marcial había sido prevenido. Sabía que se había encontrado el febrífugo y que acababa de ser administrado a Juana. Así es que, abandonando la Moriche, saltó a la orilla y corrió hacia la Gallinetta.

Germán Paterne le hizo señal de que se detuviera.

El pobre hombre obedeció y, llorando, se apoyó contra una roca.

Según la opinión de Germán Paterne, si un nuevo acceso no se declaraba, era que la absorción del coloradito había producido su efecto. Antes de dos horas estaría decidido, y se sabría si había esperanza, y tal vez hasta seguridad de salvar a la joven.

¡Con qué inexpresable ansiedad esperaron todos! Escuchaban si algún suspiro se escapaba de los labios de Juana..., si llamaba... No... No pronunciaba una palabra. Jacques Helloch se aproximó al rouf.

Juana dormía tranquilamente.

—¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! —murmuró Jacques al oído de Germán.

—Lo espero... Lo creo... ¡Es bueno el coloradito! Sólo que las farmacias son cosa rara en el Alto Orinoco.

Llegada la hora del acceso, éste no se repitió. No debía repetirse.

Por la tarde, cuando Juana se despertó, murmuró, y no sin razón esta vez, tendiendo la mano a Jacques Helloch:

—Estoy mejor... Sí, estoy mejor.

Después, cuando el sargento Marcial, que había pedido permiso para entrar

en la Gallinetta, se encontró a su lado, le dijo sonriendo, mientras sus manos enjugaban las lágrimas del viejo soldado:

—¡Esto va bien, querido tío!

Se veló toda la noche. Nuevas infusiones de la saludable corteza fueron administradas a la enferma. Durmió apaciblemente, y al siguiente día, al despertar, nadie dudó de su curación. ¡Qué alegría la de los pasajeros y tripulantes de las dos piraguas!

El jefe de Mavaca, a pesar de sus honradas negativas, tuvo el derecho de escoger lo que más podía gustarle del cargamento de la Moriche. El buen hombre se mostró discreto. Algunos cuchillos, un hacha, una pieza de tela, algunos espejos, bujerías de vidrio y media docena de cigarros fueron el precio de la medicina.

En el momento de partir se observó que Jorrés no estaba a bordo de la Gallinetta, y, sin duda, estaba ausente desde la víspera por la noche.

Interrogado por Jacques Helloch cuando volvió, respondió que, como se había dado a los tripulantes orden de desembarcar, había ido a dormir al bosque.

Preciso fue contentarse con esta respuesta, que, por demás, era aceptable.

Durante los cuatro días que siguieron, las falcas remontaron, no sin gran esfuerzo, la corriente del Orinoco. Apenas se andaban diez kilómetros por día. ¡Qué importaba! Juana recobraba rápidamente la salud, gracias a los alimentos que con exquisito cuidado le preparaba Germán Paterne.

Jacques Helloch no se apartaba del lado de la joven, y el sargento acabó por encontrar aquello natural.

—¡Estaba escrito! —repetía...—. Pero ¡caramba! ¿Qué dirá mi coronel?

Desde el siguiente día, la convaleciente pudo salir del rouf entre doce y dos de la tarde. Envuelta en una ligera manta, y tendida sobre un lecho de hierbas secas en la proa de la barca, respiraba el aire vivo y saludable de las sabanas.

La anchura del río no excedía entonces de unos treinta metros. Con gran frecuencia era menester empujar las falcas por medio de las palancas o halarlas con la espía. Encontráronse algunos raudales bastante difíciles, y el agua estaba tan baja en algunos sitios que se trató de desembarcar el material de las piraguas; pero, por fortuna, se pudo evitar esta larga operación. Arrojándose al agua los hombres aligeraron el peso de la piragua, y lograron franquear los pasos difíciles. Así se hizo en el raudal de Manaviche y en el de Yamaraquín, al pie de los cerros de Bocón, que dominan el río en más de ochocientos metros.



Todas las tardes, Jacques Helloch y el sargento Marcial iban de caza a través de los bosques de la ribera, y traían rstras de guacos y pavas. Decididamente en estas provincias meridionales de Venezuela la cuestión de la alimentación no es para preocupar si se gusta de la caza, que es de superior calidad, y del pescado, que abunda en las aguas del gran río.

La salud de Juana estaba ya completamente restablecida. No había tenido el menor acceso de fiebre desde el empleo del coloradito, y no era de temer una recaída. No había más que dejar obrar a la naturaleza, ayudada por la juventud.

En la jornada del 25 apareció a la derecha una cadena de montañas, indicada en el mapa con el nombre de cerros Guanayos.

El 26, las piraguas pasaron el raudal del Marqués con grandes dificultades y fatigas.

En muchas ocasiones, Jacques Helloch, Valdez y Parchal fueron inducidos a pensar que la ribera derecha no estaba tan desierta como parecía.

Algunas veces, formas humanas se perfilaban entre los árboles y tras los zarzales. En el supuesto que fuesen guaharibos no había por qué inquietarse, pues estas tribus son casi inofensivas.

No sucedía así en la época en que Chaffanjon exploraba aquella parte del Orinoco, cuando sus hombres esperaban todos los días el ataque de los indígenas.

Jacques Helloch y el sargento Marcial procuraron inútilmente reunirse a los seres, fueran quienes fueran, que creían entrever en la linde del bosque. Al cabo dieron por vana la persecución.

Claro es que si tales indígenas no eran los guaharibos, sino los quivas, y precisamente los de Alfaniz, su presencia constituiría el más grave de los peligros. Así es que Parchal y Valdez vigilaban cuidadosamente las orillas y no permitían a sus hombres bajar a tierra.

Respecto a la actitud de Jorrés, nada presentaba de sospechosa, y ni una sola vez manifestó la intención de desembarcar. Por lo demás, siete u ocho jornadas más y las piraguas se detendrían, por no encontrar bastante agua en el lecho del río. El Orinoco quedaría reducido al delgado hilo líquido que sale del Parima, y cuyos trescientos afluentes forman la gran arteria de la América meridional.

Entonces sería preciso abandonar las falcas y trasladarse a pie a Santa Juana, en una extensión de cincuenta kilómetros y al través de los espesos bosques de la ribera derecha. Verdad que al final estaba el objeto que tan ahincadamente se perseguía, y la esperanza de llegar a él en algunas jornadas

sostendría los ánimos.

Los días 27 de octubre y siguientes pudieron contarse entre los más rudos desde la partida de Caicara. Preciso fueron toda la abnegación de los tripulantes y habilidad de los patronos para conseguir franquear el raudal de Guaharibos, punto que tocó en 1760 Díaz de la Fuente, primer explorador del Orinoco. De aquí la exclamación de Germán Paterne.

—Si los indios de este nombre no son temibles, no se puede decir lo mismo de los raudales que se llaman como ellos.

—¡Milagro será que pasemos sin daño! —respondió Valdez.

—Puesto que el cielo ha hecho uno salvando la vida a nuestro querido Juan —dijo Jacques Helloch—, hará otro por la piragua que le lleva. No es mucho un milagro tratándose de un Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...

—¡Amén...! —murmuró con la mayor seriedad el sargento Marcial.

Y realmente milagroso fue salir de allí al precio de ligeras averías, de algunas desgarraduras, que pudieron ser fácilmente reparadas en el transcurso de la navegación.

Figúrese el lector una serie de estanques escalonados, sucediéndose en el espacio de unos doce kilómetros, y que recordaba la serie de esclusas del canal de Gotha en Suecia, con la diferencia de que este canal de Estocolmo a Gotteborg está provisto de puertas que permiten abrirlos y cerrarlos, lo que facilita la marcha de los barcos. En la parte del Orinoco a que nos referimos esto último falta, y es preciso halar los barcos por la superficie de aquellas mesetas de piedras que no dejan una pulgada de agua bajo los fondos de las falcas. Todos los barqueros tuvieron que ponerse al trabajo y emplear la espía, sujeta a los árboles o a las rocas. Seguramente si la estación seca hubiera estado más avanzada, en aquel raudal se hubieran detenido definitivamente las piraguas.

Tan cierto es esto, que Chaffanjon en aquel mismo sitio tuvo que abandonar su embarcación y continuar en un bote su itinerario, que debía terminar en el nacimiento del Orinoco.

Al alba se volvió a emprender la marcha. La anchura del río no medía más que unos veinte metros. Las falcas remontaron aún algunos rápidos, al pie de la sierra Guahariba, entre otros el raudal de los Franceses, y más de una vez las embarcaciones, que apenas flotaban, arrastradas a brazo, labraron surcos profundos en la arena.

Al fin, por la noche, Parchal y Valdez amarraron en la orilla de la ribera derecha.

Enfrente, sobre la otra ribera, erguía-se la masa sombría de un alto pico. No podía ser otro que el pico Maunoir, llamado así por el viajero francés en honor del secretario general de la Sociedad de Geografía de París.

Tal vez por exceso de fatiga, la vigilancia no sería completa aquella noche. En efecto: después de comer nadie pensó más que en buscar el reposo de que tanta necesidad había. Pasajeros y marineros no tardaron en dormirse profundamente.

Durante la noche no hubo agresión alguna; ni los indios bravos ni los quivas de Alfaniz atacaron a las piraguas. Al alba despertaron los dos patrones y lanzaron un grito de descorazonamiento.

El agua había bajado cincuenta centímetros desde la víspera. Las piraguas estaban en seco. Apenas si algunos hilos amarillentos corrían sobre el lecho del Orinoco.

La navegación estaba, pues, interrumpida por todo el tiempo que durase la estación seca.

Cuando los tripulantes se reunieron en la proa de las piraguas, se notó que uno de los hombres faltaba.

Jorrés había desaparecido, y esta vez no debía volver.

## **CAPÍTULO VII**

### **EL CAMPAMENTO DEL PICO MAUNOIR**

El pico Maunoir domina la sabana de la ribera izquierda en una altura de 1500 metros. La cadena que se apoya en su enorme masa, y de la que parece ser inquebrantable contrafuerte, prolonga sus ramificaciones al Sudeste hasta perderse de vista.

A 80 kilómetros de allí está el pico Fernando de Lesseps, con cuyo nombre está designado en el mapa de Chaffanjon.

Allí comienza la comarca montañosa, en la que el sistema orográfico de Venezuela dibuja sus más altos relieves. Allí se redondean anchos y enormes arcos de bóveda; allí se cruzan caprichosas aristas; allí el esqueleto de los montes toma un aspecto imponente y grandioso; allí se desenvuelve la sierra Parima que engendra al Orinoco y allí se yergue la montaña Roja, rodeada de nubes, esa madre fecunda de los arroyos, según dicen los indios; esa Roraima, gigantesca piedra miliar colocada en la intersección de las fronteras de los tres Estados.

De estar el río en condiciones, Jacques Helloch y sus compañeros hubiesen navegado hasta la sierra Parima, de la que brotan sus primeras aguas.

Preciso fue, con gran disgusto suyo, renunciar a este medio de transporte. Se hubiera podido continuar el viaje con los botes de las piraguas; pero en cada uno de ellos no hubieran podido embarcarse más que dos personas. Además, ¿cómo prescindir de la ayuda de los barqueros para la maniobra, y qué hacer con los equipajes?

En la mañana de este día, Jacques Helloch, Germán Paterne, Juan, que recobraba la salud a ojos vistas, el sargento Marcial y los patrones Valdez y Parchal, celebraron consejo, consejo que había de ser de gran importancia, y del que dependería la prolongación y tal vez el éxito de la campaña.

Estas seis personas se habían sentado junto a la orilla del bosque, en un sitio que fue designado con el nombre de campamento del pico Maunoir, aunque el pico se elevase en la otra ribera. Debajo se extendía la meseta de piedras y de arena, en la que las dos falcas yacían en seco a la embocadura del río Torrida.

El tiempo era bueno, la brisa fresca y regular. A la izquierda resplandecía la cima del pico, bañada por los rayos solares, y por la parte Este una ancha placa iluminaba su flanco cubierto de árboles.

Los tripulantes se ocupaban en disponer su primera comida en la proa de las piraguas, empenachadas de una ligera humareda que la brisa arrojaba al Sur.

El viento venía del Norte, y flojo, de modo que no hubiera sido favorable a la navegación en el caso de que ésta hubiera podido continuarse.

Ni en la parte baja del río, ni en la orilla, ni bajo los primeros árboles del bosque se mostraba un indio. Tampoco había vestigios de casas o cabañas habitadas o abandonadas. Y, sin embargo, de ordinario aquellas riberas eran frecuentadas en esta época. Pero las tribus esparcidas por la superficie de estos territorios no se fijan en ninguna parte. Además, los mercaderes de San Fernando no van jamás tan lejos, pues se verían expuestos a que les faltase agua... Y además, ¿con qué pueblo, con qué rancho harían su comercio de exportación e importación? Más allá de Esmeralda, ahora desierta, no se encuentra ni aun casas en número suficiente para formar un pueblo. Así, pues, es raro que las piraguas pasen de la embocadura del Cassiquiare... Jacques Helloch tomó la palabra y preguntó:

—¿No ha llegado usted nunca más allá en el Alto Orinoco, Valdez?

—Nunca —respondió el patrón de la Gallinetta.

—¿Ni usted, Parchal?

—Ni yo —respondió el patrón de la Moriche.

—¿Alguno de los tripulantes conoce el curso del río más arriba del pico Maunoir?

—Ninguno —respondieron Parchal y Valdez.

—Ninguno..., a excepción, tal vez, de Jorrés —hizo observar Germán Paterne...—; pero ese español se ha marchado. Sospecho que éste no es su primer paseo a través de estos territorios, aunque haya sostenido lo contrario.

—¿Adónde ha podido ir? —preguntó el sargento Marcial.

—Adonde, sin duda, es esperado —respondió Jacques Helloch.

—¿Esperado...?

—Sí... Y, lo confieso; desde hace algún tiempo, ese Jorrés me parecía bastante sospechoso.

—Como a mí —añadió Valdez—. Cuando yo le pregunté el motivo de su ausencia durante toda una noche en el río Mavaca, él me respondió... sin responderme...

—Sin embargo —dijo Juan—, cuando se embarcó en San Fernando, su intención era ir a la misión de Santa Juana.

—Y tampoco hay duda de que conozca al padre Esperante —añadió Germán Paterne.

—Cierto —dijo el sargento Marcial—; pero eso no explica por qué ha desaparecido precisamente cuando solamente nos hallamos a algunas jornadas de la misión.

Durante los últimos días, la idea de que Jorrés podía justificar las sospechas que le inspiraba, había hecho progresos en la mente de Jacques Helloch. No había hablado de ello por no inquietar a sus compañeros. Así es que era el menos sorprendido por la partida de Jorrés, y esta partida le inspiraba graves temores.

En esta disposición de espíritu se preguntaba si no formaría Jorrés parte de los evadidos de Cayena, mandados por Alfaniz, español come él. Si así era, ¿qué hacía Jorrés en San Fernando cuando le encontraron? ¿Por qué se hallaba en este pueblo...? Lo cierto era que se hallaba allí, y que, sabedor de que los pasajeros de las piraguas se proponían ir a Santa Juana, había ofrecido sus servicios al patrón de la Gallinetta.

Y Jacques Helloch, desde que sus sospechas habían tomado cuerpo como consecuencia de la desaparición de Jorrés, se hacía el siguiente razonamiento:

Si Jorrés no pertenecía a la cuadrilla de Alfaniz; si no estaba animado de

perversas intenciones, si su proyecto era ir a la misión, ¿por qué acababa de abandonar a sus compañeros antes del término del viaje?

Había partido cuando todo indicaba que debía permanecer con ellos. ¿Quién sabía si, advertido secretamente de que los quivas y su jefe recorrían los alrededores, no había aprovechado la noche para unirse a ellos?

De ser así, ahora que las piraguas no podían navegar, los viajeros, obligados a aventurarse por aquellos espesos bosques para llegar a Santa Juana, estarían expuestos a los peligros de una agresión, que por su inferioridad numérica sería difícil de rechazar.

Tales eran los serios temores que asaltaban a Jacques Helloch.

Pero a nadie se los había comunicado. Solamente había dicho algunas palabras a Valdez, que participaba de sus sospechas respecto al español.

Así es que, después de la pregunta precisa hecha por el sargento Marcial sobre la inexplicable desaparición de Jorrés, quiso llevar la conversación por diferente rumbo y en sentido más práctico.

—Dejemos a Jorrés —dijo—. Puede que vuelva, y puede que no... Lo que importa es ocuparnos de nuestra situación actual y de los medios de conseguir nuestro objeto. Nos encontramos en la imposibilidad de continuar el viaje por el Orinoco. Circunstancia enfadosa, lo reconozco.

—Pero esa dificultad —dijo Juan— se hubiera presentado dentro de algunos días. Admitiendo que hubiéramos conseguido llegar a las mismas bocas del río con nuestras piraguas, preciso hubiera sido desembarcar al pie de la sierra Parima. Desde allí a la misión, puesto que Santa Juana no está en comunicación con el Orinoco por un afluente navegable, siempre hemos pensado que las últimas jornadas se harían a través de la sabana...

—Mi querido Juan —respondió Jacques Helloch—, tiene usted razón, y más tarde o más temprano, mañana, si no hoy, hubiéramos tenido que abandonar las falcas. Verdad que haber adelantado unos sesenta kilómetros más al Este, navegación fácil durante la estación lluviosa, nos hubiera evitado fatigas..., que yo temo por usted, sobre todo.

—He recobrado por completo las fuerzas, señor Helloch —afirmó Juan—. Estoy en disposición de partir hoy mismo..., y no me quedaré atrás.

—Bien dicho —exclamó Germán Paterno—. Pero concluyamos; ¿puedes decimos, Jacques, a qué distancia estamos aún de las fuentes del río y de la misión?

—He calculado las distancias sobre el mapa —respondió Jacques Helloch—. Para llegar a Parima deben de faltarnos unos cincuenta kilómetros. Pero no creo que el verdadero camino sea subir hasta las fuentes.

—¿Y por qué? —preguntó el sargento Marcial.

—Porque si la misión está situada, como hemos sabido en San Fernando y como nos ha confirmado Manuel, sobre el río Torrida, en el Nordeste de nuestro campamento, mejor es procurar ir a ella directamente, sin alargar el camino pasando por la sierra Parima.

—Efectivamente —respondió Juan—. Creo inútil imponemos las fatigas de esa vuelta, y es preferible ir en línea recta a la misión de Santa Juana.

—¿Cómo? —preguntó el sargento Marcial.

—Como lo hubiéramos hecho una vez llegados a sierra Parima.

—¿A pie?

—A pie —respondió Jacques Helloch—. Sobre esos desiertos territorios no hay un lugar ni un rancho donde pudiéramos procuramos caballos.

—¿Y nuestro equipaje? —preguntó Germán Paterne—. Será preciso dejarlo a bordo de las piraguas.

—Tal lo creo —respondió Jacques Helloch—, y esto será un inconveniente grande. ¿Cómo llevar con nosotros cofres de tal tamaño?

—¡Hum! —murmuró Germán Paterne, que pensaba en sus colecciones de naturalista más que en sus camisas y en sus calcetines.

—Además —dijo Juan—, ¿quién sabe si nuestras ulteriores pesquisas nos llevarán más allá de Santa Juana!

—En ese caso —respondió Jacques Helloch—, si no encontramos en la misión lo que nos haga falta, haremos que nos lleven nuestro equipaje. Las piraguas esperarán aquí nuestro regreso. Parchal y Valdez, o uno de ellos por lo menos, las guardará con nuestros barqueros. La misión no está tan lejos que un hombre a caballo no pueda franquear la distancia en veinticuatro horas, e indudablemente las comunicaciones con Santa Juana son fáciles.

—¿De modo, señor Helloch, que la opinión de usted es que no llevemos más que lo indispensable para un viaje que, a lo más, durará tres o cuatro días? —preguntó Juan.

—Ésa es mi opinión, mi querido Juan: el único partido conveniente; y yo propondría que nos pusiéramos inmediatamente en camino si no tuviéramos que organizar el campamento en la embocadura del río Torrida. No olvidemos que en este sitio debemos encontrar las piraguas cuando descendamos el Orinoco para volver a San Fernando.

—¡Con mi coronel! —exclamó el sargento Marcial.

—¡Con mi padre! —murmuró Juan.

Una sombra de duda cruzó por la frente de Jacques Helloch. ¿Presentía tantas dificultades y temía tantos obstáculos antes de conseguir el objeto del viaje! Además, ¿se obtendrían en Santa Juana informes precisos que permitieran lanzarse, con probabilidades de éxito, sobre las huellas del coronel De Kermor?

Sin embargo, guardóse mucho de desanimar a sus compatriotas. Las circunstancias le habían hecho aceptar el ir hasta el fin de aquella campaña y ante ningún peligro retrocedería. Convertido en jefe de aquella expedición, cuyo éxito tal vez estaba aún muy distante, tenía el deber de dirigirla, y nada descuidaría para cumplir este deber.

La partida quedó dispuesta para el siguiente día, y se dedicaron a la elección de los objetos que requería una caminata de tres o cuatro jornadas a través de los bosques de la sierra.

Valdez propuso, y fue aceptado, que él y dos de sus hombres acompañaran a los viajeros hasta la misión. Parchal y los diez y seis restantes permanecerían en el campamento al cuidado de las piraguas. ¿Quién sabía si pasarían varios meses antes de que Jacques Helloch y sus compañeros pudieran reunirse a ellos! Entonces, como habría terminado la estación seca, sería posible la navegación. Por lo demás, cuando se tratara del regreso sería tiempo de avisar.

Lo que debía dar motivo de disgusto era que aquella región del Alto Orinoco estuviera completamente desierta.

¿Qué ventaja se hubiera sacado de encontrar en aquel sitio a algunas familias indígenas?

Ellas, seguramente, hubieran suministrado preciosos informes sobre el camino que se debía seguir, sobre la misión de Santa Juana y sobre su situación exacta en el Nordeste del río.

Igualmente, Jacques Helloch se hubiera informado de si la cuadrilla de quivas de Alfaniz había aparecido en los alrededores de la ribera derecha; pues si Jorrés había conseguido reunirse a ella, es que debía recorrer tales sitios.

Además, sin duda hubiera habido facilidad de encontrar un indio que les guiara, a fin de franquear los espesos bosques, donde no había más que algunos senderos, debidos al paso de las fieras o de los indígenas.

Y como Jacques Helloch expresase ante Valdez su deseo de encontrar algún indio, el patrón le interrumpió diciendo:

—Es posible que a uno o dos tiros de fusil del campamento haya algunas casas de guaharibos.

—¿Tiene usted razones para creerlo?



—Tengo una, por lo menos, señor Helloch; pues yendo por la orilla del bosque, a doscientos pasos de la orilla he tropezado con las cenizas de un hogar.

—¿Extinguido?

—Sí; pero las cenizas estaban aún calientes.

—Puede que no se haya usted engañado, Valdez... Y, sin embargo, si hay guaharibos en las cercanías, ¿cómo no se han apresurado a correr hacia las piraguas?

—¿Correr a ellas...? Más bien habrían huido.

—¿Y por qué? ¿No es para ellos una fortuna entrar en relaciones con los viajeros, una ocasión de realizar cambios provechosos?

—Esos pobres indios son muy cobardes. Su primer cuidado habrá sido ocultarse en el bosque, para volver cuando crean poder hacerlo sin peligro.

—Pero si ellos han huido, por lo menos sus cabañas no lo habrán hecho, Valdez, y tal vez descubriremos algunas en el bosque.

—Fácil es asegurarse de ello —respondió Valdez— haciendo un reconocimiento a doscientos o trescientos pasos de la orilla. Los indios, por costumbre, no se alejan del río. Si hay una casa en los alrededores, no habremos caminado media hora sin verla.

—Sea, Valdez. Vamos a la descubierta. Pero como la excursión podría prolongarse, almorcemos primero, y luego nos pondremos en camino.

El campamento fue prontamente organizado bajo la dirección de los dos patronos. Aunque no faltaban las reservas de carne salada, conservas y harina de yuca, se decidió guardar estas provisiones para el viaje, a fin de no ir desprovistos de ellas. Valdez y dos de sus hombres cargarían con los sacos. A ellos se añadirían algunos indios, si es que se encontraban en los contornos, y por algunas piastras desempeñarían con gusto el oficio de portadores y guías.

La caza debía suministrar más que lo necesario a Jacques Helloch y a sus compañeros de viaje, como también a los marineros que quedaban en el campamento del pico Maunoir. Ya se ha dicho que en aquellos sitios la alimentación no debe ser motivo de preocupación. Desde la entrada misma del bosque veíanse volar ánades, guacos y pavas; saltar a los monos de un árbol a otro, correr a los pecaríes, y en las aguas del río Torrida hormiguar millares de peces.

Durante el almuerzo, Jacques Helloch dio a conocer la resolución que había tomado, de acuerdo con Valdez. Ambos irían, en un radio de un kilómetro, en busca de algunos de los indios guaharibos, que tal vez

frecuentaban los llanos del Alto Orinoco.

—Tendría gusto en acompañar a ustedes —dijo Juan.

—Si yo te lo permitiera, sobrino —declaró el sargento Marcial—; pero creo que debes reservar tus fuerzas para el viaje. Descansa hoy por prescripción facultativa.

Aunque Jacques Helloch hubiese tenido inmenso placer en hacer aquella excursión en compañía de la joven, preciso le fue confesar que el sargento Marcial tenía razón. Bastantes fatigas esperaban a los viajeros en su camino hasta Santa Juana para que Juana de Kermor no se impusiera un descanso de veinticuatro horas.

—Mi querido Juan —dijo—, su tío dice bien. Un día de reposo en el campamento le permitirá recuperar las fuerzas... Valdez y yo nos bastamos.

—¿No se necesita, pues, un naturalista? —preguntó Germán Paterne.

—No hay necesidad de un naturalista cuando se trata de descubrir naturales —respondió Jacques Helloch—. Permanezca aquí, Germán, y herborice a su gusto en la orilla del bosque a lo largo de la playa.

—Yo le ayudaré, señor Paterne —añadió Juana—, y por pocas plantas raras que haya, haremos buena faena.

Al partir, Jacques Helloch recomendó a Parchal que activase los preparativos del viaje. Valdez y él esperaban estar de regreso antes de dos horas; y en todo caso, no prolongarían su reconocimiento más allá de cierta distancia.

Así, pues, el uno con su carabina al hombro y el otro con su hacha en el cinto, abandonaron a sus compañeros, y, torciendo al Nordeste, desaparecieron bajo los primeros árboles.

Eran las nueve de la mañana. El sol inundaba el bosque de rayos de fuego. Afortunadamente la vegetación era compacta.

En la región del Orinoco superior, si las montañas no están cubiertas de árboles hasta su cúspide, como lo están las del curso medio, los bosques se muestran ricos en arbustos variados, producto de un suelo virgen.

El bosque de la sierra Parima parecía estar desierto. Sin embargo, por algunas señales observadas por él, —hierbas pisadas, ramas rotas, huellas aún recientes—, Valdez pudo, desde el principio, afirmar la presencia de los indios en la ribera derecha del río.

Es de notar que aquellos macizos de árboles estaban formados generalmente de plantas de fácil explotación hasta para los indígenas. Aquí y allá palmeras de diversas especies, no nuevas para los viajeros que habían

remontado el río desde Ciudad-Bolívar hasta el pico Maunoir, bananos, calabaceras, chaparros, cobijas y marinas, cuya corteza sirve para fabricar los sacos indígenas.

Aquí y allá también algunos de esos árboles llamados de leche, que son poco comunes en las cercanías del litoral, y grupos de esos árboles de la vida, tan abundantes en el Orinoco. Las hojas de estos preciosos vegetales sirven para fabricar los tejados de sus cabañas: sus fibras se transforman en hilos y cuerdas, su sustancia es nutritiva, y su savia, después de la fermentación, produce una bebida muy sana.

A medida que Jacques Helloch penetraba en el bosque, se despertaban en él sus instintos de cazador. ¡Cómo se ponían a tiro los pecaríes, los perezosos, los monos blancos, llamados viuditas, y los tapires! Pero entre Valdez y él no podían llevar tanta caza, y era mejor no delatar su presencia con las detonaciones. Pudieran ser oídas, y quién sabe si los quivas no rondaban por entre las malezas. Además, si los guaharibos se habían retirado por miedo, no sería aquélla la mejor manera de que aparecieran. Jacques Helloch y Valdez caminaban, pues, en silencio. Seguían por una especie de sendero sinuoso. ¿Dónde conducía este sendero...? ¿Terminaba en algún claro del lado de la sierra?

En suma, y esto fue fácil de advertir, el camino no podía ser más que muy lento, muy penoso, y era preciso contar con los retrasos, las fatigas, las paradas frecuentes. Si las piraguas hubieran podido llegar a las bocas del Orinoco, tal vez la región de Parima hubiese ofrecido un camino menos obstruido hacia la misión de Santa Juana.

A estos diversos pensamientos se abandonaba Jacques Helloch mientras su compañero no se distraía del objeto de aquella exploración; es decir, el descubrimiento de un sitio o una casa habitada por alguno de aquellos indios, de los que esperaba obtener buenos servicios.

Después de una hora de marcha, el patrón de la Gallinetta gritó:

—¡Una cabaña!

Jacques Helloch y él se detuvieron.

A cien pasos había una cabaña de miserable aspecto. Perdida en lo más hondo de un macizo de palmeras, su tejado, cónico, casi tocaba en tierra. En la base de este techo se abría una estrecha abertura irregular, que ni aun tenía puerta.

Jacques Helloch y Valdez se dirigieron hacia la cabaña y penetraron en el interior.

Estaba vacía.

En este momento se oyó una detonación, bastante próxima, en dirección del Norte.

## CAPÍTULO VIII

### EL JOVEN INDIO

—¡Un tiro! —exclamó Jacques Helloch.

—Y a menos de trescientos pasos —respondió Valdez.

—¿Será que el sargento Marcial se ha puesto a cazar después de nuestra partida?

—No lo creo.

—¿Será el indio a quien pertenece esta casa?

—Veamos primero si está habitada —respondió el patrón de la Gallinetta.

Ambos, que habían retrocedido algunos pasos cuando la detonación sonó, volvieron a entrar en la cabaña.

El interior era tan miserable como el exterior. Había pocos muebles. En el fondo, sobre el suelo de tierra, un lecho de hierba removida recientemente. Varias calabazas estaban al pie de la pared. En un rincón, un canasto con restos de cazabe; un pedazo de pecarí, suspendido de uno de los ganchos del techo. En montón, dos o tres docenas de esas nueces de gavilla, semejantes a almendras; un puñado de hormigas bachacas y de comejenes asados, que constituyen el alimento de los indios bravos, y, sobre una piedra plana, un hogar, donde brillaba aún un tizón que arrojaba espeso humo.

—El dueño de esta casa debía de estar aquí antes de nuestra llegada —dijo Valdez.

—Y no puede estar lejos —añadió Jacques Helloch—. ¿Será el que ha disparado?

—Estos indios no tienen ni fusiles, ni pistolas —dijo Valdez—; sólo arcos y cerbatanas. Esto es todo.

—Pues es preciso saberlo —dijo Jacques Helloch, que, recobrado de sus inquietudes, se preguntaba si los quivas de Alfaniz no erraban por los alrededores. Y en este caso—, ¡qué peligros para los viajeros acampados al pie del Maunoir...! Y cuando estuvieran en marcha hacia Santa Juana, ¡qué agresiones debían esperar...!

Jacques Helloch y Valdez salieron de la cabaña con sus armas preparadas, y, ocultándose tras los árboles y los zarzales, se dirigieron hacia el sitio donde había sonado el tiro.

La casa que acababan de abandonar no pertenecía a un poblado. En los alrededores no había señales de desmontes ni de cultivo; ni una plantación de legumbres, ni árboles frutales, ni pastos para el ganado.

Jacques Helloch y Valdez avanzaban lentamente, escuchando y mirando con precaución.

No se percibía más ruido que el grito de los guacos y el silbido de las pavas, ocultas bajo las ramas, o el roce de algún animal salvaje al pasar por entre la maleza.

Veinte minutos llevaban así, y ya se preguntaban si no sería conveniente volver a la cabaña y de ésta al campamento, cuando creyeron oír gemidos a corta distancia.

Valdez hizo ademán de inclinarse sobre el suelo, no para oír mejor, sino para no ser visto antes de que llegara el momento de hacer acto de presencia.

Más allá de unas calabaceras se abría un claro, donde los rayos del sol penetraban a oleadas.

Apartando las ramas, Valdez pudo observar el claro en toda su extensión, y reconoció que los gemidos venían de aquella parte.

Jacques Helloch, inclinado a su lado, con la carabina preparada, miraba por entre las ramas.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo al fin Valdez.

Tantas precauciones no eran necesarias, en aquel momento al menos. No se distinguía, al otro extremo del claro, más que a dos individuos al pie de una palmera.

Uno de ellos yacía en tierra, inmóvil, como si estuviera dormido, o más bien como muerto. El otro, arrodillado, le levantaba la cabeza y lanzaba aquellos gemidos, cuya causa se comprendió entonces.

No había peligro en acercarse a los dos indios, y el deber imponía que se les prestase auxilio.

No eran de esos bravos errantes o sedentarios, que se encuentran en los territorios del Alto Orinoco. Valdez reconoció en su tipo que pertenecían a la raza de los banivas, a la que él mismo pertenecía.

Uno —el que no daba señales de vida— parecía un hombre de unos cincuenta años; el otro, un joven de trece.

Jacques Helloch y Valdez dieron la vuelta al grupo de árboles y se mostraron a diez pasos.

Así que vio a los dos extranjeros, el joven indio se levantó.

El espanto se pintó en su rostro. Dudó un instante, Después de haber levantado por última vez la cabeza del hombre caído al pie del árbol, huyó, sin que el ademán amistoso que le dirigía Valdez consiguiera detenerle.

Ambos se acercaron al caído, se inclinaron sobre él, le enderezaron, escucharon su respiración, le pusieron la mano sobre el pecho...

El corazón no latía... Ningún soplo entreabría sus labios descoloridos.

El indio estaba muerto; muerto no hacía un cuarto de hora, pues su cuerpo no presentaba ni la frialdad ni la rigidez cadavérica.

Bajo su guayuco, manchado de sangre, veíase su pecho, agujereado por una bala a la altura de los pulmones.

Valdez examinó el suelo, y entre la hierba enrojecida encontró un proyectil.

Era la bala de un revólver del calibre de seis milímetros y medio.

—El calibre de los que hay a bordo de la Gallinetta —dijo Jacques Helloch—. Los de la Moriche tienen ocho milímetros. ¿Acaso...? —Y pensó en Jorrés.

—Es preciso que procuremos encontrar al niño —añadió—. Sólo él puede decimos la razón de que este indio haya sido muerto, y tal vez quién es el asesino.

—¿Dónde hallarle? —respondió Valdez—. El miedo le ha hecho emprender la fuga.

—¿No habrá vuelto a la cabaña?

—No es probable.

Valdez no se engañaba. El joven no se había apartado más que un centenar de pasos hacia la izquierda. Desde allí, oculto tras de un árbol, observaba a los dos extranjeros. Cuando comprendió que nada tenía que temer de ellos, cuando vio que prestaban sus cuidados al indio, dio algunos pasos con intención de acercarse.

Valdez le vio, y se dirigió a él. El niño pareció disponerse a huir de nuevo.

—Háblele usted, Valdez —dijo Jacques Helloch.

El patrón de la Gallinetta pronunció algunas palabras en lengua india, llamando al niño y diciéndole que se acercase. Le pidió que les ayudase a transportar al indio a la cabaña.

No sin alguna duda, el niño pareció decidirse. Al espanto que se pintada en su rostro sucedió una expresión de vivo dolor, y algunos gemidos se escaparon de su pecho. Volvió a pasos lentos, y cuando estuvo junto al cuerpo del indio, se arrodilló, derramando abundantes lágrimas.

El joven, de fisonomía dulce y vigorosa constitución, parecía estar enflaquecido por las privaciones y la miseria. ¿Cómo podía ser otra cosa en las condiciones en que vivía en el fondo de aquel bosque desierto, en el interior de aquella cabaña, sin más compañía que la del indio que yacía en el suelo? De su pecho pendía una de esas crucecitas que los misioneros católicos distribuyen entre los prosélitos de las misiones. Parecía inteligente, y como Jacques Helloch hablase a Valdez en español, él dijo que comprendía esta lengua.

Se le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Gomo.

—¿Quién es este indio? 1 —Mi padre.

—¡Infortunado! —exclamó Jacques Helloch—. ¡Es su padre!

Y viendo que el indio lloraba, le cogió una mano, le atrajo a sí y le consoló prodigándole tiernas caricias.

Gomo se tranquilizó. Un seguro instinto le decía que en aquellos extranjeros tenía protectores, amigos. Valdez entonces le preguntó:

—¿Quién ha matado a tu padre?

—Un hombre...; llegó a medianoche. Entró en la casa...

—¿En aquella que está allí? —respondió Valdez señalando a la cabaña.

—Sí; no hay otra en ese lado.

—¿De dónde venía ese hombre?

—No lo sé.

—¿Era un indio?

—No; un español.

—¡Un español! —exclamó Jacques Helloch.

—Sí... Y comprendimos cuanto nos dijo.

—Y ¿qué quería?

—Saber si los quivas habían llegado al bosque de Parima.

—¿Qué quivas? —preguntó Valdez con tanta viveza como su compañero

hubiera podido preguntarlo.

—Los quivas de Alfaniz —respondió Gomo.

—¡La cuadrilla de ese presidiario evadido! —Jacques Helloch añadió en seguida:

—¿Han sido vistos por aquí?

—No lo sé —respondió el niño.

—¿Y has oído decir si se hallaban en el territorio? —No...

—¿Te has encontrado otras veces con ellos? —¡Sí..., sí...!

Y los ojos del niño, en cuyo rostro se pintaba el espanto, se llenaron nuevamente de lágrimas.

Preguntado por Valdez, dijo que aquellos quivas y su jefe habían sorprendido el pueblo de San Salvador, donde vivía su familia, en el Norte de la sierra Parima; que habían asesinado a todos los habitantes; que su madre había perecido, y que su padre y él, que consiguieron salvarse, se habían refugiado en aquel bosque, construyendo la casa donde vivían desde hacía diez meses.

Respecto a la presencia de los quivas en el país, Gomo no podía suministrar informe alguno. Ni él ni su padre sabían si habían sido vistos en los alrededores del Orinoco.

—Y ese español que llegó por la noche a tu casa, ¿os pidió noticias respecto a eso? —preguntó Valdez.

—Sí..., y se encolerizó porque no pudimos responderle.

—¿Permaneció en la casa?

—Hasta la mañana.

—¿Y entonces...?

—Quiso que mi padre le sirviese de guía para conducirlo a la sierra.

—¿Tu padre consintió?

—Rehusó, porque aquel hombre no le inspiraba confianza.

—¿Y el hombre?

—Partió solo, al hacerse de día... cuando vio que no queríamos guiarle.

—¿Ha vuelto, pues?

—Sí..., unas cuatro horas después.

—¿Cuatro horas después? ¿Y por qué motivo?



—Se había extraviado en el bosque. No podía encontrar la dirección de la sierra, y esta vez nos amenazó con su revólver y juró que nos mataría si nos negábamos...

—Y tu padre se vio obligado...

—Sí..., ¡mi padre...!, ¡mi pobre padre! —respondió el niño—. El español le cogió por un brazo..., le arrastró fuera de la casa, le obligó a marchar delante de él... Yo les seguía... Así fuimos durante una hora. Mi padre, que no quería guiar a aquel hombre, daba rodeos, sin alejarse mucho... Yo lo comprendía, pues conozco el bosque, pero también el español acabó por comprenderlo. Se puso furioso... Llenó a mi padre de injurias... Le amenazó nuevamente. Mi padre, colérico, se precipitó contra el español... La lucha no duró mucho. Mi padre no tenía armas. Yo no podía auxiliarle. Sonó un tiro... Mi padre cayó mientras el hombre huía... Levanté a mi padre. La sangre brotaba de su pecho. Ni fuerzas para hablar tenía... Quiso volver a casa... No pudo más que arrastrarse hasta aquí... ¡donde murió!

Y el niño, lleno de ese amor filial que caracteriza a las tribus indígenas del Alto Orinoco, se arrojó llorando sobre el cuerpo del indio.

Fue preciso calmarle, consolarle, y, sobre todo, hacerle entender que su padre sería vengado... Se encontraría al asesino... Se le haría expiar su crimen...

Al oír estas palabras, los ojos de Gomo se abrieron, y a través de las lágrimas brilló el fuego de la venganza.

Jacques Helloch le dirigió una última pregunta.

—¿Has visto bien a ese hombre?

—Sí. Le he visto, y no olvidaré jamás su rostro.

—¿Puedes decimos cómo iba vestido, su estatura, el color de sus cabellos, sus facciones...?

—Iba vestido con una blusa y pantalón de marinero.

—Bien.

—Era un poco más alto que usted —añadió Gomo mirando a Valdez.

—Bien.

—Tenía los cabellos muy negros... Toda la barba, también negra.

—¡Es Jorrés! —dijo Jacques Helloch.

—¡Él es! —dijo Valdez.

Entonces propusieron a Gomo que les siguiera.

—¿Adónde? —preguntó el niño.

—Al río, a la embocadura del río Torrida, donde están nuestras piraguas.

—¿Piraguas? —preguntó Gomo.

—¿No sabíais tú y tu padre que ayer noche llegaron dos falcas?

—No...; pero si el español no nos hubiera obligado a andar por el bosque les hubiéramos encontrado a ustedes a la hora de la pesca.

—Pues bien, hijo mío —dijo Jacques Helloch—, te lo repito, ¿quieres venir con nosotros?

—¿Y me prometen ustedes que buscaremos al hombre que ha matado a mi padre?

—Te prometo que tu padre será vengado.

—Pues voy...

—Ven, pues.

Ambos, llevando a Gomo, volvieron a tomar el camino del Orinoco.

No se abandonaría el cadáver del indio a los dientes de las fieras. Pertenecía a la tribu de los banivas del pueblo de San Salvador, convertidos al catolicismo, y cuya población había sido asesinada por la cuadrilla de los quivas. Así es que Jacques Helloch tenía el propósito de volver por la tarde con algunos marineros a fin de sepultar cristianamente aquel cuerpo.

Gomo les condujo por el camino más corto, y, sin pasar de nuevo por delante de la cabaña, llegaron al campamento media hora después.

Valdez y Jacques Helloch habían convenido no decir una palabra respecto a Jorrés. Lo mejor era callar las relaciones que entre él y Alfaniz existían. Era inútil añadir nuevas preocupaciones a las que ya tenían sus compañeros.

En efecto: la situación se agravaba por el hecho de que el español conociera el lazo de parentesco que unía a Juan con el coronel De Kermor. Alfaniz lo sabría por él, y para satisfacer el odio que contra el coronel sentía procuraría apoderarse de su hijo.

Cierto que los quivas no habían aparecido en las cercanías del río, y esto tranquilizaba, hasta cierto punto, pues de haber sido vistos en la sierra Parima, el indio y su hijo hubieran tenido conocimiento de ello. Jacques Helloch se limitaría a decir que el español, después de su fuga, había tenido una cuestión con el indio, que rehusaba servirle de guía hasta la misión de Santa Juana, y por motivo de aquella disputa había dado muerte al indio.

Aleccionóse a Gomo en esta forma y él lo comprendió, pues sus ojos

brillaban de inteligencia. No hablaría a nadie de los quivas de Alfaniz.

¡Qué sorpresa para el sargento Marcial, para Juan y para Germán Paterne cuando Jacques Helloch les presentó a Gomo al regresar al campamento y les refirió la historia convenida!

Todos hicieron buena acogida al niño, y Juan le atrajo hacia sí y le colmó de caricias cuando supo que aquel pobrecillo estaba ahora solo en el mundo.

¡No le abandonaría...! No. ¡No le abandonaría!

La llegada de Gomo pudo ser considerada como providencial, pues habiéndole Juan preguntado si conocía la misión de Santa Juana:

—La conozco —respondió—. He ido allí varias veces con mi padre.

—¿Y nos conducirás a ella?

—Sí... Sí... Ustedes no son como aquel maldito hombre... que quería tomamos por guías.

A una señal de Valdez, Gomo se guardó de añadir una palabra más.

Respecto al autor del asesinato cometido en la persona del indio, ni Jacques Helloch ni Valdez podían tener la menor duda, según el retrato que el niño había hecho del matador. Y si alguna hubieran tenido, habríase desvanecido cuando se advirtió que un revólver había sido robado de la Gallinetta.

Era el del sargento Marcial.

—¡Mi revólver, robado —exclamó—, y robado por ese bandido, y ha servido para asesinar a ese desventurado indio! ¡Mi revólver, regalo de mi coronel!

El disgusto del sargento fue tan grande como su cólera...

¡Ay de Jorrés si caía en sus manos!

Gomo se mostró muy agradecido a los cuidados de que fue objeto. Después de almorzar terminó la organización del campamento del pico Maunoir, que debía ocupar la tripulación de las falcas, y de los preparativos de viaje, en vista de una separación que podía durar... no se sabía cuánto.

Entretanto, Gomo había sabido por Juan el objeto que sus compañeros perseguían yendo a la misión de Santa Juana.

Su rostro se había alterado.

—¿Va usted a reunirse con su padre? —dijo.

—Sí, hijo mío.

—Usted le volverá a ver..., y yo..., ¡yo no veré jamás al mío...! ¡Jamás!

Por la tarde, Jacques Helloch, Germán Paterne y los marineros de la Moriche abandonaron el campamento y se dirigieron al claro del bosque. Gomo les acompañaba, y Juan obtuvo permiso para ir también.

En media hora se llegó al sitio en que yacía el cuerpo del indio al pie de la palmera. Los tripulantes, que iban provistos de azadones, abrieron una tumba bastante profunda para que las fieras no pudieran llegar al fondo.

En ella depositóse el cadáver, después que Gomo, derramando copioso llanto, abrazó por última vez a su padre.

Llena de tierra la tumba, Juan se arrodilló al borde de ella, junto al niño, y ambos murmuraron la misma oración.

Regresaron al campamento.

Juan no se había fatigado mucho... Aseguraba que las fuerzas no habían de faltarle durante el viaje, y así se lo dijo a Jacques Helloch y al sargento Marcial.

—¡Tengo muchas esperanzas...! —repetía.

Llegada la noche, los pasajeros entraron en el rouf de las piraguas, mientras los marineros se disponían a vigilar en el campamento.

A bordo de la Gallinetta se hizo sitio para Gomo. Pero el pobre niño no pudo dormir, y gruesos suspiros brotaron de su pecho durante toda la noche.

## CAPÍTULO IX

### A TRAVÉS DE LA SIERRA

A las seis de la mañana Jacques Helloch y sus compañeros abandonaron el campamento del pico Maunoir, dejándolo bajo la guardia de Parchal, en quien se podía tener confianza absoluta.

Parchal tenía a sus órdenes a los barqueros de la Gallinetta y de la Moriche, en total quince hombres. Los dos restantes, encargados del transporte de los equipajes, acompañaban a los viajeros. En caso de agresión, si Parchal no estaba en condiciones de defenderse ya contra los indígenas o contra un ataque de Alfaniz, debería abandonar el campamento, y, en cuanto fuera posible, llegar a la misión de Santa Juana. No era dudoso, y Jacques lo creía así, que la misión estaría en condiciones de resistir a los quivas, que infestaban aquella parte del territorio venezolano.

Había hablado con Valdez de este asunto, y en su opinión los buenos auspicios eran más que los malos. Encontrarse con la cuadrilla de Alfaniz hubiera sido la más temible eventualidad en las jornadas a través de los bosques de la sierra Parima. Pero, según la afirmación del joven Gomo, y por lo que su padre había respondido a Jorrés, la tal cuadrilla no se había mostrado en los alrededores de la sierra. Verdad que, yendo más hacia el Norte, el español esperaba evidentemente unirse a aquel Alfaniz, del que tal vez había sido compañero de presidio. En fin, si los quivas no estaban lejos, tampoco lo estaba la misión irnos cincuenta kilómetros solamente, y a razón de veinticinco kilómetros por día, los peatones podrían probablemente recorrer la distancia en dos días y medio. Habiendo partido el 30 de octubre al amanecer, ¿era exagerado pensar que llegarían a Santa Juana en la tarde del primero de noviembre? No, si el mal tiempo no originaba algún retraso.

Así, pues, los viajeros esperaban, si la suerte les favorecía un poco, efectuar su viaje sin ningún encuentro fastidioso.

El destacamento se componía de ocho personas. Jacques Helloch y Valdez iban a la cabeza; después Juan y Gomo, siguiendo la dirección indicada por el joven indio. Seguíanle Germán Paterne y el sargento Marcial, y tras éstos, los dos tripulantes de la Gallinetta llevaban los equipajes, reducidos a lo estrictamente necesario; mantas para las noches, carne en conserva y harina de yuca en cantidad suficiente. Cada uno llevaba su calabaza con aguardiente o tafia.

Seguramente, la caza, abundante en aquellos bosques, hubiera bastado para el alimento de los viajeros. Pero era mejor que no indicasen su presencia por las detonaciones de las armas de fuego.

Si algunos pecaríes o capibaras se dejaban capturar sin necesidad de que se les tirase con bala, serían bien recibidos. De este modo los ecos de la sierra no repercutirían un solo tiro.

Jacques Helloch, el sargento Marcial y Valdez iban armados con sus carabinas, la cartuchera llena y el revólver y el cuchillo al cinto. Germán Paterne había tomado su fusil de caza y su caja de botánica.

El tiempo se prestaba a la marcha. No había amenaza de lluvias ni de tormenta. Elevadas nubes tamizaban los rayos solares. Fresca brisa corría por la cima de los árboles y penetraba a través de las ramas, haciendo volar las hojas secas. El sol subía, ganando la parte Nordeste. A menos que hubiese alguna brusca depresión de la sabana, no se presentaría ningún pantano.

Los viajeros no carecerían de agua. Según Gomo, el río Torrida, a partir de su embocadura sobre el Orinoco, tomaba la dirección de Santa Juana. Era un río torrencial e innavegable, obstruido por rocas graníticas, impracticable para

las falcas y hasta para los botes. Formaba caprichosas revueltas a través del bosque, y los viajeros seguirían su ribera derecha.

Siguiendo las indicaciones de Gomo, después de haber dejado a la izquierda la cabaña abandonada, se dirigieron hacia el Nordeste para cortar oblicuamente los territorios de la sierra.

No se caminaba a gusto por un camino cubierto a veces de espesa colcha de hojas secas, y otras lleno de ramas que los impetuosos huracanes arrancan por centenares. Además, Jacques Helloch tendía más bien a moderar la marcha, a fin de economizar las fuerzas de Juana, y cuando ella le hacía alguna observación con este motivo, el joven respondía:

—Sin duda importa ir de prisa; pero importa más evitar que la fatiga la imposibilite para seguir caminando.

—Me encuentro restablecida, señor Helloch. No tema usted que sea causa de retraso.

—Le suplico a usted, mi querido Juan, que me permita que tome por usted las precauciones que crea necesarias. Oe mi conversación con Gomo he deducido la situación de Santa Juana, y he podido marcar nuestro camino, jornada por jornada, que he calculado cuidadosamente. Si no hay encuentros, y no espero que los haya, no tendremos necesidad de doblar estas jornadas. Sin embargo, si esto es preciso, nos felicitaremos de no haber malgastado nuestras fuerzas, las de usted sobre todo. Mi único disgusto es la imposibilidad de habernos procurado una caballería, lo que hubiera evitado a usted hacer el viaje a pie.

—Gracias, señor Helloch —respondió Juana—. Con sólo esta palabra puedo responder a todo lo que usted hace por mí. Realmente, en vista de tantos obstáculos que vencer, y que no había querido ver al principio. Yo me pregunto cómo el sargento y su sobrino hubieran podido conseguir su objeto si Dios no le hubiera puesto a usted en nuestro camino... Y, sin embargo, usted no debía pasar de San Fernando...

—Yo debía ir donde fuera la señorita De Kermor; y es evidente que, si emprendí el viaje al Orinoco, fue porque debíamos encontrarlos. Sí... Estaba escrito...; y está también escrito que usted confíe en mí para todo lo que concierne al viaje hasta la misión.

—Así lo haré... ¿A qué amigo más seguro podría confiarme?

A mediodía se hizo alto a la orilla del río Torrida, que hubiera sido imposible atravesar. Su anchura no pasaba de cincuenta pies. Ánades y pavas revoloteaban por la superficie. Gomo consiguió matar algunos a flechazos. Fueron reservados para la comida de la tarde, y se contentaron con carne fría y

torta de cazabe.

Tras una hora de descanso, los viajeros se pusieron nuevamente en marcha. Si la pendiente del suelo se acentuaba, el espesor del bosque no disminuía. Siempre los mismos árboles y las mismas zarzas. Costeando el Torrida se evitaban numerosos obstáculos a través de los matorrales, llenos de palmas llaneras. No había duda que al llegar la noche se habría andado, salvo complicaciones, la distancia calculada por Jacques Helloch.

El bosque estaba muy animado. Millares de pájaros volaban de rama en rama, cantando a todo cantar. Los monos hacían cabriolas sobre las ramas, principalmente algunas parejas de esos aluates chillones, que no chillan durante el día, y reservan para la noche o la madrugada sus ensordecedores conciertos. Entre los volátiles, Germán Paterne tuvo la satisfacción de observar bandadas de guácharos o diabolinos, cuya presencia indicaba que se acercaban al litoral del Este. Turbados en su tranquilidad diurna, pues apenas si salen hasta la noche de las anfractuosidades rocosas, refugiábanse en la cima de las matacas, cuyas bayas, febrífugas como la corteza del coloradito, les sirven de alimento.

Otros pájaros también volaban de rama en rama, maestros en el arte de hacer piruetas, los machos haciendo la corte a las hembras. A medida que se avanzase hacia el Nordeste las especies acuáticas serían más raras, pues no se alejan de las riberas del Orinoco.

Germán Paterne vio algunos nidos suspendidos de las ramas por un ligero bejuco, que se balanceaban a manera de columpios. De estos nidos, fuera del alcance de los reptiles, como si hubieran estado llenos de ruiseñores, a los que se hubieran enseñado a solfear la escala, se escapaban bandadas de trupiales, los mejores cantantes del mundo aéreo. Se recordará que el sargento Marcial y Juan los habían ya visto cuando pasaban por los alrededores de Caicara, al desembarcar del Simón Bolívar.

La tentación de apoderarse de uno de aquellos nidos era muy fuerte para que Germán Paterne pudiera resistirse a ella.

Pero en el momento en que se disponía a hacerlo, gritó Gomo:

—¡Tenga usted cuidado! ¡Tenga usted cuidado!

Y en efecto; media docena de trupiales se precipitaron sobre el audaz naturalista, atacándole a los ojos. Preciso fue que Valdez y Gomo acudieran en su auxilio.

—Ten prudencia —le recomendó Jacques Helloch—, y no te expongas a volver tuerto o ciego a Europa.

Germán se dio por advertido.

Era también prudente no rozarse con las malezas que se extienden a la izquierda del río. La palabra miriada no es exagerada cuando se aplica a las serpientes que se arrastran bajo la hierba. Son de temer tanto como los caimanes en las aguas del Orinoco. Si éstos, durante el verano, se hunden en el fondo de los leganales, aún húmedos, y allí duermen hasta la época de las lluvias, los representantes de la herpetología no se duermen bajo las hojas. Están siempre alerta, y varios de ellos fueron vistos, entre otros un trigonocéfaló de dos metros de largo, que Valdez señaló y puso en fuga.

En cuanto a tigres, osos, ocelotes y otras fieras, ni una sola se mostró en las cercanías. Pero, probablemente, al llegar la noche dejarían oír sus rugidos, y sería oportuno vigilar el campamento.

Hasta entonces, pues, Jacques Helloch y sus compañeros habían evitado todo mal encuentro. Ni animales peligrosos, ni malhechores, éstos más temibles que aquéllos. Verdad que, sin haber hablado de Jorrés ni de Alfaniz, Jacques Helloch y Valdez no descuidaban una severa vigilancia. Con frecuencia, el patrón de la Gallinetta, adelantándose al grupo de los viajeros, se alejaba por la izquierda e iba a la descubierta, a fin de impedir toda sorpresa o prevenirse contra una repentina agresión. Después, no observando nada sospechoso, aunque a veces se alejaba más de medio kilómetro, Valdez volvía a ocupar su sitio junto a Jacques Helloch. Un cambio de miradas les bastaba para entenderse.

Los viajeros marchaban en grupo compacto, tanto como lo permitía la anchura del sendero paralelo al río Torrida. Varias veces, sin embargo, fue preciso entrar en el bosque a fin de rodear altas rocas o profundas depresiones. La dirección del río se mantenía siempre hacia el Nordeste, junto a las estribaciones de la sierra Parima. En la otra ribera el bosque se desenvolvía en grupos de árboles, dominados aquí y allí por alguna palmera gigantesca. Más arriba veíase la punta de la montaña, cuya arista septentrional debía unirse al sistema orográfico del Roraima.

Juan y Gomo caminaban juntos, costeano la orilla, bastante ancha, para dar paso a dos personas.

Hablaban de la misión de Santa Juana. Gomo daba detalles muy completos acerca de la fundación del padre Esperante y sobre el padre mismo. Todo lo que al misionero se refería era muy interesante.

—¿Tú le conoces? —preguntó Juan.

—Sí. Le conozco... Le he visto con frecuencia. Durante un año mi padre y yo vivimos en Santa Juana.

—¿Hace mucho?



—No. Antes de la estación de las lluvias del pasado año. Después de la desgracia de nuestro pueblo de San Salvador, saqueado por los quivas..., otros indios y nosotros huimos a la misión.

—¿Y fuisteis recogidos en Santa Juana por el padre Esperante?

—Sí. ¡Un hombre muy bueno! Él quería que nos quedáramos. Algunos se han quedado.

—¿Y por qué partisteis vosotros?

—Mi padre lo quiso... Somos banivas... Deseaba volver a los territorios... Había sido barquero en el río... Yo sabía algo del oficio. Me servía de una pequeña pagaya... A los cuatro años, yo remaba con ella.

Lo que decía el niño no asombraba a Jacques Helloch ni a sus compañeros. Por el relato del viajero francés conocían el carácter de los banivas, los mejores navegantes del Orinoco, desde hacía muchos años convertidos al catolicismo, indios inteligentes y honrados. Por una serie de circunstancias particulares y porque la madre de Gomo pertenecía a una tribu del Este, su padre había fijado su residencia en el pueblo de San Salvador, más allá de las fuentes del río. Y al decidirse a abandonar a Santa Juana obedecía a su instinto, que le arrastraba a volver a los llanos, entre San Fernando y Caicara. Esperaba, pues, una ocasión: la llegada de piraguas, a bordo de las que hubiera podido encontrar trabajo, y mientras esperaba, vivía en aquella miserable casa de la sierra Parima.

¿Y qué hubiera sido de su hijo, después del asesinato cometido por Jorrés, si las falcas no se hubieran visto obligadas a detenerse en el campamento del pico Maunoir?

En todo esto reflexionaba Juana de Kermor escuchando al niño.

Después ella llevaba la conversación sobre Santa Juana, sobre el estado actual de la misión, y más particularmente sobre el padre Esperante. Gomo respondía con seguridad a todas estas preguntas. Hacía el retrato del misionero español, un hombre alto, vigoroso, a pesar de sus sesenta años...; bello..., bello, repetía, con su barba blanca, sus ojos que brillaban como el fuego, tal como le habían pintado Manuel Asunción y el miserable Jorrés. Y entonces, con el espíritu dispuesto para tomar por realidades sus deseos, la joven se veía ya en Santa Juana. El padre Esperante la acogía con los brazos abiertos y le daba los informes que tanto ansiaba. Juana sabía lo que era del coronel De Kermor desde su último paso por San Fernando. Sabía, en fin, donde había ido a refugiarse al abandonar Santa Juana.

A las seis de la tarde Jacques Helloch dio la señal de alto, después de la segunda jornada del día.

Los indios se ocuparon en organizar lo necesario para pasar la noche. El sitio parecía a propósito para ello. Un profundo surco que cortaba la orilla se dibujaba hasta los bordes del río. Sobre esta anfractuosidad enormes árboles inclinaban sus ramas, formando una especie de cortina que caía sobre la roca. En la parte baja había una cavidad, en la que la joven podría tenderse. Con hierbas y hojas secas se le haría un lecho, y en él descansaría tan a gusto como bajo el rouf de la Gallinetta.

Naturalmente, Juana se oponía a que por su causa se tomasen tanto trabajo; pero Jacques no quiso escuchar nada, e invocó la autoridad del sargento Marcial. Preciso fue que el sobrino obedeciera al tío.

Germán Paterne y Valdez prepararon la comida. En el río hormigueaban los peces. Gomo mató algunos con sus flechas, al estilo indio, y fueron asados sobre un fuegucillo encendido en la roca. Con las conservas y las tortas de cazabe, y ayudando el apetito producido por cinco horas de marcha, los comensales reconocieron que no habían hedió comida mejor desde...

—¡Desde la última! —declaró Germán Paterne, para quien toda comida era excelente, a condición de satisfacer el hambre.

Llegada la noche, cada cual fue a escoger su sitio, una vez que Juana se hubo acostado en el fondo de su nicho. Gomo se tendió a la entrada. Como el campamento no podía quedar sin vigilancia, se había decidido que durante la primera, parte de la noche, Valdez permanecería de guardia con uno de sus hombres, y durante la segunda, Jacques Helloch con otro.

Efectivamente, era menester advertir toda aproximación sospechosa del lado del bosque y del lado del río o de la ribera opuesta.

Aunque el sargento Marcial reclamase su parte de guardia, tuvo que consentir en descansar hasta el día. A la siguiente noche se aceptaría su ofrecimiento, como también el de Germán Paterne. Jacques Helloch y Valdez bastarían, relevándose. Así, pues, el sargento fue a recostarse contra la pared, tan cerca de la joven como era posible.

El concierto de las fieras, al que se mezclaba el de los monos chillones, comenzó desde el oscurecer, y no debía terminar hasta las primeras luces del alba.

La mejor precaución para mantener a estos animales a distancia del campamento, hubiera sido encender lumbre y sostenerla toda la noche con leña seca. Pero si este fuego hubiera tenido alejados a los animales, podría atraer a los malhechores, quizás a los quivas, si andaban por las cercanías, y lo más importante era no ser vistos por ellos.

Bien pronto, a excepción de Valdez, apostado en la ribera, y del barquero,

que cerca de él vigilaba, todos dormían.

Hacia la medianoche ambos fueron relevados por Jacques Helloch y el otro de los barqueros.

Valdez no había visto ni oído nada sospechoso. Oír, hubiera sido difícil en medio del tumulto de las aguas del río, chocando contra las rocas de la sierra.

Jacques Helloch obligó a Valdez a que fuera a descansar unas horas y subió hacia el ribazo.

Desde allí, no solamente podía vigilar la orilla del bosque, sino la ribera izquierda del Torrida.

Sentado al pie de un árbol enorme, las reflexiones, los sentimientos de que su espíritu y su corazón estaban llenos, no le impidieron hacer buena guardia.

¿Era juguete de una ilusión? A las cuatro de la mañana, cuando el horizonte del Este comenzaba a blanquear, atrajo su atención cierto movimiento sobre la ribera opuesta, menos escarpada que la ribera derecha. Parecióle que algunas formas se movían entre los árboles. ¿Eran animales? ¿Eran hombres?

Se irguió, trató de ganar la cúspide del ribazo, y logró aproximarse algunos metros hacia la ribera. Allí permaneció inmóvil, mirando...

No vio nada preciso. No obstante, notó alguna animación en la orilla del macizo de la otra ribera. ¿Debía dar la voz de alarma, o, por lo menos, despertar a Valdez, que dormía algunos pasos más allá? Éste fue el partido que tomó, y, tocando al indio en el hombro, hizo que se despertara.

—No se mueva usted, Valdez —le dijo en voz baja—, y observe usted el otro ribazo del río.

Valdez, extendido a lo largo, no tuvo más que volver la cabeza en la dirección indicada. Durante un minuto su mirada escudriñó la parte inferior de aquel oscuro macizo de árboles.

—No me engaño —dijo al fin—, hay tres o cuatro hombres que rondan sobre la ribera.

—¿Qué hacer...?

—No despertemos a nadie. Es imposible atravesar el río por este sitio, y a menos que no haya un vado más arriba...

—Pero ¿y al otro lado? —preguntó Jacques Helloch, señalando al bosque que se extendía hacia el Noroeste.

—Nada he visto..., nada veo —respondió Valdez, que se había vuelto sin levantarse—. Tal vez no hay allí más que dos o tres indios bravos.

—¿Qué habrán venido a hacer esta noche en la ribera? No; para mí es seguro que nuestro campamento ha sido descubierto. Y..., espere usted, Valdez. Uno de esos hombres trata de descender hasta el río...

—En efecto —murmuró Valdez—; y no es un indio. Sólo con verle andar se advierte.

Las primeras luces, después de haber contorneado las lejanas cimas del horizonte, llegaban en aquel momento hasta el lecho del Torrida. Valdez pudo, pues, asegurarse en lo que se refería al hombre visto en el ribazo opuesto.

—Son los quivas de Alfaniz —dijo Jacques Helloch—. Ellos solos tienen interés en asegurarse de si estamos o no acompañados de toda la tripulación de las piraguas.

—Y esto hubiera sido lo mejor —respondió el patrón de la Gallinetta.

—Sin duda, Valdez; pero a menos de ir al Orinoco a buscar refuerzos...

—No. Si hemos sido reconocidos, no es ya tiempo de enviar a uno de nuestros hombres al campamento. Seremos atacados antes de recibir auxilio.

Valdez asió vivamente el brazo de Jacques Helloch, que se calló en seguida.

La luz, más intensa ya, alumbraba las riberas del Torrida, mientras que la anfractuosidad en que dormían Juan, Gomo, el sargento Marcial, Germán Paterne y el segundo barquero, estaba aún envuelta en profunda oscuridad.

—Yo creo... —dijo Valdez—, creo reconocer... ¡Sí...! ¡Mi vista es muy aguda...! No puede engañarme. Reconozco a ese hombre... ¡Es el español!

—¿Jorrés?

—El mismo.

—No se dirá que he dejado escapar a ese miserable.

Jacques Helloch acababa de coger su carabina, colocada junto a él contra una roca, y rápidamente se la echó al hombro.

—¡No, no! —dijo Valdez—. Esto no significaría más que uno menos, y tal vez hay centenares bajo los árboles. Además, les es imposible vadear el río.

—Aquí no pueden —dijo Helloch—; pero más arriba, ¿quién sabe?

Sin embargo, Jacques se rindió a la opinión de Valdez, con tanto más motivo cuanto que el patrón de la Gallinetta era hombre de buen consejo, y poseía las cualidades notables de astucia y prudencia, propias de los banivas.

Por lo demás, Jorres —si era él—, en su deseo de observar desde más cerca el campamento, hubiera arriesgado ser visto. Así es que acababa de

entrar bajo los árboles en el momento en que el marinero, apostado cerca del Torrida, avanzaba como si hubiera notado alguna cosa.

Durante un cuarto de hora, Jacques Helloch y Valdez permanecieron en el mismo sitio, sin hacer movimiento alguno.

Ni Jorrés ni ningún otro se mostraron en la ribera opuesta. Nada pasaba en la orilla de aquel bosque, que comenzaba a despojarse de las sombras.

Pero con la luz creciente, el español —admitiendo que Valdez no se hubiera equivocado— iba a poder reconocer que solamente dos barqueros acompañaban a los pasajeros de las piraguas y advertir la inferioridad de éstos.

¿Cómo continuar el viaje en condiciones de seguridad tan insuficientes?

Se les había descubierto. Se les había espiado. Jorrés acababa de encontrar a Jacques Helloch y a sus compañeros en camino para la misión de Santa Juana. Ahora no perdería sus huellas. Circunstancias de extraordinaria gravedad; y, lo que era aún más grave, el español se había, ciertamente, unido a la cuadrilla de quivas que recorría aquellos contornos a las órdenes del presidiario Alfaniz.

## CAPÍTULO X

### EL VADO DE FRASCAÉS

A las cinco el campamento despertó.

Juana fue la primera que se levantó. Mientras paseaba por la orilla del río, el sargento Marcial, Germán Paterne y Gomo dormían aún envueltos en sus mantas y el sombrero sobre los ojos.

El barquero de guardia se había aproximado a Jacques Helloch y a Valdez, y les hablaba de lo que había observado durante su guardia. Confirmó lo dicho por Valdez. Él también había reconocido a Jorrés en el hombre que rondaba sobre el ribazo.

Jacques Helloch recomendó a ambos que no dijeran nada. Era inútil revelar los peligros de la situación agravada por aquel encuentro. Bastaba que les fuera conocida, y ellos tomarían las medidas que la seguridad de sus compañeros exigía.

Después de reflexiones y argumentos en pro y en contra, se decidió continuar hacia la misión de Santa Juana.

En efecto; si Alfaniz ocupaba los alrededores; si Jacques Helloch y los

suyos debían ser atacados, el ataque se efectuaría lo mismo durante una marcha hacia adelante que durante una marcha hacia atrás. Verdad es que volviendo al Orinoco se estaría a cubierto por el río Torrida, a menos que no fuese franqueable más arriba. En este caso nada impediría a los quivas descender hasta el campamento del pico Maunoir, y no bastaría el esfuerzo del personal de las piraguas para rechazar la agresión.

Por el contrario, marchar hacia Santa Juana presentaba algunas ventajas. En primer lugar, se conservaría la protección del río Torrida mientras no fuera vadeable, y ya se informarían por Gomo de esto. Además, se aproximarían a su objeto, y nada había que temer en Santa Juana con su población, que contaba varios centenares de guaharibos, convertidos en hombres gracias a la abnegación de un misionero. Santa Juana ofrecía refugio seguro contra toda tentativa de Alfaniz.

Era preciso, pues, a costa de lo que fuera, llegar a la misión en el plazo más breve posible, esforzarse en estar en ella antes de la noche próxima, haciendo jornadas dobles. ¿No se podían andar de veinticuatro a treinta kilómetros en veinte horas?

Jacques Helloch volvió al campamento a fin de disponer la inmediata partida.

—Aún duermen, señor Helloch —dijo la joven acercándose a él.

—¡Y usted se ha levantado la primera, señorita Juana! —dijo Jacques—. Voy a despertarles para que nos pongamos en camino.

—¿No ha visto usted nada sospechoso?

—No... nada..., nada; pero partamos. He pensado que, caminando sin detenernos, podríamos, si no esta tarde, por lo menos a la noche llegar a Santa Juana.

—¡Ah, señor Helloch! ¡Qué impaciencia tengo por estar en la misión!

—¿Dónde está Gomo? —preguntó Jacques Helloch.

—Allí..., en ese rincón... El pobre niño duerme profundamente.

—Es menester que yo le hable... Tengo necesidad de algunas noticias antes de partir.

—¿Quiere usted dejarme ese cuidado? —preguntó Juana, y añadió—: Parece usted preocupado esta mañana, señor Helloch. ¿Hay alguna mala noticia?

—¡No...; le aseguro que no!

La joven tuvo deseos de insistir, pero, comprendiendo que esto sería

molesto para Jacques, se dirigió hacia Gomo, al que despertó dulcemente.

El sargento Marcial estiró los brazos, lanzó algunos bostezos sonoros y se puso de pie.

A Germán costó más trabajo despertarle. Envuelto en su manta, con la cabeza apoyada en su caja de herborista a guisa de almohada, dormía como un lirón, animal que tiene fama de ser el mayor durmiente de la Creación.

Entretanto Valdez hacía cerrar los sacos, después de haber retirado los restos de la comida de la víspera reservados para el almuerzo de la mañana. Despertado Gomo, acudió al lado de Jacques, acompañado de Juana, junto a una roca sobre la que el primero había desplegado el mapa del país. Este mapa indicaba los territorios comprendidos entre la sierra Parima y el macizo de Roraima, escalonados por las revueltas del río. Gomo sabía leer y escribir, y estaba en disposición de dar noticiéis bastante precisas sobre aquella comarca.

—¿Has visto alguna vez mapas que representan una región con sus mares, sus continentes, sus montañas y sus ríos? —le preguntó Jacques Helloch.

—Sí, señor... En la escuela de Santa Juana —respondió el muchacho.

—Pues bien: mira éste y tómate el tiempo que necesites para reflexionar. Este gran río, dibujado aquí en semicírculo, es el Orinoco, al que tú conoces...

—¡Que yo conozco y al que amo!

—Sí... Eres un buen muchacho y tienes cariño a tu hermoso río. ¿Ves a su extremidad esta montaña? En ella nace...

—La sierra Parima; lo sé, señor... Aquí están los raudales que he remontado frecuentemente con mi padre.

—Sí... El raudal de Salvaju.

—Y después... hay un pico.

—El pico de Lesseps. Pero no te equivocas. Nosotros no hemos ido tan lejos con nuestras piraguas.

—No... No tan lejos.

—¿Por qué hace usted esas preguntas a Gomo, señor Helloch? —preguntó Juana.

—Deseo estar seguro del curso del río Torrida, y tal vez Gomo podrá darme los detalles que necesito.

La joven lanzó una mirada interrogativa sobre Jacques Helloch, que bajó la cabeza.

—Ahora, Gomo —continuó—, he aquí el sitio en que hemos dejado

nuestras piraguas. Aquí está el bosque donde estaba la casa de tu padre. He aquí la embocadura del río Torrida.

—Aquí... Aquí... —respondió Gomo, colocando el dedo sobre el mapa.

—Ahí mismo, Gomo. Atiende ahora. Voy a seguir el curso del río en dirección a Santa Juana, y tú me advertirás si notas error.

Jacques Helloch paseó su dedo sobre el mapa, dirigiéndole hacia el Nordeste, después de haber rodeado la base de sierra Parima en un espacio de cincuenta kilómetros.

En este punto hizo una cruz con lápiz, y dijo:

—Aquí debe de estar la misión, ¿verdad?

—Sí...; aquí...

—Y el río Torrida baja por aquí...

—Sí... Como está marcado.

—¿Pero no desciende de más arriba?

—De más arriba, ciertamente..., y algunas veces lo hemos remontado más allá...

—Santa Juana se encuentra entonces en la ribera izquierda...

—Tendremos, pues, que atravesarlo, puesto que estamos en la ribera derecha.

—Así será preciso, señor, y es cosa fácil.

—¿Cómo?

—Hay más arriba un paso con rocas donde se puede asentar el pie cuando las aguas están bajas. Un vado llamado el vado de Frascaés.

—¿Conoces ese vado?

—Sí, señor, y antes del mediodía habremos llegado a él.

Como el niño había tenido ocasión de franquear este vado, sus respuestas eran afirmativas, lo que debía alarmar a Jacques Helloch. Si el vado Frascaés permitía a sus compañeros pasar a la ribera izquierda del río Torrida, también permitiría a los quivas pasar a la ribera derecha. Jacques Helloch y sus amigos no estarían resguardados por el río hasta la misión.

Este hecho empeoraba la situación. Sin embargo, no era motivo para retroceder, pues, haciéndolo, las posibilidades de una agresión eran muy grandes. En Santa Juana estarían en seguridad. A Santa Juana convenía, pues, llegar en veinticuatro horas.



—¿Y dices —preguntó Jacques Helloch a Gomo— que al mediodía podemos llegar al vado de Frascaés?

—Si partimos en seguida, sí...

La distancia que separaba al campamento del vado podía ser de unos doce kilómetros. Como se había resuelto apresurar la marcha con la esperanza de llegar a la misión a eso de la medianoche, sería conveniente pasar el vado antes del primer descanso.

Diose la orden de partir. Todo estaba dispuesto: los sacos en los hombros de los dos barqueros; las mantas arrolladas a la espalda de los viajeros; la caja de botánica en el cinto de Germán Paterne; las armas preparadas...

—¿Cree usted, señor Helloch, que será posible llegar a Santa Juana en diez horas...? —preguntó el sargento Marcial.

—Lo espero... Si hace usted buen uso de sus piernas, que en seguida tendrán tiempo sobrado para descansar.

—Por mí no ha de quedar, señor Helloch. Pero él..., Juan...

—Su sobrino —respondió Germán Paterne— batirá el récord... Se le conoce que ha tenido buena escuela... Usted le ha dado piernas de soldado, y tiene el paso gimnástico...

Hasta entonces Gomo ignoraba el lazo de parentesco —parentesco imaginario— que unía al hijo del coronel De Kermor al sargento Marcial.

Así es que, mirando a este último, preguntó:

—¿Es usted su tío...?

—Algo..., pequeño...

—Entonces, ¿el hermano de su padre...?

—Su propio hermano..., y por esto Juan es mi sobrino... ¿Comprendes?

El muchacho inclinó la cabeza en señal de haber comprendido.

El tiempo estaba cubierto. Las nubes corrían bajas empujadas por el viento Sudeste, con serias amenazas de lluvia. Tras el velo gris que formaban desapareció la cúspide de la sierra Parima, y hacia el Sur, la punta del pico Maunoir no aparecía más que a través de los claros de los árboles.

Jacques Helloch dirigió una mirada de inquietud a la parte del horizonte de donde venía el viento. Tras los primeros rayos del sol, el cielo se había ensombrecido por efecto de los vapores que al subir se espesaban.

Si caía una de esas violentas tempestades que con tanta frecuencia inundan las sabanas meridionales, la marcha se retrasaría y sería difícil estar en Santa

Juana en di término fijado.

Los viajeros se pusieron en marcha, volviendo a tomar el sendero entre el río Torrida y la orilla del impenetrable bosque. Iban en el mismo orden que el día anterior; el patrón Valdez y Jacques Helloch a la cabeza. Ambos habían observado por última vez la ribera opuesta.

Estaba desierta. Desiertos también los macizos de árboles que se extendían hacia la izquierda. Ni un ser viviente, a no ser un mundo ensordecedor de pájaros, cuyas melifluas lenguas saludaban al alba con el acompañamiento de los chillones monos.

Animábales a todos la esperanza de llegar a la misión antes de la medianoche. No se conseguiría esto más que a costa de una marcha forzada, brevemente interrumpida por corta parada a mediodía. Convenía, pues, apresurar el paso, y así se hacía sin quejas. Bajo el cielo cubierto de brumas, la temperatura era soportable, feliz circunstancia, pues la orilla del río carecía por completo de árboles.

A veces Jacques Helloch, devorado por la inquietud, se volvía diciendo:

—¿Vamos muy de prisa para usted, mi querido Juan?

—No, señor Helloch, no —le respondía Juan—. No se preocupe usted por mí, ni por mi amigo Gomo, que parece tener piernas de ciervo joven.

—Si fuera preciso, yo estaría esta tarde en Santa Juana —respondió Gomo.

—¡Diablo, buen corredor eres! —exclamó Germán Paterne, que no estaba dotado de tales facultades locomotrices y se quedaba atrás frecuentemente.

Verdad que Jacques Helloch no tenía compasión de él. Le llamaba, le preguntaba, le gritaba:

—Vamos, Germán... Te quedas rezagado.

El otro respondía:

—No estamos más que a una hora.

—¿Qué sabes tú?

Y como Germán Paterne lo ignoraba, no tenía más remedio que obedecer... y obedecía.

Jacques Helloch quedó un instante pensativo al oír la respuesta de Gomo... Aquella tarde podría estar en Santa Juana...

Así, pues, Gomo afirmaba que en seis o siete horas podía haber llegado a la misión. ¿No era una probabilidad de que convenía aprovecharse?

Mientras caminaba, Jacques Helloch hizo conocer a Valdez la respuesta del

muchacho.

—Sí... Dentro de seis o siete horas —dijo— el padre Esperante podría estar prevenido de que nos dirigiáramos a Santa Juana. No vacilaría en enviarnos auxilios... Él mismo vendría, sin duda.

—Es verdad —respondió Valdez—; pero dejar partir a ese niño sería privarnos de nuestro guía... Y creo que, puesto que conoce el país, tenemos necesidad de él.

—Tiene usted razón, Valdez. Gomo nos es necesario, sobre todo para el paso del vado de Frascaés.

—Estaremos allí al mediodía, y franqueado que hayamos el paso..., veremos...

—Sí... Veremos, Valdez... Tal vez el peligro esté en ese vado.

Y ¿quién sabía si a Jacques Helloch y a sus compañeros no les amenazaba un peligro más próximo? Después de reconocer el campamento establecido en el ribazo derecho del Torrida, ¿no había podido Jorrés remontar la ribera izquierda del río con la cuadrilla de Alfanziz? Y pues que los quivas llevaban una delantera de algunas horas, ¿era imposible que hubiesen, ya pasado el vado de Frascaés? Y ahora, ¿no volverían a bajar por la ribera derecha, donde debían encontrar a nuestros viajeros? Esta hipótesis era verosímil.

Sin embargo, a las nueve, Valdez, que se había alejado algunos centenares de pasos, aseguró a la vuelta que el camino, al parecer, estaba libre. Y, realmente, nada indicaba la presencia de los quivas en la ribera opuesta.

Jacques Helloch pensó entonces hacer alto en aquel sitio, después de haber preguntado a Gomo:

—¿A qué distancia estamos del vado?

—A unas dos horas de camino —respondió el muchacho, que no sabía calcular las distancias más que por el tiempo que se tardaba en recorrerlas.

—Descansemos —ordenó Jacques Helloch—, y almorcemos rápidamente con las provisiones que nos quedan. Es inútil encender fuego.

En efecto, hubiera sido indicar su presencia en aquel sitio, reflexión que Jacques Helloch guardó para sí.

—Apresurémonos, amigos míos, apresurémonos —repitió—. Sólo un alto de un cuarto de hora.

¡La joven comprendía demasiado! Jacques Helloch estaba lleno de inquietud, cuya causa ella ignoraba. Indudablemente Juana, en general, sabía que los quivas recorrían aquellos lugares; que Jorrés había desaparecido; pero

no podía sospechar que el español, al remontar el Orinoco a bordo de la Gallinetta, lo hiciese con la intención de reunirse a Alfaniz, ni que existiesen relaciones de remota fecha entre el español y el presidiario de Cayena. En más de una ocasión estuvo a punto de preguntar:

—¿Qué hay, señor Helloch?

Sin embargo, guardó silencio, confiándose a la inteligencia de Jacques, a su valor, a su abnegación y a su deseo de llegar al fin lo más pronto posible.

Almorzaron rápidamente. Germán Paterne, que hubiera prolongado más tiempo el almuerzo, hizo a mal tiempo buena cara, o más bien buen estómago.

A las nueve y quince, cerrados y cargados los sacos, continuaron su camino, en el mismo orden que antes.

El bosque se extendía sin discontinuidad sobre la orilla derecha del río Torrida; pero la izquierda tenía entonces aspecto muy diferente. En esta parte los árboles sólo presentaban grupos esparcidos por la superficie de los llanos, tapizados de espesa hierba, que también cubría los flancos de la sierra hasta la cima.

El ribazo opuesto, además, llegaba casi al nivel del río, y era, pues, fácil dominar con la mirada una vasta extensión de terreno que carecía de la espesa cortina de árboles. Después de haber tenido la sierra al Nordeste, desde la víspera estaba al Sur.

Jacques Helloch y Valdez no dejaban de observar ansiosamente la otra orilla, sin descuidar tampoco la que seguía remontando el río.

Nada sospechoso todavía.

¿Tal vez los quivas esperaban a los viajeros en el vado de Frascaés?

A la una de la tarde, Gomo señaló a algunos centenares de pasos un ángulo del río, que, ensanchándose al Este, desaparecía tras un macizo de desnudas rocas.

—Allí es —dijo.

—¿Allí? —respondió Jacques Helloch, haciendo a sus compañeros señal para que se detuvieran.

Y aproximándose para reconocer el río Torrida, notó que el lecho de éste estaba lleno de piedras y arena, entre las que no corrían más que delgados hilos de agua, que se podían vadear fácilmente.

—¿Quiere usted que me adelante para examinar los alrededores del vado? —propuso Valdez a Jacques Helloch.

—Hágalo usted, Valdez; pero, por prudencia, no se aventure al otro lado, y

regrese en cuanto haya visto si el camino está libre.

Valdez partió, y minutos después se le perdió de Vista al dar la vuelta al río.

Jacques Helloch y sus compañeros esperaron junto al ribazo, formando grupo. Germán Paterne se sentó sobre la hierba.

Por dueño que de sí mismo fuera Jacques Helloch, no conseguía disimular su inquietud.

Gomo preguntó entonces:

—¿Por qué no continuamos?

—Sí... ¿por qué? —preguntó Juana—. Y ¿por qué Valdez ha ido delante?

Jacques Helloch no respondió. Se separó del grupo y dio algunos pasos en dirección al río, impaciente por observar desde más cerca la orilla izquierda.

Transcurrieron cinco minutos, de esos que parecen durar tanto como horas.

Juana se había acercado a Jacques Helloch.

—¿Por qué no vuelve Valdez? —preguntó, procurando leer en los ojos del joven los pensamientos de éste.

—No puede tardar —se contentó con responder Jacques Helloch.

Pasaron otros cinco minutos..., luego otros cinco... Ni una palabra se pronunció en este tiempo.

Valdez había tenido tiempo de ir y volver... y no aparecía.

Sin embargo, no se había oído ningún grito ni nada que pudiera inspirar alarma.

Jacques Helloch tuvo bastante imperio sobre sí mismo para esperar cinco minutos más.

Seguramente no había mayor peligro en ganar el vado de Frascaés que en permanecer en aquel sitio lo mismo que en retroceder. Si los viajeros habían de ser atacados, lo mismo lo serían más arriba que más abajo.

—Marchemos —dijo al fin Jacques Helloch.

Se puso a la cabeza de sus compañeros, y éstos le siguieron sin preguntar nada. Subieron por el ribazo durante unos trescientos pasos, y llegaron al codo del río Torrida. Por este punto era preciso descender al vado.

Cinco pasos más allá, Gomo se dejó deslizar y llegó hasta las primeras rocas mojadas por la corriente.

De repente, tumultuosos gritos estallaron en el ribazo izquierdo al que iban

a llegar Jacques Helloch y sus compañeros.

Un centenar de quivas, corriendo de todos lados, se precipitaban al través del vado y blandían sus armas lanzando gritos de muerte.

Jacques Helloch no tuvo tiempo para defenderse a tiros. ¿Ni qué podrían su escopeta y las de Germán Paterne y el sargento Marcial? ¿Qué hubieran podido las pistolas de los barqueros contra aquellos cien hombres que ocupaban y cerraban el vado de Frascaés?

Rodeados en un instante los viajeros, se vieron en la imposibilidad de rechazar la agresión.

En este momento, Valdez apareció en mitad de un grupo de quivas que vociferaban.

—¡Valdez! —exclamó Jacques Helloch.

—Estos indecentes me han cogido como en una gazapera —respondió el patrón de la Gallinetta.

—¿Y con quién tenemos que entendérmolas? —preguntó Germán Paterne.

—Con la cuadrilla de los quivas —respondió Valdez.

—Y con su jefe —añadió una voz amenazadora.

El hombre que pronunció estas palabras estaba de pie sobre el ribazo; junto a él había tres individuos que no eran de raza india.

—¡Jorrés! —exclamó Jacques Helloch.

—Llámeme por mi nombre... ¡Alfaniz!

—¡Alfaniz! —repitió el sargento Marcial.

Y su mirada y la de Jacques Helloch, llenas de espanto, se fijaron en la hija del coronel De Kermor.

Jorrés era aquel Alfaniz que se había evadido del presidio de Cayena con tres presidiarios, cómplices suyos.

Después de haber reemplazado al jefe de los quivas, Meta Serrapia, muerto por la milicia de Venezuela, el español recorría desde hacía más de un año la sabana.

Cinco meses antes, aquellos quivas habían formado el proyecto de volver a los territorios del Oeste del Orinoco, de los que habían sido arrojados por las tropas colombianas.

Pero antes de abandonar las regiones montañosas del Roraima, su nuevo jefe quiso efectuar un reconocimiento en aquella parte del río. Separóse, pues,

de la cuadrilla y bajó a los llanos, llegando hasta San Fernando de Atabapo, después de haber pasado por el rancho de Carida, donde el indio bare afirmaba, con razón, haberle visto. Esperaba en San Fernando ocasión para volver a las fuentes del Orinoco, cuando las piraguas Gallinetta y Moriche se preparaban para partir hacia la misión de Santa Juana.

Alfaniz, conocido únicamente por el nombre de Jorrés, pretextando el deseo de volver a la misión, ofreció sus servicios al patrón de la Gallinetta, que reclutaba gente para aumentar su tripulación, y, como se sabe, fue aceptado para desgracia de los que iban a aventurarse por el curso del río.

Al mismo tiempo que Alfaniz tenía la posibilidad de encontrar a los quivas, satisfaría al fin el odio que sentía por el coronel De Kermor.

En efecto; había sabido que aquel joven que iba a bordo de la Gallinetta con el sargento Marcial iba en busca de su padre, cuyo testimonio ante la Audiencia del Loira inferior había producido su condena a cadena perpetua y su envío al presidio de Cayena.

¿No era ésta la ocasión inesperada de apoderarse del joven, tal vez del mismo coronel si se encontraban huellas suyas en la misión de Santa Juana, y en todo caso de vengarse en el hijo en defecto del padre?

Lo demás se sabe. La noche que pasó en tierra en Yaname, encontró a uno de sus cómplices, y Alfaniz huyó cuando las piraguas llegaron al campamento del pico Maunoir. Después de asesinar al indio que rehusaba servirle de guía, había remontado el río Torrida, atravesado el vado de Frascaés y reunídose, al fin, con los quivas.

Ahora, teniendo a Jacques y a los compañeros de éste a su merced, el miserable esperaba apoderarse de las piraguas en su sitio de escala en el Orinoco.

El hijo, o, mejor dicho, la hija del coronel De Kermor estaba en su poder.

## **CAPÍTULO XI**

### **LA MISIÓN DE SANTA JUANA**

Trece años antes del comienzo de esta historia, la región que atraviesa el río Torrida no poseía ni una aldea, ni un rancho.

Apenas si los indios la recorrían cuando la necesidad les obligaba a trashumar sus ganados. En la superficie de estos territorios no había más que vastas llanuras, fértiles pero incultas, impenetrables bosques, pantanos

inundados en el invierno. Nada más que fieras, ofidios, monos, volátiles, sin olvidar los insectos, y particularmente los mosquitos, representaban la vida animal en aquellas comarcas aún casi desconocidas. Era, realmente, el desierto, en el que no se aventuraban nunca ni los mercaderes ni los exploradores de la República venezolana.

Elevándose algunos kilómetros al Norte y al Nordeste, se vería uno perdido en la superficie de una extraordinaria región que se unía tal vez a la de los Andes, antes que los grandes lagos se hubieran vaciado a través de una incoherente red de arterias fluviales en las profundidades del Atlántico. País quebrado donde las aristas se confunden y los relieves parecen estar en desacuerdo con las lógicas de la Naturaleza, hasta en sus caprichos hidrográficos y orográficos; área inmensa, generadora inexpugnable de aquel Orinoco que envía al Norte y de su río Blanco que vierte al Sur, dominada por el imponente macizo de Roraima, cuya cima, no violada hasta entonces, debían conquistar Im Thurn y Perkin algunos años más tarde.

Tal era aquella porción lejana de Venezuela, su inutilidad, su abandono, cuando un extranjero, un misionero, emprendió la tarea de transformarla. Los indios esparcidos por el territorio pertenecían en su mayor número a la tribu de los guaharibos. Por costumbre vagaban por los llanos y por el interior de los profundos bosques, en el Norte del ribazo derecho del Orinoco. Eran miserables salvajes a los que no había llegado el aliento de la civilización. Apenas si tenían algunas cabañas para albergarse, harapos de corteza para cubrir sus cuerpos. Vivían de raíces, de los frutos de las palmeras y de hormigas, sin que supieran extraer el cazabe de la yuca, que constituye la base de la alimentación de la América Central. Parecían estar en el último grado de la escala humana, y eran de pequeña estatura, delgados, con el estómago prominente, propio de los geófagos, y, en efecto, durante el invierno veíanse reducidos a alimentarse con tierra. Sus cabellos algo rojizos, que caían sobre sus hombros; su fisonomía, donde, no obstante, un observador hubiera notado cierta inteligencia en estado rudimentario, su color menos fuerte que el de los otros indios, quivas, siaroas, bares, mariquitares, banivas, todo les relegaba al último lugar en las razas más inferiores. Y estos indígenas tenían tal fama de terribles, que sus congéneres no se atrevían casi a aventurarse por aquellos territorios, y se decía que eran tan aficionados al saqueo y a la matanza que los mercaderes de San Fernando no osaban llegar más allá del Ocamo o del Mavoca.

Tal era la detestable reputación de que aún gozaban los guaharibos hacía cinco o seis años, cuando Chaffanjon, desdeñando el terror de sus barqueros, no dudó en proseguir su navegación hasta las fuentes del río. Pero después de haberlos encontrado en la altura del pico Maunoir, condenó aquellas acusaciones mal fundadas contra pobres indios inofensivos.



En aquella época, en que ya gran número de ellos, reunidos a la voz del misionero español, formaban el origen de la misión de Santa Juana, la religión había penetrado en aquellos espíritus, gracias a la abnegación del apóstol que les consagraba su vida y les sacrificaba todas las alegrías de su existencia.

El padre Esperante tuvo el pensamiento de aplicar toda su alma a la obra de regenerar a los desdichados guaharibos, y con tal objeto se instaló en lo más profundo de la sabana de sierra Parima. Resolvió fundar un pueblo que con ayuda del tiempo iría en aumento. No creía emplear más generosamente el resto de su fortuna que aplicándola a aquella caritativa empresa, edificándola sobre tan sólidos cimientos que no corriese el riesgo de hundirse tras él. Por toda compañía, al llegar a aquel desierto, el padre Esperante, no tenía más que un joven llamado Angelos. Este novicio de las misiones extranjeras, de veinte años de edad, estaba, como el padre Esperante, inflamado de celo apostólico que realizó milagros y prodigios. Ambos, a costa de muchas dificultades y peligros, sin desfallecer, sin retroceder nunca, habían creado, desarrollado y organizado la misión de Santa Juana. Habían regenerado la tribu en el doble aspecto moral y físico, constituido una población que, entonces, alcanzaba a mil habitantes, comprendiendo los de los llanos de las cercanías.

Estaba la misión a unos cincuenta kilómetros al Nordeste de las fuentes del río y de la embocadura del Torrida. El sitio era hermoso: el suelo de asombrosa fertilidad y lleno de los árboles más útiles, entre otros esas marimas cuya corteza forma una especie de fieltro natural, bananos, plátanos, cafetales, que se cubren a la sombra de los grandes árboles de flores rojas, caucho, cacao, y además campos de caña de azúcar y zarzaparrilla, plantaciones de ese tabaco del que se saca el «cura nigra» para el consumo local, y el «cura seca», mezclado con salitre, para la exportación; habas toncas que son muy buscadas; sarrapias, cuyas vainas sirven como drogas. Un poco de trabajo, y aquellos campos iban a producir en abundancia raíces de yuca, cañas de azúcar y maíz, que da cuatro cosechas al año con cerca de cuatrocientos granos por cada uno sembrado.

El suelo de esta comarca poseía tan maravillosa fertilidad, que el buen método del cultivo debían aumentar, porque estaba aún virgen. Nada se había gastado de su poder vegetal. Numerosos arroyos corrían por su superficie, hasta en el estío, e iban a arrojarse en el río Torrida, que durante el invierno aportaba gran tributo de agua al lecho del Orinoco.

En la ribera izquierda de este río se establecieron las primeras casas de la misión. No eran simples cabañas, sino casas que valían lo que las mejores de las construidas por los banivas o los mariquitares. Urbana, Caicara, San Fernando de Atabapo, hubieran podido envidiar sus sólidas y cómodas habitaciones.

El pueblo estaba situado junto a un cerro separado de la sierra Parima, y cuyo declive, en su parte baja, se prestaba para una instalación agradable y sana.

Al pie de un talud, bajo la sombra de un fresco morichal, se elevaba la iglesia de Santa Juana, de sencillo estilo, y cuya piedra fue suministrada por las canteras de la sierra.

La iglesia, actualmente, es pequeña para el número de fieles atraídos por los sermones del padre Esperante y las ceremonias del culto católico, entonces que poco a poco la lengua española sustituía al idioma de los guaharibos. Y, además, algunos blancos, unos cincuenta, de origen venezolano, habían ido a vivir a la misión, siendo bien acogidos por el jefe de ésta.

Por el Orinoco, llegaba de año en año todo lo que había exigido la creación de aquel pueblo, y se comprenderá que su nombre se extendiese hasta San Fernando, y después hasta Ciudad-Bolívar y Caracas. ¿Y por qué el Congreso no había de estimular una obra en tan alto grado civilizadora que debía dar valor a aquellos territorios inútiles, elevar intelectualmente a tribus cuya degeneración y miseria hubieran bien pronto producido su desaparición?

Cuando del pequeño campanario, que se alzaba entre los árboles, se escapaban los sonidos de la campana, ¿quién no hubiera admirado el apresuramiento con que a la iglesia acudían aquellos indígenas, decentemente vestidos y respirando buena salud? Hombres, mujeres, niños y viejos se agrupaban en torno del padre Esperante, y en la viva expresión de su agradecimiento se hubieran con gusto arrodillado como al pie de la iglesia, ante el presbiterio elevado en la base del cerro en medio de un macizo de palmeras. Eran felices, sus familias prosperaban, vivían a gusto, y cambiaban con provecho los productos de su suelo por los productos manufacturados que provenían del curso inferior del Orinoco, y su situación no cesaba de mejorar ni de aumentar su bienestar. De aquí que otros llaneros llegasen a la misión y que se construyeran nuevas casas. El pueblo crecía, extendiéndose por el bosque que le rodeaba con su eterna verdura. Los cultivos aumentaban sin que hubiera el temor de que faltase el suelo, puesto que puede decirse que las sabanas del Orinoco no tienen límites.

Fuera error suponer que el establecimiento de la misión de Santa Juana no había estado en ocasiones sometido a rudas pruebas. Sí. Se había desarrollado a costa de admirable abnegación, de perseverantes esfuerzos. Al principio, ¡qué peligros más grandes! Había sido preciso defender el pueblo naciente contra tribus envidiosas, arrastradas por sus instintos de matanza y pillaje. La población se había visto en el caso de rechazar ataques que amenazaban destruir la obra en sus comienzos. Para resistir a las cuadrillas que vagaban a través de la curva del Orinoco o que bajaban de las cordilleras del litoral, se

tomaron las más urgentes medidas. El misionero se reveló entonces como hombre de acción y sus ánimos igualaron a su talento de organizador.

Todos los guaharibos que estaban en la plenitud de su vida fueron regimentados, disciplinados, instruidos en el manejo de las armas. Actualmente, una compañía de cien hombres, provistos de fusiles modernos, con municiones, hábiles tiradores —pues poseían la precisión de vista del indio—, daban seguridad a la misión y no dejaban probabilidad de éxito a una agresión que no podía cogerles desprevenidos.

¿No se había tenido la prueba de ello un año antes, cuando Alfaniz, sus cómplices del presidio y sus aliados los quivas se habían lanzado sobre el pueblo? Aunque fuesen iguales en número, cuando el padre Esperante les combatió al frente de sus soldados, los bandidos experimentaron sensibles pérdidas, mientras las de los guaharibos fueron pocas.

Precisamente después de este desastre, los quivas pensaron en abandonar el país y ganar los territorios situados al Oeste del Orinoco.

Por lo demás, la misión de Santa Juana estaba organizada, tanto para la defensiva como para la ofensiva. No significaba esto que entrase en las miras del padre Esperante ejecutar actos de conquista, puesto que el territorio de que disponía era suficiente para su objeto; pero no quería que cuadrillas de malhechores de la peor especie pudiesen atacar al pueblo sin salir escarmentados. Así es que, con objeto de prevenir todo peligro, había procedido como militar. Y, realmente, ¿un misionero no es un soldado...? Y si tiene el deber de sacrificar su vida, ¿no tiene también el de defender a los fieles que se alistan en derredor suyo bajo la enseña del cristianismo?

Hemos hablado antes de los cultivos que contribuían en mucho a la prosperidad de la misión de Santa Juana. No eran éstos, sin embargo, las únicas fuentes de su riqueza. Con los campos sembrados de cereales confinaban numerosas planicies, donde pastaban rebaños de bueyes y vacas, cuya alimentación estaba asegurada con la hierba de la sabana. Esto constituía una importante rama de comercio, como sucede en todas las provincias de la República de Venezuela. Además, los guaharibos poseían gran número de caballos que en otra época existían por millares en torno de los ranchos, y muchos de ellos eran utilizados en el transporte y en las excursiones de los guaharibos, que pronto llegaron a ser excelentes jinetes. De aquí los frecuentes reconocimientos que podían extenderse a las cercanías del pueblo.

Era el padre Esperante tal como le habían pintado Mirabal, el joven Gomo y el falso Jorrés. Su rostro, su actitud, sus ademanes indicaban al hombre de acción, de enérgica voluntad, al jefe que tiene la costumbre del mando. Poseía la energía que jamás desmaya, guiada por poderosa inteligencia. Su mirada firme y tranquila se impregnaba en una expresión de perfecta bondad, indicada

por la sonrisa permanente de los labios que dejaba entrever una barba blanca por el transcurso de los años. Era valiente y generoso, dos cualidades que frecuentemente van unidas. Por más que hubiera pasado de los sesenta años, su elevada estatura, sus anchas espaldas, su tórax desarrollado y sus robustos miembros, daban indicio de gran resistencia física, a la altura de su fuerza intelectual y moral.

Nadie sabía cuál había sido la vida del misionero antes de dedicarse a aquel apostolado tan rudo. Sobre este asunto él guardaba silencio absoluto. Pero en la nube de tristeza que velaba a veces su rostro, se comprendía que llevaba consigo los dolores de un inolvidable pasado.

Conviene advertir que el padre Esperante había sido animosamente secundado en su empresa por el hermano Angelos, devoto del primero en cuerpo y alma, y que tenía el derecho de reivindicar gran parte del éxito de la obra.

Al lado de éstos, algunos indios elegidos entre los mejores concurrían a la administración del pueblo. Verdad que se podía decir que el padre Esperante, alcalde y sacerdote, bautizando a los niños, bendiciendo matrimonios y auxiliando a los moribundos, concentraba en sí todos los servicios de la misión.

¿Y no debía verse pagado de todas sus fatigas al observar el grado de prosperidad a que su obra había llegado? Si los sucesores del misionero continuaban el camino por él trazado, ¿no estaba asegurada la vida de aquella creación?

Desde el ataque de los quivas nada había turbado la tranquilidad de los habitantes de Santa Juana, y nada hacía temer que se verificase otra agresión.

A las cinco de la tarde del primero de noviembre, al siguiente día de cuando Jacques Helloch y sus compañeros habían caído en manos de Alfaniz, un comienzo, si no de pánico, de inquietud al menos, se manifestó en el pueblo.

Un joven indio acababa de ser visto corriendo por la sabana del Suroeste, con toda la rapidez que sus piernas le permitían, como si fuera perseguido.

Algunos guaharibos salieron de sus casas, y así que el indio les vio, gritó:

—¡El padre Esperante! ¡El padre Esperante!

Un instante después, el hermano Angelos le introducía en la habitación del misionero.

Éste reconoció en seguida a aquel niño, que había frecuentado con asiduidad la escuela de la misión cuando habitaba con su padre en Santa Juana.

—¿Tú, Gomo? —dijo.

Éste apenas podía hablar.

—¿De dónde vienes?

—Me he escapado... Desde esta mañana he corrido... para llegar aquí...

El aliento le faltaba al niño.

—Descansa, hijo mío —dijo el misionero—. Estás medio muerto de fatiga...

—¿Quieres comer?

—Antes tengo que decirle a usted por qué vine. Le pido auxilio.

—¿Auxilio?

—Los quivas están allá abajo. A tres horas de aquí... En la sierra... Por la parte del río...

—¿Los quivas? —exclamó el hermano Angelos.

—Y su jefe también —añadió Gomo.

—¡Su jefe! —repitió el padre Esperante—. Ese presidiario evadido..., ese Alfaniz...

—Se ha reunido a ellos hace pocos días... y anteanoche han atacado a algunos viajeros que yo guiaba hacia Santa Juana.

—¿Viajeros que venían a la misión?

—Sí, padre, viajeros franceses.

—¡Franceses!

El rostro del misionero se cubrió de súbita palidez; después, sus párpados se cerraron por un instante.

Tomó la mano del joven, le atrajo a su pecho, y, mirándole:

—¡Di cuanto sepas! —exclamó con voz que involuntaria emoción hacía temblar.

Gomo añadió:

—Hace cuatro días, en la casa que mi padre y yo habitábamos junto al Orinoco, entró un hombre... Nos preguntó dónde se encontraban los quivas y si queríamos conducirlo allí... Éstos son los que han destruido nuestro pueblo de San Salvador... Los que mataron a mi madre... Mi padre rehusó, y de un pistolazo fue muerto.

—¡Muerto! —murmuró el hermano Angelos.

—Sí... Por el hombre... Por Alfaniz...

—¡Alfaniz! ¿Y de dónde venía ese miserable? —preguntó el padre Esperante.

—De San Fernando.

—¿Y cómo había remontado el Orinoco?

—En calidad de barquero, bajo el nombre de Jorrés..., a bordo de una de las dos piraguas que conducían a los viajeros...

—¿Y dices que esos viajeros son franceses?

—Sí... Franceses..., que no han podido navegar más allá del río Torrida... Dejaron sus piraguas en la embocadura, y uno de ellos, el jefe, acompañado del patrón de una de las falcas, me encontró en el bosque junto al cuerpo de mi padre. Tuvieron lástima de mí, me hicieron ir con ellos..., enterraron a mi padre. Después se ofrecieron a conducirme a Santa Juana... Partimos, y anteayer llegamos al vado de Frascaés, donde los quivas nos han atacado y hecho prisioneros.

—¿Y después? —preguntó el padre Esperante.

—¿Después? Los quivas se han dirigido por el lado de la sierra, y hasta esta mañana no he podido escapar.

El misionero había escuchado al joven con gran atención. El brillo de sus ojos indicaba la cólera que sentía contra aquellos bandidos.

—Has dicho, hijo mío —preguntó por tercera vez—, que estos viajeros son franceses.

—Sí..., padre.

—¿Cuántos son?

—Cuatro...

—¿Y les acompañaban...?

—El patrón de una de las piraguas..., un baniva, llamado Valdez, y dos barqueros que llevaban los equipajes.

—¿Y venían...?

—De Bolívar, de donde habían partido hace dos meses para ir a San Fernando, a fin de remontar el río hasta la sierra Parima.

El padre Esperante, abismado en sus reflexiones, guardó silencio durante algunos momentos. Después preguntó:

—¿Has hablado de un jefe?

—Sí... Uno de los viajeros...

—¿Cómo se llama?

—Jacques Helloch.

—Tiene un compañero...

—Que se llama Germán Paterne, y se ocupa en buscar plantas en la sabana.

—¿Y quiénes son los otros dos viajeros?

—En primer lugar, un joven que me ha demostrado mucho cariño... y al que quiero mucho.

El rostro de Gomo expresó la más viva gratitud.

—Ese joven —añadió— se llama Juan de Kermor.

Al oír este nombre, el misionero se levantó y su actitud fue la de un hombre que está en el último grado de la sorpresa.

—¡Juan de Kermor! —repitió—. ¿Ése es su nombre?

—Sí... Juan de Kermor.

—¿Y dices que ese joven ha venido de Francia con los señores Helloch y Paterne?

—No, padre. Según mi amigo Juan me ha contado, se han encontrado en el camino... En el Orinoco... En Urbana...

—¿Y han llegado a San Fernando?

—Sí... Y desde allí han continuado juntos hacia la misión.

—Y ¿cuál es el objeto del viaje de ese joven?

—Va en busca de su padre.

—¿Su padre...? ¿Has dicho su padre?

—Sí... El coronel De Kermor.

—¡El coronel De Kermor! —exclamó el misionero.

Y quien en aquel momento le observara, hubiera visto que a la sorpresa que desde el primer momento manifestó, uníase ahora emoción extraordinaria. Por enérgico, por dueño de sí que fuese, el padre Esperante, abandonando la mano del niño, iba y venía por la sala, víctima de una turbación que no podía contener.

Al fin, tras supremo esfuerzo de voluntad, se calmó, y, volviendo a sus preguntas, dijo:

—¿Por qué Juan de Kermor viene a Santa Juana?

—Con la esperanza de obtener nuevas noticias que le permitan encontrar a su padre.

—¿No sabe, pues, dónde está?

—No. Hace catorce años que el coronel De Kermor abandonó Francia por Venezuela, y su hijo no sabe dónde está.

—¡Su hijo...! ¡Su hijo! —murmuró el misionero, pasándose la mano por la frente como si quisiera reavivar sus recuerdos.

Luego, dirigiéndose a Gomo, dijo:

—¿Y ha partido solo..., solo para tal viaje?

—No.

—¿Quién le acompaña?

—Un viejo soldado.

—¿Un viejo soldado?

—Sí... El sargento Marcial.

—¡El sargento Marcial! —repitió el padre Esperante.

Y esta vez, a no sujetarle el hermano Angelos, hubiera caído como herido por un rayo sobre el suelo de la habitación.

## CAPÍTULO XII

### EN CAMINO

Socorrer a aquellos franceses prisioneros de los quivas, no era cosa que permitiera dudas después de las precisas respuestas del joven indio.

El misionero se hubiera, pues, puesto en camino aquella misma tarde, y se hubiera arrojado al través de la sabana, de saber en qué dirección efectuar sus pesquisas.

En efecto. ¿Dónde se encontraba actualmente Alfaniz...? ¿Cerca del vado de Frascaés...? No... Según afirmaba Gomo, había abandonado este sitio al siguiente día del ataque. Además, su interés le exigía alejarse de Santa Juana, sepultarse en medio de los bosques vecinos de la sierra, tal vez también volver al Orinoco, a la embocadura del Torrida, para apoderarse de las piraguas y tripulaciones de éstas.



El padre Esperante comprendió que era preciso reconocer detenidamente la situación antes de ponerse en campaña.

A las seis, dos indios montaron a caballo y se dirigieron hacia el vado de Frascaés.

Tres horas después estaban de vuelta, sin haber encontrado huella de los quivas.

¿Habían atravesado el río Alfanz y su cuadrilla para llegar a los bosques del Oeste, o bajarían hacia la sierra Parima, para llegar por el ribazo izquierdo del río al campamento del pico Maunoir?

Otros dos indios abandonaron la misión con la orden de observar la sabana por la parte de las fuentes del Orinoco, pues era fácil que Alfanz hubiera bajado directamente hacia el río.

Al amanecer, estos dos indios regresaron a Santa Juana, después de haber desarrollado sus pesquisas en una extensión de veinticinco kilómetros.

No habían visto a los quivas, pero, al menos, sabían por algunos indios bravos, encontrados en la sabana, que la cuadrilla iba hacia la sierra Parima. Alfanz intentaba, pues, llegar al nacimiento del Orinoco, con la intención de caer sobre el campamento del pico Maunoir. En la sierra Parima era, pues, preciso sorprenderle, y con la ayuda de Dios se libraría al fin al territorio de aquella cuadrilla de indios y presidiarios.

Aparecía el sol cuando el padre Esperante abandonó la misión.

Su tropa se componía de un centenar de guaharibos, especialmente ejercitados en el manejo de las armas modernas. Estos valientes sabían que marchaban contra los quivas, enemigos suyos de remota fecha, y no sólo para dispersarlos, sino para destruirlos hasta el último de ellos.

Una veintena de estos indios iban a caballo escoltando a algunas carretas que conducían víveres para varios días.

El pueblo había quedado bajo la autoridad del hermano Angelos, que se pondría en comunicación con los expedicionarios por medio de correos.

El padre Esperante, a caballo, al frente de su tropa, habíase vestido con traje más cómodo que el de un misionero. Cubría su cabeza con un casquete de tela, sus pies con botas; una escopeta de dos cañones pendía de su silla, y al cinto llevaba un revólver.

Mostrábase silencioso y pensativo, lleno de inexplicable quebrantamiento moral, que se esforzaba en ocultar. Las revelaciones hechas por Gomo se confundían en su espíritu.

Estaba como un ciego al que se hubiera vuelto la luz y que se hubiera

olvidado de ella.

Al salir de Santa Juana los expedicionarios tomaron a través de la sabana, dirigiéndose al Sudeste, planicie de vegetación arborescente, de numerosos chaparros y palmeras enanas, agitadas por el viento. Aquellos indios, acostumbrados a caminar, avanzaban rápidamente, y los que iban a pie no se quedaban atrás de los jinetes.

El sol se inclinaba gradualmente. Las partes cenagosas de la sierra Parima —pantanos que no se debían llenar más que en la estación lluviosa—, solidificadas entonces por el calor, ofrecían una superficie resistente, que permitía pasar por ellas sin tener que rodeadas.

El camino formaba casi un ángulo agudo con el que Gomo había seguido guiando a Jacques Helloch y a sus compañeros. Era el más corto entre la misión y el macizo de la Parima. En algunas huellas recientes se conocía que numerosas personas lo habían recorrido pocos días antes.

Los guaharibos se alejaban, pues, del río Torrida, que corría hacia el Sudeste. Su itinerario encontraba varios afluentes de poca importancia en la ribera izquierda. Secos ahora, no presentaban obstáculos. Solamente hubo necesidad de evitar algunos arroyos, aún llenos de agua estancada.

Después de un alto de media hora, al mediodía, el padre Esperante siguió su marcha; y fue tal la diligencia desplegada, que a las cinco los guaharibos se detenían al pie del macizo de la Parima, no lejos del sitio donde se eleva el cerro al que Chaffanjon ha dado el nombre de Fernando de Lesseps.

En aquel sitio se notaron indicios de un campamento recientemente establecido. Cenizas frías, restos de comida, lechos de hierbas, indicaban que allí se había pasado la noche anterior. No había, pues, duda de que los quivas y sus prisioneros habían tomado la dirección del río.

Durante la parada, que duró una hora y permitió que los caballos pastasen, el padre Esperante se paseaba apartado de su gente. Todo su pensamiento se unía a aquellos dos nombres que Gomo había pronunciado.

—¡El sargento Marcial...! —repetía—. ¡Aquí...! ¡Dirigiéndose a Santa Juana!

Después pensaba en Juan de Kermor... En aquel hijo que iba en busca de su padre... ¿Quién era aquel joven? ¡El coronel no tenía hijos...! ¡No! Gomo se había engañado... En todo caso, allí había franceses prisioneros, compatriotas a quienes librar de los quivas...

Volvióse a emprender la marcha, y a las seis llegaron a la ribera derecha del Orinoco.

Allí se vertían las primeras aguas de la sierra Parima por la garganta en

cuyo fondo un atrevido explorador había enarbolado el pabellón de Francia el 18 de diciembre de 1886.

Aquella parte de la sierra estaba erizada de árboles seculares destinados a morir de viejos, pues el hacha de un leñador no iría jamás a derribarlos en tan lejanas regiones.

El sitio parecía absolutamente desierto. Ni una piragua, ni un bote hubieran podido llegar hasta allí durante la estación cálida. Las dos falcas habían debido detenerse cincuenta kilómetros más abajo.

Si los guaharibos estaban animados por el mismo ardor que su jefe, estos cincuenta kilómetros podían ser recorridos durante la noche, y los expedicionarios llegarían al amanecer al campamento del pico Maunoir. No había temor de perderse, pues bastaría costear el ribazo derecho del río, cuyo cauce seco no ofrecería ningún obstáculo.

El padre Esperante no tuvo que preguntar a sus indios si querían hacer este esfuerzo. Se levantó, echó a andar, y jinetes y peatones le siguieron. El Orinoco, muy estrecho en su nacimiento, no medía entonces más que algunos metros de anchura, entre ribazos escarpados, mezcla de arcilla y rocas. En esta primera parte de su curso, y en la época de las grandes lluvias, una piragua hubiera tenido que franquear varios raudales, y no lo hubiera conseguido más que a costa de retrasos de consideración.

A eso de las ocho de la noche los guaharibos atravesaron el vado de Crespo, designado con este nombre en el mapa del viajero francés en honor al presidente de la República de Venezuela.

Declinando sobre el fondo purísimo del cielo, el sol había desaparecido tras un horizonte libre de nubes. Las estrellas iban a palidecer ante los rayos de la luna llena.

Favorecidos por aquella claridad, que duró toda la noche, los guaharibos pudieron hacer larga y rápida marcha. No fueron ni aun molestados por los pantanos cubiertos de hierba que la oscuridad no les hubiera permitido atravesar sin el riesgo de hundirse en ellos hasta la mitad del cuerpo. Más abajo del ribazo, el lecho del río presentaba un amontonamiento de rocas que debía hacer la navegación casi imposible, aun en la época de las grandes crecidas de la estación de las lluvias. Tres meses antes la Gallinetta y la Moriche no hubieran podido subir por los lugares indicados en el mapa con los nombres de ramales de Guereri, Yuvilla y Salvaju. Hubiera sido preciso recurrir al arrastre, y es dudoso que esta parte del Alto Orinoco pueda nunca convertirse en vía de comunicación practicable. A aquella altura, el curso del río se reduce a algunos arroyuelos que circulan entre los arrecifes y apenas mojan la blanca arcilla de los ribazos. Sin embargo, desde el cerro Fernando

de Lesseps la profundidad iba en aumento gradual, merced a los tributarios de la derecha y la izquierda.

Cuando apareció el día, el padre Esperante había llegado al codo del río, a unos doce kilómetros del Torrida.

En menos de tres horas hubiera podido estar junto al patrón Parchal y los tripulantes que quedaron guardando las piraguas.

Hacia el Suroeste, del otro lado del Orinoco, se perfilaba el pico Maunoir, cuya cima alumbraban las primeras luces del alba. En esta ribera se redondeaba un cerro de unos setecientos metros de altura.

Descansó la gente una hora. Los quivas se habían dirigido a lo largo del río a fin de bajar al campamento. ¿Se encontraban aún en éste, o después de haber saqueado las piraguas habían huido al través de la sabana? ¿Quién sabía si Alfanziz no estaría tentado a poner en ejecución el proyecto de volver a los territorios del Oeste de Venezuela, llevando sus prisioneros con él!

Se caminó durante una hora, y el padre Esperante no hubiera hecho alto, sin duda, hasta llegar a la desembocadura del río Torrida a no ser por el siguiente accidente.

Eran las seis. El joven indio precedía a los expedicionarios unos cuantos pasos, por aquella orilla que varias veces había recorrido con su padre. Procuraba advertir las huellas del paso de los quivas, cuando de pronto se detuvo, se inclinó sobre el suelo... y se le oyó lanzar un grito. En aquel sitio, al pie de un árbol, yacía un hombre sumido en la inmovilidad del sueño o de la muerte.

Al oír el grito de Gomo, el padre Esperante dirigió su caballo hacia aquella parte, y en un galope se reunió con el joven.

—¡Es él...! ¡Él...! —gritaba éste.

—¡Él! —respondió el misionero.

Y saltando a tierra se acercó al hombre.

—¡El sargento...! ¡El sargento Marcial! —exclamó.

El sargento estaba tendido en aquel sitio, manchado con su sangre.

Tenía el pecho agujereado de un balazo. Tal vez estaba muerto...

—¡Marcial...! ¡Marcial...! —repetía el padre Esperante, de cuyos ojos se escapaban gruesas lágrimas.

Y levantaba al desdichado... Acercaba su cabeza a la suya... Buscaba aliento en aquellos labios... A poco se le oyó repetir:

—¡Vive...! ¡Vive!

En efecto; el sargento Marcial acababa de exhalar un débil suspiro. Levantó el brazo, que volvió a caer falto de fuerzas... Después sus ojos se entreabrieron por un instante, y su mirada se fijó en el misionero.

—¡Usted...! ¡Mi coronel...! Allí abajo... ¡Alfaniz...!

Y perdió el conocimiento después de pronunciar esta frase entrecortada por movimientos convulsivos.

Irguióse el padre Esperante, lleno de inexplicable turbación, efecto de tantas ideas confusas e inconciliables. El sargento Marcial allí... Aquel joven que le acompañaba para buscar a su padre y que no estaba con él... Ambos en aquellas lejanas comarcas de Venezuela... ¿Quién le daría la explicación de cosas tan inexplicables si el desgraciado moría sin haber podido hablar? ¡No...! ¡No moriría...! El misionero le salvaría una vez más, como lo había salvado en el campo de batalla... Él se lo disputaría a la muerte.

A su orden aproximaron una de las carretas, y el sargento Marcial fue depositado en ella sobre un lecho de hierbas. Ni sus ojos ni sus labios se abrieron. Pero aunque muy débilmente, el aliento pasaba entre sus labios descoloridos.

Continuóse la marcha. El padre Esperante iba junto a la carreta donde reposaba su antiguo compañero de armas, que le había reconocido tras ausencia tan larga... Su sargento, a quien había dejado catorce años antes en Bretaña, de donde el coronel De Kermor había partido sin intención de regresar... Y le encontraba allí..., en aquella región perdida, herido de un balazo, y tal vez por mano de Alfaniz.

«De modo —pensaba— que Gomo no se engañaba cuando hablaba del sargento Marcial... Pero ¿qué ha querido decir...? Ese hijo... Ese hijo en busca de su padre... ¿Mi hijo...? ¿Mi hijo...?».

Y dirigiéndose al joven indio que caminaba a su lado, le preguntó:

—Me has dicho que ese soldado no ha venido solo, ¿verdad? ¿Con él venía un joven?

—Sí..., mi amigo Juan.

—¿Y ambos se dirigían a la misión?

—Sí..., en busca del coronel De Kermor...

—¿Y ese joven es el hijo del coronel?

—Sí... Su hijo...

Ante tan categóricas respuestas, el padre Esperante sentía latir su corazón

como si fuera a estallar. En fin, no le quedaba más recurso que esperar. ¿Se aclararía el misterio antes de que el día terminara?

La expedición no tendía más que a un doble objeto: atacar a los quivas si se les encontraba en el campamento del pico Maunoir —y las palabras pronunciadas por el sargento Marcial daban la seguridad de que Alfaniz se encontraba allí— y arrancarle sus prisioneros.

Los guaharibos tomaron el paso de carrera, y las carretas quedaron atrás protegidas por suficiente escolta.

¿No estaban todas las probabilidades de éxito de parte del anciano coronel, convertido en el misionero de Santa Juana, jefe de aquellos animosos indios que iba a lanzar contra una cuadrilla de miserables? Un poco antes de las ocho el padre Esperante se detuvo, y los guaharibos suspendieron su marcha, después de haber llegado a un claro tras el codo del río. Enfrente se erguía el pico Maunoir. En el ribazo no se veía a nadie. Entre las orillas del Orinoco, ni una sola embarcación.

En la vuelta que formaba el codo elevábase una humareda que indicaba la presencia de un campamento en aquel sitio, y por consecuencia en la ribera derecha del río Torrida.

Este campamento no podía ser otro que el de los quivas, pero convenía asegurarse de ello.

Algunos guaharibos treparon por entre los zarzales, y tres minutos después volvían afirmando que el campamento estaba ocupado por la cuadrilla de Alfaniz.

La gente del padre Esperante se reunió en el fondo del claro. Las carretas se unieron a ella, y la que conducía al sargento Marcial fue colocada en el centro.

Después de haber visto que el estado del herido no había empeorado, el coronel De Kermor tomó sus disposiciones para envolver a Alfaniz y a los compañeros de éste. Dirigiendo sus jinetes a fin de atravesar oblicuamente el claro, conseguiría sitiar a los quivas y después destruirles por completo.

Algunos instantes después oyéronse gritos terribles, a los que se mezclaron detonaciones de arma de fuego.

Los guaharibos acababan de precipitarse sobre Alfaniz antes de que éste pudiera apercibirse a la defensa. Aunque por una y otra parte eran iguales en número, los guaharibos estaban mejor armados y mejor dirigidos que los quivas. Las armas de que el español disponía eran las robadas a las piraguas; algunos revólveres dejados en aquéllas por Jacques Helloch, y las robadas a los prisioneros. La lucha no podía ser larga, y no lo fue. Desde el momento en

que la cuadrilla había sido sorprendida, estaba vencida. Así, la mayor parte de los quivas abandonaron el sitio tras débil resistencia. Unos se lanzaron al bosque, otros huyeron al través del río casi seco, a fin de ganar la sabana opuesta. La mayor parte cayó herida por las balas.

Al mismo tiempo, Jacques Helloch, Germán Paterne, Valdez, Parchal y la tripulación de las falcas se habían lanzado sobre los quivas que les guardaban.

Gomo fue el primero que corrió a ellos gritando:

—¡Santa Juana...! ¡Santa Juana...!

Así, pues, toda la acción quedó bien pronto concentrada en medio del campamento. Allí Alfaniz, los presidiarios de Cayena y algunos quivas se defendían a pistoletazos. Varios guaharibos fueron heridos, aunque afortunadamente no de gravedad.

Entonces se vio al padre Esperante lanzarse en medio del grupo que rodeaba al español.

Juana de Kermor se sentía irresistiblemente atraída hacia el misionero. Quería reunirse a él..., pero Jacques Helloch la detuvo.

Alfaniz, abandonado por los quivas, de los que no se oían más que los lejanos gritos, resistía aún. Dos de sus compañeros de presidio acababan de caer muertos a su lado.

El padre Esperante se encontró frente a frente del español, y con un gesto detuvo a los guaharibos que le rodeaban.

Alfaniz retrocedió hacia el ribazo del río, llevando en la mano un revólver cargado con varias balas.

Hubo un instante de calma... La poderosa voz del padre Esperante resonó, diciendo:

—¡Alfaniz! ¡Soy yo!

—¡El misionero de Santa Juana! —exclamó el español.

Y empuñando su revólver iba a disparar, cuando Jacques Helloch le cogió la mano y la bala se perdió a lo lejos.

—¡Sí, Alfaniz! ¡El padre de la misión de Santa Juana... y también el coronel De Kermor!

Alfaniz, viendo a algunos pasos a Juan, al que creía hijo del coronel, le apuntó con su arma.

Antes de que hubiera disparado sonó un tiro, y el miserable cayó herido por la certera bala del padre Esperante.

En este momento la carreta que transportaba al sargento Marcial llegó al lugar de la lucha.

Juana se había arrojado en brazos del coronel De Kermor, llamándole su padre.

Éste, que no podía reconocer en aquel joven a su hija, a la que creía muerta, a la que nunca había visto, repetía:

—Yo no tengo hijos...

El sargento Marcial acababa de enderezarse, y con los brazos tendidos hacia Juana, dijo:

—¡No, mi coronel..., pero tiene usted una hija..., y ahí está!

### **CAPÍTULO XIII**

#### **DOS MESES EN LA MISIÓN**

Desde la desaparición del coronel De Kermor, desde su partida para el Nuevo Mundo, habían transcurrido catorce años, cuya historia vamos a extractar:

En 1872 supo, con el naufragio del Norton, la noticia de que su mujer y su hija habían perecido en este siniestro marítimo. Las condiciones en que la catástrofe se había verificado no le permitían creer que de dos seres tan queridos, el uno, su hija Juana, de corta edad entonces, se hubiera salvado. Ni aun la conocía, puesto que él se había visto obligado a salir de la Martinica algunos meses antes de que la niña naciera. Durante un año más, el coronel De Kermor siguió al frente de su regimiento. Después presentó su dimisión, y como ningún lazo de familia le unía al mundo, resolvió consagrar el resto de su vida a la generosa obra de las misiones extranjeras.

Había siempre en él, con el alma de un soldado, el alma de un apóstol. El oficial estaba en condiciones de fundirse en el sacerdote, en el sacerdote militante que se consagra a la conversión, en otros términos, a la civilización de las tribus salvajes.

El coronel De Kermor, sin haber puesto a nadie, ni aun al sargento Marcial, al tanto de sus proyectos, abandonó secretamente Francia en 1875, y fue a Venezuela, donde tantas tribus indias estaban sumidas en la ignorancia, y en la degradación física y moral.

Cuando terminó sus estudios eclesiásticos en este país, se ordenó e ingresó en la Compañía de las misiones extranjeras con el nombre de padre Esperante,



que debía asegurar el incógnito de su nueva existencia.

La dimisión de oficial databa de 1873, y su ordenación de 1878, época en que contaba cuarenta y nueve años de edad.

En Caracas tomó el padre Esperante la resolución de ir a vivir en los territorios casi desconocidos de Venezuela meridional, donde los misioneros se mostraban raramente. Numerosos pueblos indígenas no habían recibido jamás las enseñanzas civilizadas del cristianismo, o por lo menos habían quedado en estado salvaje. Buscarlos hasta las regiones limítrofes del imperio del Brasil, tal fue la obra a que el misionero francés se sentía llamado, y, no sospechando nadie su vida anterior, partió al comenzar el año 1879.

Después de haber remontado el curso medio del Orinoco, el padre Esperante, que hablaba el español como su lengua nativa, llegó a San Fernando, donde permaneció algunos meses. Desde este pueblo dirigió una carta a uno de sus amigos, notario de Nantes. Rogaba al destinatario que guardase secreto sobre esta carta, la última que debía firmar con su verdadero nombre, y que era necesaria para el arreglo de un negocio particular.

Conviene recordar que dicha carta, encontrada entre los papeles del notario, no fue comunicada al sargento Marcial hasta 1891, cuando Juana de Kermor se había reunido a él desde hacía seis años.

En San Fernando, gracias a sus recursos personales, el padre Esperante pudo procurarse el material necesario para la creación de un establecimiento más allá de las fuentes del río. En aquel sitio también se unió a él el hermano Angelos, ya familiarizado con las costumbres indias y que debía aportar a la obra del padre Esperante su concurso no menos útil que lleno de abnegación.

El hermano Angelos llamó la atención del padre Esperante sobre los guaharibos, de los que el mayor número vagan por las orillas del Alto Orinoco y en la vecindad de la sierra Parima. Evangelizando a estos indios se haría un acto de caridad, pues estaban en mísero estado, y acto de civilización, pues se contaban entre los más feroces de los indígenas de Venezuela. Como no se ignora, estos guaharibos tenían reputación de bandidos, asesinos y hasta antropófagos, reputación que no merecían. Pero no era esto motivo para detener a hombre tan determinado como el excoronel De Kermor, y resolvió crear un centro de misión en el Norte del Roraima, agrupando en torno suyo a los indígenas de la región.

El padre Esperante y el hermano Angelos abandonaron San Fernando en dos piraguas que contenían en abundancia los objetos indispensables para los principios de su establecimiento. El resto del material debía ser enviado conforme las necesidades de la pequeña colonia lo exigieran. Las falcas remontaron el río, haciendo escala en los principales pueblos y ranchos

ribereños, y llegaron al río Torrida, en el territorio de los guaharibos.

Después de más de una tentativa infructuosa y de muchos peligros, los indios se sintieron atraídos por las promesas del padre Esperante, por su bondad, por su generosidad. En el mapa tomó lugar un pueblo al que el misionero le dio el nombre de su hija: Santa Juana.

Transcurrieron catorce años. La misión prosperó, como ya se ha dicho. Parecía, pues, que nada ligaría al padre Esperante a su pasado doloroso, cuando se efectuaron los sucesos que sirven de base a esta historia.

Después de las palabras del sargento Marcial, el coronel había estrechado a su hija en sus brazos y regó su frente con sus lágrimas. En algunas palabras la joven le refirió su vida: su salvamento a bordo del Vigo, su existencia con la familia Heredia en La Habana, su regreso a Francia, los años que había vivido en la casa de Chantenay, la resolución que tomó cuando el sargento Marcial y ella tuvieron conocimiento de la carta escrita en San Fernando, la partida para Venezuela bajo el nombre y traje de Juan, el viaje por el Orinoco, el ataque del criminal Alfaniz en el vado de Frascaés, y, en fin, aquella milagrosa salvación.

Ambos volvieron entonces a la carreta junto al viejo soldado. El sargento Marcial se sentía reanimado. Estaba ebrio de gozo. Lloraba, y de sus labios se escapaban estas palabras:

—Mi coronel..., mi coronel... Ahora que nuestra Juana ha encontrado a su padre... yo puedo morir.

—Te lo prohíbo, mi antiguo compañero.

—¡Ah...! ¡Si usted me lo prohíbe!

—Nosotros te cuidaremos.

—Si ustedes... me cuidan... no moriré... Seguramente que no.

—Pero es preciso tener calma.

—La tengo, mi coronel... Vea usted... Ya viene a mí el sueño... Un buen sueño esta vez.

—Duerme, mi viejo amigo, duerme. Vamos a regresar a Santa Juana. El camino no te producirá fatiga alguna, y dentro de algunos días estarás en pie...

El coronel De Kermor se había inclinado sobre el lecho y había posado sus labios sobre la frente del sargento Marcial, y «su viejo amigo» se durmió sonriendo.

—Padre mío —exclamó Juana—, le salvaremos...

—¡Sí, mi querida Juana, con la ayuda de Dios! —respondió el misionero.

Germán y él habían examinado la herida del sargento y Vio les pareció grave.

Súpose entonces que el criminal era Alfaniz, que había herido al soldado en el momento en que éste, en un acceso de furor, se arrojó sobre él.

El padre Esperante dijo:

—Hoy deseo que mis bravos indios descansen, y también sus compañeros de usted, señor Helloch, pues tienen necesidad de ello. Mañana por la mañana volveremos a emprender la marcha hacia la misión, y Gomo nos guiará hasta Santa Juana por el camino más corto.

—A ese valiente niño debemos nuestra salvación —dijo Juana.

—Lo sé —respondió el padre Esperante.

Y llamando a Gomo, le dijo:

—Ven acá, Gomo. Yo te abrazo en nombre de todos los que has salvado.

Y después de salir de los brazos del misionero, Gomo pasó a los de Juana, a la que en su turbación continuaba llamando «¡mi amigo Juan!».

Como la joven había abandonado los vestidos masculinos que desde el comienzo del viaje usaba, su padre se preguntaba si sus compañeros sabían que «Juan» era la señorita Juana de Kermor.

No iban a tardar en saberlo.

Cuando hubo estrechado las manos de Jacques Helloch, de Germán Paterne, de Parchal y de Valdez, aquellos dos honrados patronos, cuya lealtad no se había debilitado en el curso de la larga y penosa expedición, Juana tomó la palabra:

—Padre mío, es preciso que sepa usted todo lo que debo a mis dos compatriotas, a los que nunca podré pagar...

—Señorita... —interrumpió Jacques Helloch con temblorosa voz—. Yo suplico a usted... Yo no he hecho nada.

—Déjeme usted hablar, señor Helloch.

—Entonces hable usted de Jacques, pero no de mí —dijo Germán Paterne riendo—, pues yo no merezco elogio.

—A los dos les debo reconocimiento, mis queridos compañeros —replicó Juana—. Sí..., a los dos, padre mío. Sí, el señor Helloch me ha salvado la vida...

—¿Usted ha salvado la vida de mi hija? —exclamó el coronel.

Y fue preciso que Jacques se resignase a oír el relato que hizo Juana del naufragio de las dos piraguas ante San Fernando, y cómo, gracias a él, había escapado de la muerte.

La joven añadió:

—Decía, padre, que si el señor Helloch me ha salvado la vida, ha hecho aún más acompañándonos a Marcial y a mí y asociándose a nuestras pesquisas con el señor Germán Paterne.

—¡Vaya! —exclamó este último protestando—. Crea usted, señorita, que teníamos intención de llegar hasta las fuentes del Orinoco... Ésta era la misión que el Ministerio de Instrucción Pública...

—No, Germán, no —respondió Juana sonriendo—. Ustedes debían detenerse en San Fernando, y han venido ustedes hasta Santa Juana.

—¡Es que tal era nuestro deber! —declaró sencillamente Jacques Helloch.

Claro es que al coronel De Kermor se le darían después más detalles y que conocería los diversos incidentes de aquel aventurado viaje. Pero, entretanto, a pesar de la reserva deseada por Jacques Helloch, y viendo a Juana tan agradecida, el padre tal vez comprendía ya qué sentimientos llenaban el corazón de su hija.

Mientras Juana de Kermor, Jacques Helloch, Germán Paterne y el coronel hablaban de estas cosas, Parchal y Valdez preparaban el campamento para pasar en él el resto del día y de la noche. Sus hombres habían transportado al bosque los cuerpos de los que habían sucumbido.

Respecto a los guaharibos heridos en la lucha, Germán Paterne se ocupó de curarles.

Después, y una vez retiradas las provisiones de las carretas para que cada cual tomase su parte, y mientras se encendían hogueras de leña en diferentes sitios, Jacques Helloch y Germán Paterne, seguidos del coronel De Kermor y de su hija, se dirigieron hacia las piraguas, en seco sobre la arena. No habían sido destruidas por los quivas, pues Alfaniz contaba con servirse de ellas para volver a los territorios del Oeste subiendo por el Ventuari.

Si se verificaba una crecida en el río, las falcas estarían en disposición de bajar por él.

—¡Demos gracias a esos canallas que han respetado mis colecciones! —exclamó Germán Paterne—. Volveré a Europa con ellas. ¡Después de haber hecho tantas fotos durante el viaje, estuve a punto de regresar sin un solo clisé! Jamás me hubiera atrevido a presentarme ante el Ministerio de Instrucción Pública.

Se concibe la alegría del naturalista, y la satisfacción de los demás pasajeros de la Gallinetta y de la Moriche, al encontrar a bordo el material de su viaje, sin hablar de las armas que recogieron.

Al presente, las piraguas podían permanecer sin temor junto a la desembocadura del río Torrida, bajo la guarda de los tripulantes. Llegada de fuera la hora de volver a embarcar, al menos en la Moriche, Jacques Helloch y Germán Paterne no tendrían otra cosa que hacer sino subir a bordo.

Pero aún no se trataba de esto. El padre Esperante iba a llevar a Santa Juana a su hija, al sargento Marcial, a Gomo y a la mayor parte de los indios. ¿Y cómo no habían de aceptar los dos franceses el ofrecimiento de pasar algunos días y hasta algunas semanas en la misión en casa de un compatriota?

Aceptaron.

—Es preciso —dijo Germán Paterne a Jacques Helloch—. ¿Cómo volver a Europa sin haber visto Santa Juana? Jamás me atrevería a presentarme ante el Ministerio de Instrucción Pública..., ni tú, Jacques.

—Ni yo, Germán.

Durante aquel día todos comieron de las reservas de las piraguas y las provisiones traídas del pueblo. El sargento Marcial comió solo; pero ¡era tan dichoso por haber encontrado a su coronel hasta bajo el hábito del padre Esperante...! El buen aire de Santa Juana le restablecería en algunos días. No había duda de ello.

Jacques Helloch y Juana hablan tenido que hacer al coronel De Kermor una detallada relación de su viaje. Él les escuchaba, observaba, adivinaba sin esfuerzo los sentimientos de que el corazón de Jacques Helloch estaba lleno, y quedaba pensativo.

En efecto, ¿qué nuevos deberes iba a crearle la nueva situación?

La joven vistió el traje propio de su sexo desde aquel día, pues llevaba algunos cuidadosamente guardados en una maleta en la Gallinetta.

Germán Paterne dijo a su amigo:

—Encantadora de hombre... Encantadora de mujer... Verdad que yo no entiendo de estas cosas.

Al siguiente día, después de despedirse de Parchal y de Valdez, que prefirieron quedar guardando las piraguas, el padre Esperante, sus huéspedes y los guaharibos dejaron el campamento del pico Maunoir. Con los caballos y las carretas la marcha se efectuaría sin fatiga a través de los bosques y la sabana.

No se continuó por el camino anteriormente seguido hada las fuentes del

río, como Jacques Helloch lo había hecho guiado por el joven indio. La marcha fue tan rápida, que al mediodía llegaron al vado de Frascaés.

Ninguna huella de los quivas, dispersos ahora, se había encontrado, y ya no eran de temer.

En el sitio indicado se hizo una parada de corta duración; y como el movimiento de la carreta no había fatigado al sargento Marcial, se continuó la marcha hacia Santa Juana.

La distancia entre el vado y el pueblo pudo ser recorrida en algunas horas, y por la tarde llegaron a la misión.

Por la manera como el padre Esperante fue recibido, Jacques Helloch y sus compañeros comprendieron lo mucho que le amaban sus fieles indios.

En la casa del padre Esperante se reservaron dos cuartos para Juana de Kermor y el sargento Marcial, y en una casa vecina otros dos para Jacques Helloch y Germán Paterne, de los que el hermano Angelos les hizo los honores.

Al día siguiente, la campana de la iglesia llamó a los fieles para que acudieran a una misa en acción de gracias. Ofició el padre Esperante. ¡Qué emoción la de Juana al ver por primera vez a su padre ante el altar! ¡Y cuál no hubiera sido la del sargento Marcial de haber podido estar presente!

Inútil fuera dar detalles respecto a los días que los expedicionarios pasaron en Santa Juana, Sépase, ante todo, que el herido mejoraba notablemente. Al terminar la semana le fue concedido permiso para sentarse en un cómodo sillón de piel de ciervo a la sombra de las palmeras.

El coronel De Kermor y su hija habían mantenido largas conversaciones sobre el pasado. Juana supo entonces que el coronel, esposo privado de su mujer, padre privado de sus hijos, había querido dedicar toda su vida a aquella obra apostólica. ¿Podría abandonarla ahora, dejándola sin terminar? No, seguramente. Juana quedaría a su lado y le consagraría toda su vida.

A estas conversaciones sucedían las del padre Esperante con el sargento Marcial. El misionero agradecía al viejo soldado lo que por su hija había hecho. Le agradecía que hubiera consentido en aquel viaje. Después le hacía preguntas respecto a Jacques Helloch. Le preguntaba si no había observado a ambos: a Juana y a él...

—¡Qué quiere usted, mi coronel! —respondía el sargento Marcial—. Yo había tomado toda clase de precauciones. Juan era un mozo de Bretaña, un sobrino al que su tío hacía viajar por estos países salvajes. Pero Jacques Helloch y nuestra querida niña se han encontrado en el camino... Yo he hecho todo lo posible para impedir..., y no lo he conseguido... ¡El diablo se ha

mezclado en el asunto!

—No; Dios, mi bravo compañero —respondió el padre Esperante.

Adelantaba el tiempo y las cosas no avanzaban. ¿Por qué Jacques Helloch dudaba de hablar? ¿Se engañaba, pues, sobre sus propios sentimientos y los que había inspirado a Juana de Kermor? No. Pero una discreción que le honraba le hacía guardar silencio. Le hubiera parecido que ponía precio a los servicios prestados.

Pero Germán Paterne decidió echar por la calle de en medio, y un día dijo a su amigo:

—¿Cuándo partimos?

—Cuando quieras, Germán.

—Comprendido. Pero, cuando yo no quiera, tú no querrás.

—¿Por qué?

—Porque la señorita De Kermor estará entonces casada.

—¿Casada?

—Sí; puesto que voy a pedir su mano.

—¿Tú vas...? —exclamó Jacques.

—No para mí, sino para ti.

Y lo hizo como lo dijo, sin que le detuvieran las objeciones, que juzgaba inaceptables.

Jacques Helloch y Juana de Kermor comparecieron ante el misionero en presencia de Germán Paterne y del sargento Marcial. A la pregunta que su padre le hizo, respondió así la joven.

—Jacques —dijo con voz muy conmovida—, estoy dispuesta a ser su esposa, y toda mi vida no será bastante para probarle mi reconocimiento.

—Juana, mi querida Juana —respondió Jacques Helloch—, la amo. Sí... ¡la amo!

—No digas más, querido —exclamó Germán Paterne—. No encontrarías frases mejores.

El coronel De Kermor estrechó en sus brazos a sus dos hijos.

Se acordó que el matrimonio se efectuase en Santa Juana pasados quince días. Después de casarlos, como gobernador civil de la misión, el padre Esperante dada a los esposos la bendición nupcial, que sería también bendición paterna. Jacques Helloch, por carecer de familia, no tenía que

obtener consentimiento de nadie. Su fortuna y la de Juana, confiada al sargento Marcial, bastarían para asegurarles cómoda existencia. Algunas semanas después del matrimonio partirían e irían a La Habana para visitar a la familia Heredia. Luego regresarían a Europa, a Francia, a Bretaña, para terminar sus negocios, y al fin volverían a Santa Juana, donde encontrarían al coronel De Kermor y a su viejo soldado.

El 25 de noviembre, y ante la población en fiesta, en presencia de Germán Paterne y del sargento Marcial, testigos de los jóvenes esposos, el padre celebró el matrimonio civil y religioso de su hija Juana de Kermor con Jacques Helloch.

Conmovedora ceremonia que no se extrañará produjera emoción profunda, que se manifestó por alegría sin igual entre los bravos guaharibos.

Transcurrió cerca de un mes, y entonces Germán Paterne pensó que ya era tiempo de volver para dar cuenta del resultado de la misión científica que se encargó a él y a su compañero por el ministro de Instrucción Pública. Como se ve, siempre hacía intervenir al ministro.

—¿Ya? —respondió Jacques Helloch.

No había contado los días. Era demasiado dichoso para entregarse a tales cálculos.

—Sí, ya —respondió Germán Paterne—. Su Excelencia debe creer que hemos sido devorados por los jaguares venezolanos, o que hemos terminado nuestra carrera científica en el estómago de los caribes.

De acuerdo con el padre Esperante, la partida de la misión fue fijada para el día 22 de diciembre.

El coronel De Kermor veía con profunda pena llegar la hora de separarse de su hija, por más que la ausencia no había de durar más que algunos meses.

Cierto que el viaje se haría en condiciones favorables, y que la señora de Helloch no correría los peligros que Juana de Kermor había corrido. La bajada por el río se efectuaría rápidamente hasta Ciudad-Bolívar. Sin duda no verían a Miguel, Felipe y Varinas, pues debían de haber abandonado San Fernando.

En cinco semanas las piraguas llegarían a Caicara, donde los viajeros se embarcarían en el paquebote del Bajo Orinoco. Respecto al regreso a Santa Juana, se realizaría con todas las probabilidades posibles de rapidez y seguridad.

—Y, además, mi coronel —dijo el sargento Marcial—, vuestra hija tiene un buen marido que la defiende, y esto vale más que un viejo soldado, que no ha sido capaz de salvarla ni de las olas del Orinoco ni del amor de ese valiente Jacques Helloch.



## CAPÍTULO XIV

### ¡HASTA LA VISTA!

El 25 de diciembre, por la mañana, las piraguas estaban dispuestas a descender el curso del río.

En aquella época del año, las crecidas no habían aún elevado el nivel del Orinoco. Había sido, pues, preciso arrastrar a la Gallinetta y a la Moriche a cinco kilómetros más abajo, a la desembocadura de un río de poca importancia de la ribera derecha, donde la profundidad del agua era suficiente. A partir de este sitio, las piraguas no corrían más riesgo que el de encallar durante algunas horas, y no el de permanecer en seco hasta el comienzo de la estación lluviosa.

El padre Esperante quiso acompañar a sus hijos al nuevo campamento. El sargento Marcial, completamente restableció, se unió a él, lo mismo que Gomo, convertido en hijo adoptivo de la misión de Santa Juana.

Unos cincuenta guaharibos formaron la escolta, y todos llegaron felizmente a la desembocadura del río.

Llegada la hora de la partida, Valdez ocupó su sitio en la Gallinetta, donde Jacques y su mujer debían embarcar. Parchal el suyo en la Moriche, cuyo rouf cobijaría, a la vez, las preciosas colecciones de Germán Paterne y la no menos preciosa persona del coleccionista.

Como las dos falcas navegarían unidas, Germán Paterne no se vería reducido a la más espantosa soledad. Siempre que lo deseara tendría la compañía de los dos esposos. Además, los tres comerían juntos a bordo de la Gallinetta, salvo el caso en que Jacques y Juana Helloch aceptaran la invitación que Germán les hiciera para comer a bordo de la Moriche.

El tiempo era favorable, es decir que el viento venía del Este. Los rayos solares, tamizados por ligero velo de nubes, hacían muy soportable la temperatura.

El coronel De Kermor y el sargento Marcial bajaron al final de la orilla para abrazar a sus queridos hijos. Ni unos ni otros procuraban hacerse fuertes contra la emoción propia del caso.

Juana, por enérgica que fuera, lloraba silenciosamente entre los brazos de su padre.

—¡Yo te traeré a su lado, mi querida Juana! —dijo Jacques Helloch—. Dentro de algunos meses estaremos los dos de vuelta en Santa Juana.

—¡Los tres! —añadió Germán Paterne—. Pues me he olvidado de recoger algunas plantas raras que sólo existen en los territorios de la misión..., y yo convenceré al ministro de Instrucción Pública...

—¡Adiós, mi buen Marcial, adiós...! —dijo la joven abrazando al sargento.

—¡Adiós... Juana! ¡Y piensa en el bueno de tu tío, que no te olvidará jamás...!

Llególe a Gomo el turno, y recibió su buena ración de abrazos.

—¡Adiós, padre mío! —dijo Jacques Helloch, estrechando la mano del misionero—. Y ¡hasta la vista...! ¡Hasta la vista...!

Jacques Helloch, su mujer y Germán Paterne embarcaron en la Gallinetta.

Las velas fueron izadas, largáronse las amarras, y las dos piraguas siguieron la corriente en el momento en que el padre Esperante tendió los brazos para dar su última bendición a los viajeros.

Luego el sargento, Gomo y él, escoltados por los guaharibos, volvieron a tomar el camino que conducía a la misión.

No hay para que referir, jornada por jornada, la navegación de las falcas bajando por el Orinoco. El viaje, gracias a la corriente, exigiría tres o cuatro veces menos tiempo, y diez veces menos esfuerzos, y presentaría diez veces menos peligros que si se tratase de subir hacia las fuentes el río. El empleo de la espía no fue necesario para halar las piraguas, y las palancas bastaron cuando el viento amainaba o era contrario.

Los viajeros volvieron a ver los lugares por los que ya habían pasado; los mismos pueblos, los mismos ranchos, los mismos raudales. Como la crecida comenzaba, las falcas encontraron agua suficiente para evitar un descargamiento, y el viaje se realizaba sin penas ni fatigas.

¡Qué contraste cuando la joven y su marido recordaban los tormentos, las inquietudes, los peligros de aquella navegación algunas semanas antes!

Al ver el sitio del jefe bare, Juana recordó que allí hubiera sucumbido a la fiebre si Jacques Helloch no hubiese descubierto el precioso coloradito que impidió la vuelta de un mortal acceso.

Después, no lejos del cerro Guaraco, reconocieron el sitio en que la manada de bueyes había sido atacada por los terribles gimnotos eléctricos.

En Danaco, Jacques Helloch presentó a su mujer a Manuel Asunción, en cuya casa, en compañía de Germán Paterne, aceptara hospitalidad por un día. ¡Calcúlese la sorpresa de la gente del rancho cuando reconocieron en aquella hermosa joven al sobrino Juan, que con su tío Marcial había ocupado una de

las casas del poblado mariquitare!

En fin, el 4 de enero, la Gallinetta y la Moriche abandonaron el curso del Orinoco por el del Atabapo, y fueron a amarrar en el puerto del pueblo.

Hacía tres meses que Jacques Helloch y sus compañeros habían dejado en San Fernando a Miguel, Felipe y Varinas. ¿Se encontraban aún allí los tres colegas? Se confesaría que era improbable. Después de tratar a fondo la cuestión del Orinoco, del Guaviare y del Atabapo, debían haberse puesto en camino para Ciudad-Bolívar.

Germán Paterne tenía curiosidad por saber cuál de los tres ríos le había llevado. Y como las falcas exigirían una escala de algunos días, a fin de tomar provisiones antes de descender hacia Caicara, tendría tiempo de satisfacer sus deseos.

Jacques Helloch, su mujer y Germán Paterne desembarcaron, pues, y se alojaron en la casa que el sargento Marcial había ya habitado.

El mismo día visitaron al gobernador, que supo con satisfacción extrema los sucesos de que la misión de Santa Juana había sido teatro; por una parte, la destrucción casi completa de la cuadrilla de Alfaniz, y, por otra, el feliz resultado del viaje.

Respecto a Miguel, Felipe y Varinas... ¡no hay que asombrarse! No habían abandonado el pueblo, mucho más empeñados en la cuestión hidrográfica de los tres ríos que antes de su partida de Ciudad-Bolívar.

En efecto: aquella misma tarde los pasajeros de la Gallinetta y de la Moriche pudieron estrechar las manos de los tres pasajeros de la Maripare.

Miguel y sus colegas hicieron buena acogida a sus compañeros de viaje. ¡Calcúlese también su sorpresa cuando vieron a Juan, a su querido Juan, vestido de mujer y del brazo de Jacques Helloch!

—¿Nos dirán ustedes por qué ha cambiado de traje? —preguntó Varinas.

—Porque se ha casado conmigo —respondió Jacques.

—¡Usted se ha casado con Juan de Kermor! —exclamó Felipe, abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡No...! Con la señorita Juana de Kermor.

—¿Cómo? ¿La señorita Juana de Kermor? —dijo Miguel.

—¡Es la hermana de Juan! —respondió riendo Germán Paterne—. ¡Mire usted cómo se parecen!

Todo se explicó. Diose a los nuevos esposos la más cordial enhorabuena, y se felicitó a la señora de Helloch por haber encontrado a su padre.

—¿Y el Orinoco? —preguntó Germán Paterne—. ¿Está siempre en su sitio?

—Siempre —declaró Miguel.

—Y bien: ¿son sus aguas las que han llevado a nuestras piraguas hasta el nacimiento de la sierra Parima?

A esta concreta pregunta, los rostros de Varinas y Felipe se ensombrecieron. Sus ojos lanzaron resplandores, anuncios de tormenta, mientras Miguel meneaba la cabeza.

Y la discusión se entabló, con un vigor que el tiempo no había conseguido debilitar, entre el partidario del Atabapo y el del Guaviare. No. No estaban de acuerdo, no lo estarían jamás, y antes que ceder el uno al otro hubieran dado la razón a Miguel, declarándose a favor del Orinoco.

—Responda usted a esto, caballero —exclamó Varinas—, y niegue usted, si a ello se atreve, que el Guaviare no ha sido designado muchas veces con el nombre de Orinoco occidental por geógrafos de reconocida competencia.

—De competencia igual a la de usted, caballero —respondió Felipe.

Se notará que a las primeras palabras la discusión llegaba a su máximo de intensidad. No hay que extrañarlo; todos los días, desde que el sol aparecía hasta que se ocultaba, la discusión seguía entre los dos adversarios.

Varinas dijo:

—Nacer en la sierra Suma-Paz, al Este del Alto Magdalena, en los territorios de Colombia, es tan honroso como salir de... no se sabe dónde.

—¿Que no se sabe, caballero? —respondió Felipe con acritud—. ¡Tiene usted aplomo para decir tal cosa, refiriéndose al Atabapo, que baja de los llanos regados por el río Negro, y establece una comunicación con la cuenca del Amazonas!

—¡Pero las aguas de su Atabapo son negras, y no llegarán a mezclarse con las del Orinoco!

—¡Pero las aguas del Guaviare son de un blanco amarillento, y usted no será capaz de distinguirlos a algunos kilómetros más abajo de San Fernando...!

—Pero el Guaviare, señor Varinas, es un río que posee millares de caimanes, como el Orinoco, y el Atabapo no cuenta más que con peces ridículos, sin valor, enclenques y negros como él mismo.

—Envíe usted navíos a su Atabapo, y verá usted si van lejos, a menos de acarrearlos; mientras que los del Guaviare pueden remontarlo hasta una

distancia de mil kilómetros, hasta el confluente Ari-Ari, y más lejos todavía.

—Con acarreo o no, la verdad es que somos el lazo hidrográfico entre el Amazonas y la República de Venezuela.

—Y nosotros entre Venezuela y Colombia.

—¡Vamos...! ¿No tiene usted el Apure para formar ese lazo de navegación?

—Y usted ¿no tiene el Cassiquiare?

—En su Guaviare no hay más que tortugas.

—En su Atabapo no hay más que mosquitos.

—En fin, el Guaviare vierte en el Atabapo... aquí mismo, según opinión de todo el mundo.

—No... Es el Atabapo el que vierte en el Guaviare, como afirman todas las gentes de buena fe, y lo que aporta el Guaviare no es inferior a tres mil doscientos metros cúbicos.

—Y como el Danubio —dijo entonces Germán Paterne, citando al poeta de las Orientales—, «corre de Occidente a Oriente».

Argumento del que Varinas no se había aún servido, pero que insertó cuidadosamente en el legajo del Guaviare.

Durante este cambio de réplicas en favor de los dos tributarios, Miguel no cesaba de sonreír, dejando tranquilamente correr al Orinoco por los 2500 kilómetros entre la sierra Parima y el estuario de sus cincuenta brazos, que se ramifican al través del litoral del Atlántico.

Entretanto, los preparativos avanzaban. Las piraguas, visitadas, reparadas, puestas en perfecto estado y con sus provisiones renovadas, estarían dispuestas para el 9 de enero.

Jacques y Juana Helloch escribieron una carta a su padre, en la que no olvidaban al sargento ni a Gomo. Esta carta llegaría a Santa Juana por conducto de los mercaderes que de ordinario suben por el río al principiar la estación de las lluvias.

Decía todo lo que pueden decir los corazones felices y agradecidos.

La víspera del día fijado para partir, los pasajeros fueron invitados una vez más por el gobernador de San Fernando.

Durante la velada hubo tregua, y la discusión hidrográfica no se renovó. No es que hubiera terminado; pero los contrincantes disponían de meses y de años para continuarla.

—¿De modo, señor Miguel —preguntó Juana—, que no nos acompañan ustedes?

—Parece que no, señora —respondió el sabio, muy resignado a prolongar su estancia en la confluencia del Atabapo y el Guaviare.

—Tenemos aún que dilucidar algunos puntos importantes —dijo Varinas.

—Y pesquisas que practicar —añadió Felipe.

—Entonces, ¡hasta la vista, señores! —dijo Jacques Helloch.

—¿Hasta la vista? —preguntó Miguel.

—Sí —respondió Germán Paterne—. En San Fernando... Cuando regresemos... dentro de seis meses, pues no es probable que esté decidida la interminable cuestión del Orinoco.

Al siguiente día, 9 de enero, después de despedirse del gobernador, de Miguel y de sus colegas, los viajeros se embarcaron, y, arrastrados por la rápida corriente del río Orinoco, Atabapo o Guaviare, comoquiera que se llamase, las dos piraguas perdieron bien pronto de vista el pueblo de San Fernando.

A una hora de allí, la joven volvió a ver el sitio en que las falcas habían zozobrado y donde Jacques la había salvado con peligro de su vida, durante la terrible tormenta.

—Sí..., mi querida Juana —dijo Jacques—. Allí fue.

—Allí fue, mi querido Jacques, donde tuviste el pensamiento de no abandonar a tu querido Juan, de acompañarle en medio de tantos peligros hasta el término de su viaje.

—¡Y uno hubo que no se mostró satisfecho! —exclamó Paterne—. El sargento Marcial... No estaba el tío contento del todo de su sobrino.

Durante los días siguientes, las piraguas, favorecidas por la brisa, hicieron una navegación muy rápida. Franquearon sin grandes dificultades, por no tratarse más que de bajar por ellos, los raudales de Maipure y de Atures, pasando después por la embocadura del Meta y el pueblo de Cariben. Las islas del río suministraron toda la caza necesaria, y la pesca fue fructífera.

Se llegó ante el rancho de Marchal, en Tigra. Allí, conforme a la promesa que habían hecho, los pasajeros de las falcas fueron durante veinticuatro horas los huéspedes del excelente hombre. ¡Con qué alegría les cumplimentó éste por el feliz éxito de su empresa, mirada desde el doble punto de vista de la presencia del coronel De Kermor en Santa Juana y de lo que allí había sucedido!

En Urbana las piraguas tomaron provisiones para la última parte de su viaje.

—¿Y las tortugas? —dijo Germán Paterne—. Jacques, ¿te acuerdas de las tortugas...? ¡Eh...! ¡Mira que llegar aquí sobre tortugas...!

—En este pueblo nos vimos por vez primera, Germán —dijo la joven.

—Gracias a esas excelentes bestias, a las que debemos bastante gratitud —declaró Jacques Helloch.

—Que les probaremos comiéndonoslas, pues la tortuga del Orinoco es excelente —exclamó Germán Paterne, que miraba siempre las cosas desde un punto de vista especial.

El 25 de enero las falcas llegaron a Caicara, donde los pasajeros se separaron de los patrones y de sus tripulaciones, no sin haber dado las gracias a aquellas bravas gentes, cuyos servicios pagaron generosamente.

Desde Caicara, el paquebote del Apure transportó a los viajeros en dos días a Ciudad-Bolívar, desde donde el ferrocarril les llevó a Caracas. Diez días después estaban en La Habana, junto a la familia Heredia, y veinticinco días después en Europa, en Francia, en Bretaña, en Saint-Nazaire, en Nantes.

Germán Paterne dijo entonces:

—¿Sabes, Jacques? Hemos recorrido cinco mil kilómetros sobre el Orinoco... ¿Te ha parecido largo el viaje?

—Al bajar, no —respondió Jacques Helloch mirando a Juana, dichosa y sonriente.

FIN

**Freeditorial** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)